


Extranjeros, bienvenidos

BARBARA PYM

gatopardo ediciones 




EXTRANJEROS, BIENVENIDOS

—

EN BUSCA DE UNA VOZ: UNA CHARLA RADIOFÓNICA

BARBARA PYM

Traducción de Irene Oliva Luque

gatopardo ediciones 

Título original: *Civil to Strangers*

Copyright © The Estate of Barbara Pym, 1987

© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2019

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio de 2019

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: *Going On Holiday* (c. 1940)

© FPG/Getty

Imagen del interior: Barn Cottage en Finstock, Oxfordshire

Imagen de la solapa: Mayotte Magnus

© The Barbara Pym Society

eISBN: 978-84-17109-84-4

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o

escanear algún fragmento de esta obra.



Barn Cottage en Finstock, Oxfordshire,
donde Barbara Pym vivió de 1972 a 1980

EXTRANJEROS, BIENVENIDOS

CAPÍTULO 1

«Silencio es todo,
y agradable ilusión.»¹

—Cassandra, querida —dijo la señora Gower, sonriente—, siempre tan puntual. —Se inclinó hacia delante y rozó con los labios la mejilla de Cassandra.

Ésta respondió con un gesto similar, aunque con cierta torpeza, dado que la señora Gower era una mujer grande y resultaba bastante difícil alcanzar su mejilla.

—Siempre trato de ser puntual —contestó Cassandra con otra sonrisa, pese a que el tono apagado y uniforme de su voz denotaba que eran muchas las veces que había hecho ese comentario.

—Es usted un dechado de virtudes, hija mía —añadió afectuosamente la señora Gower, mientras se acomodaban en el sofá.

Cassandra suspiró, aunque no lo bastante fuerte para que su interlocutora lo oyese. Sabía que era un dechado de virtudes porque la gente se lo decía a todas horas. A sus veintiocho años, era una mujer alta y rubia, no exactamente guapa, pero sí atractiva y elegante. Esa tarde lucía un traje de tweed azul de buen corte. El sombrero y los zapatos, más que modernos, eran cómodos y prácticos. Siempre se podía confiar en que Cassandra no vestiría algo que desentonase con el lugar en que se encontraba en ese momento.

—Invité a la señora Wilmot y a Janie a que vinieran esta tarde —la informó la señora Gower—. Me imagino que no habrá visto ni rastro de ellas al pasar por la rectoría, ¿verdad?

—No —respondió Cassandra—. Aunque en realidad no he venido por ese

camino. Tenía que hacer unas compras. Había olvidado traerme algunas cosas del pueblo.

—¡Consuela saber que es igual de humana que todos nosotros! —exclamó con regocijo la señora Gower.

Cassandra sonrió con cierta tristeza. La gente exponía tan a menudo sus dudas respecto a su humanidad que a veces se preguntaba si de verdad no sería un ser de otro mundo que había ido a parar a la pequeña localidad de Up Callow en calidad de esposa de Adam Marsh-Gibbon, un caballero de buena posición económica que había escrito unos pocos poemas y unas cuantas novelas que habían pasado desapercibidas.

En realidad, casi todo el dinero que le permitía a Adam llevar esa vida tan agradable era de Cassandra, pero ella nunca se lo recordaba. Antes de casarse, ella le había dado a entender que todo lo que poseía era de ambos, si acaso más de él, ya que ella se sentía tan agradecida de ver su amor correspondido que habría hecho cualquier cosa por él. Después de cinco años de matrimonio, ese embelesamiento había menguado un poco, debido a que Adam era una persona difícil en muchos aspectos, aunque ella seguía sorprendiéndose gratamente cada vez que reparaba en que aquel hombre apuesto y de aire distinguido era su marido y de nadie más.

—Ahí va otro árbol —anunció de repente la señora Gower—. Hasta que una cae en la cuenta de lo que es, asusta bastante el ruido que hacen. Espero que el siguiente que talen sea ese grande de ahí. Así entrará mucha más luz en esta habitación.

—A Adam le encantan los árboles —apuntó Cassandra—. Dice que le da pena pensar que vayan a cortar estos que hay enfrente de su casa.

—Ay, claro, es que él es poeta —comentó con indulgencia la señora Gower, aunque todavía no había logrado comprender del todo su poesía. Tampoco lo había intentado con demasiado ahínco, ya que desde que era viuda no tenía necesidad de fingir ningún interés por la literatura—. Mi esposo, que en paz descansa, prefería los espacios abiertos —afirmó—. Cuando era catedrático de poesía en Oxford, vivíamos en Headington, aunque nuestra primera casa en Norham Road estaba bastante enclaustrada... Ésas deben de ser la señora Wilmot y Janie —anunció de repente.

La puerta se abrió, y, dando pasitos ligeros, entró una mujer pequeña de pelo canoso y abrigo gris acompañada de una muchacha morena y esbelta, de

unos diecinueve años, que caminaba dócilmente a su lado.

—Querida Kathleen, cuánto me alegro de que hayas podido venir. Y Janie también. ¿Vacaciones otra vez? —preguntó la señora Gower, con una suerte de jovialidad imprecisa que adoptaba al hablar con cualquier persona muy joven.

Janie sonrió, armada de paciencia.

—No, no, ya he dejado los estudios —explicó—. Ahora ayudo a madre en casa. —Respiró aliviada al comprobar que ni la señora Gower ni la señora Marsh-Gibbon seguían ahondando en el asunto. Pues todo el mundo sabía el tipo de vida que debía llevar la obediente hija mayor del rector de una parroquia rural, y Janie se ajustaba por completo a ese patrón. Era catequista, colaboraba en la Asociación Joven Femenina y pasaba gran parte de su tiempo decorando la iglesia.

—Qué bonita quedó la decoración de la pila bautismal por Pascua —comentó Cassandra, al recordar que había sido la contribución personal de Janie.

—Cuánto me alegro de que se fijara —respondió Janie con semblante de satisfacción—. Tenía miedo de haberle puesto demasiado verde.

La llegada del té la dispensó de la obligación de abundar en el tema, y la conversación regresó una vez más a los árboles que estaban talando frente a la casa de la señora Gower.

—Parece ser que a los nuevos inquilinos de Holmwood no les hacen demasiada gracia los árboles —dedujo la señora Wilmot—. Imagino que nadie sabe si ya está alquilada, ¿verdad? He oído que ha venido gente a verla, pero, claro, puede que no se la hayan quedado. Es una casa muy antigua y le harían falta muchísimas reformas.

—Y Rogers me ha dicho que, si le quitan un solo ladrillo, se derrumbará toda la vivienda —apuntó la señora Gower con tono de satisfacción melancólica, puesto que ella se había construido una gran casa blanca y negra que todavía parecía muy nueva. Cuando murió su marido, hacía ocho años, decidió regresar a Shropshire, donde había vivido de niña. Sobre la entrada principal de la casa había colocado una losa de piedra con la inscripción: «A.D. 1929», pero por alguna razón era imposible imaginar que la casa pudiera envejecer, ni siquiera dentro de mil años. A la señora Gower esto le traía sin cuidado. Ella prefería el confort sólido y bien construido, con luz eléctrica y calefacción central, antes que todas las glorias del pasado.

—Rockingham se pregunta si será gente que frecuente la iglesia —dijo la señora Wilmot con pocas esperanzas, puesto que los últimos residentes de Holmwood habían sido ricos y generosos, aunque, por desgracia, también católicos y apostólicos.

—De corazón lo espero —apuntó comprensiva Cassandra, a quien, como cada vez que oía el nombre de pila del rector, se le escapó una sonrisita.

Se produjo un breve silencio durante el que oyeron caer otro árbol. A este ruido le siguió el de un coche deteniéndose cerca de la casa de la señora Gower. La señora Wilmot no pudo evitar levantarse e ir a mirar por la ventana.

—Se han bajado dos hombres —informó— y van de acá para allá por el camino de entrada, mirando los árboles, creo. Pero ¿qué hacen? Parece que están poniendo una especie de anuncio.

A estas alturas, las demás ya estaban también de pie delante de la ventana.

—Sí, están poniendo un anuncio —confirmó la señora Gower. Leyendo lentamente comenzó a descifrar el cartel palabra por palabra. Todas se llevaron un chasco. Lo único que decía era: SE VENDEN LISTONES PARA ESPALDERAS Y LEÑA. TAMBIÉN MADERA PARA MARCOS RÚSTICOS. RAZÓN AQUÍ. PROHIBIDO EL PASO. PROPIEDAD PRIVADA.

—Bueno —dijo la señora Wilmot, decepcionada—, pues vaya. Me pregunto a qué se refieren con marcos rústicos —añadió, animándose un poco, como si pudiera tratarse de algo emocionante.

Ninguna de ellas pareció capaz de aclarárselo y se sumieron en un silencio taciturno hasta que Cassandra comentó que los tulipanes rosas de la señora Gower estaban a punto de florecer.

—Son tan bonitos. Adam dice que son los heraldos del verano. Siempre nos da la impresión de que empieza a hacer más calor cuando florecen.

—Un escritor debe ser muy sensible a la naturaleza —observó la señora Wilmot—. Sin duda Wordsworth lo era, ¿verdad? —añadió, insegura.

—Uy, sí, seguro que lo era —respondió Cassandra con desagrado, pues Adam siempre le citaba a Wordsworth cuando estaba de mal humor, por lo que, para ella, el gran poeta del Romanticismo estaba inevitablemente asociado a las discusiones con su marido.

—¿Cómo va el libro de su esposo? —le preguntó Janie con timidez. Consideraba que Adam Marsh-Gibbon era con diferencia el hombre más

guapo que había visto jamás, y por consiguiente sus obras poseían un glamur añadido.

Cassandra sonrió con amabilidad.

—Pues ahora mismo está trabajando en un capítulo bastante difícil —respondió.

—Supongo que todos los autores se atascan de vez en cuando —intervino la señora Gower.

—La inspiración no fluye con tanta facilidad —se entrometió la señora Wilmot, opinando que la suya era una frase más apropiada.

Cassandra les sonrió a ambas.

—Exacto —convino, haciendo creer a cada una que habían pronunciado las palabras justas—. Es un detalle por tu parte interesarte por el libro de Adam —añadió dirigiéndose a Janie—. Qué amable es la gente —afirmó con desenvoltura, casi como si su marido fuese un inválido que necesitara que preguntasen por él por compasión.

—¿Les gustaría echar un vistazo al jardín? —preguntó la señora Gower, reparando en que no había mucho más de lo que hablar ahora que habían agotado el tema de los nuevos inquilinos de Holmwood y del libro de Adam Marsh-Gibbon.

Cassandra se puso de pie con entusiasmo.

—Me encantaría —respondió—. Me ha impresionado lo que he visto de él al entrar.

—Me temo que nosotras debemos marcharnos —objetó con precipitación la señora Wilmot, pues le desagradaba andar por los jardines con su mejor calzado—. Vamos, Janie... Siempre digo que lo peor de estar casada con un clérigo es que siempre hay alguna buena acción pendiente.

—Aunque estoy segura de que a usted le sale de forma natural —apuntó Cassandra.

La señora Wilmot sonrió y le encargó a Cassandra desearle buena suerte a Adam con su novela.

Cassandra le dio las gracias. Le gustaba la idea de que le deseasen buena suerte a Adam con su libro, como si participase remando en la regata entre Oxford y Cambridge o uno de sus caballos corriese en el Derby de Epsom.

Cuando las Wilmot se marcharon, la señora Gower y Cassandra pasearon

con calma por el jardín, enfrascadas en su conversación sobre jardinería. Cassandra se sintió totalmente dichosa, y todos los pensamientos sobre Adam se esfumaron de su mente mientras debatía con la señora Gower las ventajas de desenterrar los bulbos de gladiolos en invierno o sembrar semillas de aubrieta.

Al irse, se llevó consigo una gran bolsa de papel que contenía varias plantas nuevas para su rocalla.

—¿Sabe? —dijo en confianza la señora Gower—. No puedo evitar tener el presentimiento de que los nuevos inquilinos de Holmwood serán bastante interesantes. Es una especie de premonición —declaró, echándoles una ojeada a los árboles talados en el camino de entrada de enfrente.

—Espero que su premonición se cumpla. —Cassandra se echó a reír—. Siempre pienso que es una casa fascinante, con todas esas extrañas torrecillas. Adam dice que le recuerda al castillo de Otranto.

«Eso debe de estar en alguna parte de Italia», pensó la señora Gower, pero no dijo nada; muy a menudo Adam Marsh-Gibbon se refería a cosas de las que una nunca había oído hablar.

CAPÍTULO 2

«Éstas son las moradas de la meditación.»

El estudio de Adam Marsh-Gibbon era la estancia más agradable de la casa. Cassandra había insistido en que se la quedase, y así le había ahorrado a su marido tener que actuar egoístamente. Ésta era una de las virtudes propias de Cassandra, anticiparse a los deseos de Adam casi antes de que él supiese que lo eran. A algunos hombres esto les habría irritado, pero él siempre fingía estar tan absorto en su arte que no tenía tiempo para pensar dónde poner su estudio o en qué sillón sentarse en el salón después de cenar.

Aquella tarde de principios de primavera estaba sentado a una mesa, profundamente enfrascado en el crucigrama de *The Times*. Todo a su alrededor estaba atestado de papeles cubiertos con su caligrafía de trazos largos y finos. Su nueva novela no iba demasiado bien. Hasta el momento había podido contar más o menos lo mismo en todas ellas, con algunas variaciones y personajes ligeramente distintos. Sus admiradores, los vecinos de Up Callow, lo describían con orgullo como un novelista «filosófico», aunque su filosofía, si se la podía llamar así, estaba empezando a agotarse, y no sabía de dónde sacar otra. Ya había pasado más de un año desde la publicación de su última novela, *Cosas que siempre hablarán*, y su público empezaba a impacientarse, pensaba él. Era un hombre vanidoso y valoraba en particular su reputación en Up Callow, porque en realidad era la única reputación que tenía. Disfrutaba dedicando sus novelas y poemas y siempre estaba encantado de impartir alguna que otra conferencia sobre «El arte del novelista» en la Sociedad Literaria.

Hasta el rector admiraba las obras de Adam, no tanto por las ideas expresadas en ellas, que sonaban vagamente wordsworthianas, como porque

eran aptas para que las leyera sus hijas. Las consideraba tal vez un poco complejas para su comprensión, pues el rector menospreciaba la inteligencia femenina, pero al menos no era necesario esconderlas, como tantas de las novelas que se escribían hoy en día.

Adam oyó abrirse la puerta principal y, al consultar su reloj, advirtió que eran las seis y veinte. «Debe de ser Cassandra, que regresa de casa de la señora Gower», pensó. Apartó su novela a un lado y retomó el crucigrama.

Cassandra subió las escaleras en dirección a su dormitorio. Sus pies no hacían ningún ruido sobre la gruesa moqueta. Esa casa siempre estaba en silencio, sobre todo por las tardes, cuando ya no se oía el ajeteo de las tareas domésticas. Se daba por sentado que al señor le gustaba proseguir con su escritura después de merendar. Lily y Bessie veían este hábito con cierta suspicacia, pero admiraban a Cassandra, y por ella soportaban que él se levantara a las tantas y sus costumbres anárquicas.

Cassandra abrió la puerta de su habitación, cuidando de no dar un portazo al cerrarla. Vivir con un escritor había convertido sus movimientos en silenciosos, casi inhumanos, por lo que cerraba las puertas sin hacer ruido con la misma naturalidad con la que respiraba.

Era una habitación grande y agradable, decorada de azul y amarillo prímula. La de Adam, a la que se accedía desde la suya, era mucho más sombría, pues había sido diseñada en una época en que Adam tenía ideas sobre decoración de interiores. Las paredes eran grises y la moqueta negra y muy gruesa. Las largas cortinas de las ventanas eran de un pesado terciopelo carmesí, por lo que Cassandra no podía evitar pensar en un fantástico cine cada vez que entraba en ella. En la pared, frente a la cama, había colgada una reproducción a gran tamaño de la pintura *La isla de los muertos* de Böcklin. Por la mañana, era lo primero que veían sus ojos al despertarse, por lo que, aunque Adam se propusiera comenzar la jornada con alegría saltando de la cama a las ocho de la mañana, al verla, casi siempre se hundía de nuevo en la melancolía y se quedaba sentado en la cama cavilando hasta la hora de almorzar.

Cassandra fue hasta el ropero y sacó un vestido liso de terciopelo negro. Combinaba bien con su pelo rubio y su tez clara, y pensó que un color vivo quizá enervase a Adam si había tenido dificultades con su novela. Se puso sólo una pizca apenas imperceptible de carmín y bajó las escaleras con un

aspecto atractivo, aunque discreto. Cuando tenía unos años menos, de vez en cuando se permitía un esmalte de uñas color escarlata con una pintura de labios a juego, pero ahora, desde la boda, sentía con menos frecuencia la tentación de salir de la rutina.

Llamó a la puerta del estudio de Adam tan flojito que él no lo habría oído si no hubiera querido. Pero dado que estaba atascado tanto con su novela como con el crucigrama, agradeció la interrupción.

Su mujer se acercó y le dio un beso en la mejilla. Él se levantó, sonriendo con aire cansado, y le rodeó la cintura con el brazo. Era algo más alto que ella, un hombre apuesto de rostro afilado, pelo moreno y ojos grises. Tenía treinta y dos años. Su ropa elegante siempre era muy admirada, aunque en Up Callow nadie se hubiera atrevido a copiar sus chaquetas de terciopelo y sus zapatos de ante. Eran los atributos de la genialidad, aunque a quienes pudieran ser entendidos en la materia les recordara a un joven universitario esteta.

—Hay pollo para cenar —anunció Cassandra.

—Podría comerme un pollo entero, ahora, en este mismo instante —dijo Adam—. Esta tarde no he logrado escribir mucho y tengo apetito. Creo que no he probado bocado desde el almuerzo —añadió.

—Ay, Adam —se lamentó Cassandra con tono indignado—, no me digas que Lily no te ha traído nada para merendar.

—No que yo recuerde —respondió él con aire distraído.

Cassandra se echó a reír.

—Voy a ver si Bessie puede arreglárselas para que cenemos un poco más temprano —declaró ella.

En la cocina dijo:

—Espero que le hayáis puesto una buena merienda al señor, el trabajo le abre mucho el apetito.

Lily y Bessie sonrieron con condescendencia, pues escribir no era ni de lejos lo que ellas habrían llamado trabajar.

—Uy, sí, señora —dijo Lily con su voz clara—. Se tomó un buen huevo pasado por agua.

—Y se le antojó un poco de salmón en conserva —metió baza Bessie, ansiosa por demostrar que, en ausencia de Cassandra, lo habían hecho todo tal y como les tenían dicho.

Durante la cena, le recordó a Adam el huevo pasado por agua y el salmón en conserva, preguntándose cómo era posible olvidar semejante festín.

—¿Estás seguro de que fue buena idea comerte el salmón, cariño? —preguntó ella con preocupación—. Sabes que las conservas no te sientan bien. Sólo las tengo en casa porque a Lily y a Bessie les gustan. Cada vez que leo un caso de intoxicación en el periódico, casi siempre es por haber comido salmón en conserva.

—Y también albaricoques en conserva, pescado frito con patatas y helado —la interrumpió Adam, y luego cayó en un silencio fúnebre.

Quizá el salmón en conserva y el huevo pasado por agua ya estuvieran empezando a sentarle mal, pensó Cassandra, sin alarmarse, mientras le relataba la conversación durante la merienda en casa de la señora Gower. Le preguntó a Adam si había oído algo acerca de los nuevos inquilinos de Holmwood, pero obviamente no había oído nada, y añadió que ni siquiera estaba al tanto de que estuviese en alquiler.

Cassandra deseó que, en ocasiones, fuera un poco más mundano; resultaba muy tedioso tener que contarle cosas que todo el mundo sabía desde hacía semanas.

—Espero que le cambien el nombre a la casa —dijo él—. Está claro que deberían ponerle Otranto o algún otro nombre romántico. Oronoko estaría bien.

Cassandra opinaba que Adam tenía unas ideas muy extrañas para poner nombre a las casas. La suya, que ella había querido llamar La arboleda o Los álamos, por la avenida llena de esos árboles que conducía hasta la puerta principal, se había acabado llamando La gruta, aunque era difícil imaginarse algo que se le pareciera menos, y, en los primeros tiempos de casados, la cohibía tener que dar el nombre de la casa cada vez que encargaba algo en una tienda.

Mientras tomaban el café en la sala de estar, intentó hacer algunas averiguaciones sobre el nuevo libro de Adam.

—Me preguntaron por él en la merienda en casa de la señora Gower —le dijo.

Adam pareció complacido y se puso de pie.

—¿Quieres que te lea lo que he escrito o seguimos con *Las estaciones*?

—Si te resulta útil leer lo que has escrito hoy, claro que te escucho, pero

me da la impresión de que preferirías avanzar un poco más antes de que esté listo para ser criticado —insinuó Cassandra. Esperaba que se decantara por *Las estaciones*, ya que siempre le daba un poco de vergüenza que Adam leyese en voz alta sus propias obras. A veces ya era de por sí difícil comprender lo que aquello significaba, cuánto más ofrecer una crítica perspicaz. Y en el fondo ella tenía la incómoda sospecha de que quizá ese significado ni siquiera existiese; de no ser así, ¿por qué no podía expresarse de forma más clara?

—Tal vez sea mejor que sigamos con *Las estaciones* —concluyó Adam—. Después de todo, la primavera no nos va a esperar si nos quedamos rezagados.

Se sentó en el sofá junto a ella, abrió el libro y empezó a leer.

Desde que se casaron, tenían la costumbre de leer juntos después de cenar. Al principio, Cassandra había mostrado una ligera aprensión por su desconocimiento de la literatura inglesa, pero él la había tomado a su cuidado muy amablemente y, sonriendo con un amor arrogante, la había iniciado en las glorias de *El paraíso perdido*. Que su marido se llamase Adam hizo casi inevitable que Cassandra encontrase en ese poema un lema para su propia vida. Así, antes de llevar apenas seis meses de casada, se recordaba a sí misma sin parar las palabras de Eva:

Mi autor y mi señor,
lo que me pides haré sin replicar;
así lo ordena Dios. Dios es tu ley
y tú la mía; no saber nada más
es la ciencia mayor de una mujer....,

aunque con el paso del tiempo, empezó a pensar que esa actitud de sumisión conyugal admirable también era un poco absurda.

Ahora, después de cinco años recibiendo semejante formación en literatura inglesa, Cassandra creía poder considerarse una mujer razonablemente culta. A veces hasta osaba preguntarse si, de haber contado con los privilegios que su marido había tenido, el Balliol College de Oxford y la licenciatura en Lengua y Literatura Inglesas, no habría sido incluso más culta e inteligente que él.

Esa noche, Cassandra se esforzó por concentrarse en lo que Adam leía.

Escuchó con atención la descripción de la pesca e incluso captó la moraleja:

Mas sin dejar que en el anzuelo el torturado cebo,
convulso, se retuerza en pliegues agonizantes...

Qué cosas tan graciosas escogían para describir en verso los poetas del siglo XVIII, pensó. A pesar de la sobriedad de algunos de sus poemas, eran muy domésticos, y por eso a ella le encantaban. Se distrajo, aunque siguió pensando en asuntos domésticos. Se preguntó si sería ya hora de enviar a la tintorería las fundas de los sillones y los sofás. La limpieza de primavera era muy complicada con Adam pululando por casa todo el día. Si ella se decidía a limpiar una habitación concreta, podía estar segura de que él querría usarla justo cuando estaba en el apogeo de su desorden. En dichas ocasiones, él alegaba que le resultaba imposible escribir en cualquier otra habitación, y, claro está, era difícil discutir con Adam, puesto que ¿cómo iba a saber el común de los mortales dónde podía o no podía escribir un autor en un momento dado?

Cassandra se preguntó, por pasar el rato, a cuántas esposas les estarían leyendo *Las estaciones* en ese mismo instante. Probablemente a ninguna, concluyó, y dirigió la mirada hacia Adam con una sonrisa feliz y cariñosa en el rostro. Era reconfortante saber que después de cinco años de casados él seguía tomándose la molestia de instruirla.

—¿No me suena la voz como si estuviera resfriado? —preguntó Adam de repente.

Cassandra reflexionó un instante.

—Tal vez un poco —contestó—. Pero ¿cómo podrías haberte enfriado?

Adam esbozó un gesto de culpabilidad.

—Ayer por la tarde me senté en la orilla junto al arroyo —explicó— y puede que la hierba estuviera húmeda. «O yace reclinado bajo ese fresno que crece», fue eso lo que me lo trajo a la memoria. También siento bastantes escalofríos.

A Cassandra enseguida la embargó la preocupación.

—Ay, cariño, si es que debes tener más cuidado. Si fueras más sensato te habrías dado cuenta de que la hierba está húmeda en esta época del año. Y además está muy crecida. —Le puso la mano en la frente—. Espero que no

tengas fiebre —dijo angustiada—. Creo que sería mejor que dejases de leer y te metieses en la cama.

Adam sonrió complacido, pues le gustaba que lo mimasen cuando le apetecía.

—Quizá no debí comerme ese salmón en conserva —sugirió.

—Vaya por Dios —se lamentó Cassandra—, me había olvidado de eso, pero no creo que tenga nada que ver con el salmón. Ha debido de ser la hierba húmeda. Tienes que darte un baño caliente y beber algo caliente, y yo te daré unas friegas en el pecho.

De este modo, en un intervalo de cinco minutos, Adam Marsh-Gibbon pasó de ser un hombre totalmente sano, que quizá había tomado una combinación de alimentos poco prudente para merendar, a un inválido con una abnegada esposa revoloteando inquieta a su alrededor.

Cuando se acostó, Cassandra le llevó una taza de leche caliente y una caja de galletas.

—Te voy a dar unas buenas friegas en el pecho con el aceite de alcanfor de toda la vida —dijo ella—. Es lo mejor que hay.

Él le agarró la mano.

—¿Dónde iba yo a encontrar otra esposa que me cuidase tanto? —preguntó, mirándola fijamente y con afecto—. Nadie se tomaría tantas molestias por mí si estuviera enfermo —afirmó con voz lastimera.

—Ay, Adam, no seas ridículo. Sabes perfectamente que si no estuvieras casado conmigo, lo estarías con otra —replicó ella con sentido común—. Hay muchísimas personas a las que les encantaría ser tu esposa y que te cuidarían igual de bien que yo.

Adam sonrió.

—Bueno, sí, supongo que sí —dijo con autocomplacencia, encantado de imaginarse rodeado de esposas devotas que atendían sus necesidades.

Cassandra volvió a ponerle el corcho al frasco de aceite de alcanfor.

—Listo. Seguro que por la mañana ya estarás bien.

—Pero aún falta mucho para eso —respondió Adam muy a gusto, y le dio un beso de buenas noches.

CAPÍTULO 3

«Una casa ordenada, el mayor deleite del hombre...»

A la mañana siguiente, Adam decidió que su resfriado había empeorado un poco. Se despertó a eso de las diez y se encontró con Cassandra de pie junto a su cama, con una expresión de angustia en el rostro. Llevaba puesto un vestido gris claro y sostenía un termómetro en la mano. Pareció aliviada cuando Adam reaccionó y abrió los ojos.

—Ojalá te sientas ya mejor, querido —le deseó ella—. Voy a tomarte la temperatura.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí de pie viéndome dormir? —quiso saber Adam—. Deberías haberme despertado. Mi tiempo es demasiado valioso para desperdiciarlo metido en la cama hasta las tantas.

—Sí, cariño —respondió ella dócilmente, con una ligera sonrisa. Esta mañana, su tiempo también era valioso, pues Lily y la señora Morris, la mujer de la limpieza, le estaban dando un buen fregado primaveral al estudio de Adam y quería volver con ellas lo antes posible. Eran muchas las cosas que requerían extrema precaución y todo debía colocarse de nuevo en su desorden particular, para que su marido no supiese lo que había estado sucediendo a sus espaldas. Al meterle el termómetro en la boca, Cassandra no pudo evitar desear que la fiebre superase, aunque fuese sólo unas décimas, la temperatura normal. Era mucho lo que se podía hacer en la casa si lograban quitarlo de en medio durante veinticuatro horas.

Le puso la mano en la frente.

—Estás bastante caliente, querido —señaló ella, y luego le sacó el termómetro de la boca, sosteniéndolo a la luz para leerlo.

La temperatura era prácticamente normal, o tan poca que casi no era nada, pensó. Pero no; quizá tuviese unas décimas. Ahora que lo miraba de nuevo estaba segura, y así encontró la justificación necesaria para concederse el beneficio de la duda. Hoy Adam debía guardar cama. Era una oportunidad de oro. Vamos, quizá les diera tiempo a limpiar también la sala de estar. Con sólo pensarlo, Cassandra se sintió rebotante de energía.

—Me temo que no es del todo normal —añadió ella, animada—, pero imagino que no te hará ningún daño levantarte —insinuó, sabedora de que de nada servía ordenarle a su marido que se quedara en la cama.

Adam se subió el edredón por encima de los hombros.

—Pues no quiero hacer un drama, pero la verdad es que tengo bastantes escalofríos. Supongo que también podría trabajar desde la cama —añadió, pensativo—. En cualquier caso, tal vez sea mejor que desayune aquí —sugirió, buscando con la mirada la aprobación de su mujer—. Espero no causar demasiadas molestias.

Cassandra pensó que no había necesidad de recordarle a su marido que jamás, en ninguna circunstancia, se levantaba para desayunar, aunque le sorprendió que él recordase con tan poca claridad un acontecimiento tan importante de su rutina diaria.

Adam se explayó para explicar que, pese a no sentirse del todo bien, tampoco se sentía del todo enfermo. Cassandra lo escuchó con compasión y comprensión, y al cabo de poco regresó con una bandeja de desayuno cargada hasta los topes.

—Para el resfriado, no hay nada mejor que una buena comida, y para la fiebre, un buen ayuno —dijo Cassandra entre risas—. Espero que con esto te baste. Si quieres más, haz sonar la campanilla. Te he traído *The Times*. Pensé que te gustaría hacer el crucigrama. El poeta de ayer era Dryden, no Milton. Por eso no nos cuadraba. ¿Te gustaría leer otra cosa? El libro nuevo del club de novela policiaca es uno de los mejores que hemos leído.

Dejó a Adam felizmente instalado con su comida, sus cigarrillos, un crucigrama y una historia de asesinatos. No necesitaría nada más hasta la hora de comer, se dijo a sí misma, y corrió escaleras abajo, deteniéndose por el camino para ponerse la bata, que había dejado colgada sobre el pasamanos. Luego entró en el estudio de Adam.

—Dígame, señora, ¿qué quiere que haga con estos papelitos? —le

preguntó la señora Morris, la señora de la limpieza—. No puedo sacarle brillo a la mesa con todo esto encima.

—Oh, eso déjeme a mí —respondió Cassandra, y se puso a recogerlos. Ordenó los papeles lo mejor que supo y los puso sobre el escritorio hasta que acabasen de limpiar la habitación. Ojalá Adam no despilfarrara tanto papel. En algunas de las hojas sólo había una frase escrita. Si no le gustaba tachar los errores, podía usar una goma de borrar, reflexionó con sensatez; casi siempre empezaba el primer borrador a lápiz.

Al cabo de un rato, entró en la cocina con la intención de dar a Bessie las instrucciones para el almuerzo, y luego regresó al estudio de Adam y comenzó a colocar las cosas exactamente como estaban antes de la gran limpieza. Puso de nuevo los libros sobre la mesa, procurando dejarlos abiertos por la misma página, preguntándose mientras lo hacía para qué querría él leer un artículo sobre la radio en la *Enciclopedia Británica*. A continuación, pensó en las compras pendientes. Si quería tener contento a Adam metido en la cama, había que tratarlo como a un inválido de verdad, y prepararle comida particularmente buena.

Redactó la lista de la compra y subió las escaleras. Daba la impresión de que fuera hacía frío, así que se puso el abrigo gris de ardilla que Adam le había regalado las navidades anteriores. Antes de bajar, se acercó un instante a la puerta de su habitación, pero no oyó nada más que un tarareo de satisfacción, que era la forma de cantar de Adam. Era una señal de que estaba contento, y de que no pasaba nada si lo dejaba allí un par de horas más.

Cassandra recorrió el camino de entrada. Los narcisos conferían un matiz dorado a la hierba que crecía bajo los álamos. Se detuvo en un impulso y recogió un ramillete de los más bonitos, con largas trompetas doradas. Seguro que a la señora Wilmot le gustaban, y le daba tiempo a dejárselos en la rectoría.

Adam y Cassandra no tenían hijos, al menos por ahora, solía decirse ella, porque conservaba la esperanza de que él entendería su punto de vista antes de que fuese demasiado tarde. Él pensaba que interferirían en su trabajo y afirmaba que se sentiría muy mayor al ver crecer a una criatura a su imagen y semejanza. Parecía no darse cuenta de que era muy probable que el niño también creciese a imagen y semejanza de Cassandra. Pero ella se tomaba con mucha filosofía la decisión de su marido, diciéndose a sí misma que, a fin de

cuentas, Adam necesitaba los cuidados de una madre tanto como las dos hijas y los tres hijos de la señora Wilmot, aunque en el fondo no perdía nunca la esperanza de que un día la ciencia acabara cediendo ante la naturaleza.

Decidió pasar primero por la rectoría, para que pudieran poner las flores en agua cuanto antes.

Janie Wilmot la recibió en la puerta. Sus ojos oscuros se iluminaron de gozo al ver las flores.

—Ay, qué detalle por su parte —dijo—, y además son preciosas y enormes. ¿No quiere entrar? A madre le alegrará mucho verla.

Cassandra siguió a Janie hasta el comedor, donde la señora Wilmot estaba remendando un par de combinaciones.

—Menos mal que ahora viene el semestre de verano —declaró después de haber admirado las flores y haberlas colocado en jarrones—. Edith se pondrá ya camiseta interior y no tendrá que llevarse las combinaciones. Éstas están ya muy gastadas, pero servirán en caso de emergencia para el próximo invierno.

—He oído que a Edith le va muy bien en el colegio —comentó Cassandra—. Debe de sentirse muy orgullosa de que ya esté en el equipo de *lacrosse*. Sólo tiene catorce años, ¿verdad?

Cassandra se alegraba de que la señora Wilmot tuviese motivos para estar orgullosa de su segunda hija, pues le parecía que en muchos aspectos era una mujer desilusionada. Cuando se casó con su marido, tenía muchas esperanzas puestas en él, y se había imaginado a sí misma en algún momento de su vida dirigiendo los asuntos de la diócesis como esposa de un obispo, o al menos de un archidiácono. Pero el reverendo Rockingham Wilmot jamás había ascendido a un cargo superior al de rector de Up Callow, en el condado de Shropshire. El salario era bastante bueno, y en la parroquia le tenían mucho aprecio, pero por algún motivo a Kathleen Wilmot se le había metido en la cabeza que a su marido le habían privado de la herencia que le correspondía.

Por lo tanto, le servía de consuelo que a Edith le fuese tan bien en el colegio. Janie era una buena chica, pero sin ningún talento particular en ningún campo, aunque sabía adornar la iglesia con mucho arte. Los tres chicos, que también estudiaban en un internado, eran igual de mediocres, aunque el mayor daba muestras de estar convirtiéndose en un buen jugador de críquet, para regocijo de su padre, apasionado de ese deporte.

—Espero que su marido esté bien —dijo la señora Wilmot mientras

acompañaba a Cassandra a la puerta.

—Tiene un leve enfriamiento y esta mañana está en cama —explicó Cassandra—, pero no es nada grave. Es más bien una fantástica oportunidad de limpiar a fondo su estudio. Normalmente se pasa las mañanas yendo de acá para allá por toda la casa, pero si cree que está enfermo, se queda tan contento en la cama.

La señora Wilmot suspiró al comparar la placentera vida ociosa de Adam Marsh-Gibbon con la de su marido. Pero no se quejó, pues era una gran admiradora de las novelas de Adam y suponía que para poder crearlas hacía falta llevar una vida así.

Mientras tanto, Cassandra hizo sus compras. Después de encargarse de todo lo que necesitaba, entró en la mejor frutería y compró melocotones y uvas para Adam. En la tienda, se encontró con la señora Gower, una figura colosal con un abrigo oscuro de almizclera.

—Justo a quien quería ver —declaró, avanzando hacia Cassandra—. Querida —susurró en confianza—, por fin empiezan a pasar cosas.

Cassandra puso cara de no entender nada e intentó adivinar de qué hablaba.

—¿Cosas? —repitió pensativa, y luego añadió—: Ah, ¿se refiere a Holmwood?

La señora Gower hizo una pausa, y luego dijo en voz baja:

—Esta mañana vieron entrar una estufa.

—¿Una estufa? —repitió Cassandra con incredulidad.

—Sí —respondió la señora Gower—, con un diseño bastante peculiar.

—¿En qué sentido? —preguntó Cassandra, reprimiendo las ganas de reír, pues era incapaz de imaginar que el diseño de algo como una estufa tuviese muchas posibilidades de ser peculiar.

—Daba la impresión de que estaba alicatada con azulejos de colores —dijo la señora Gower—, como las que se ven en el extranjero. A saber qué pretenden hacer con una cosa así los nuevos inquilinos de Holmwood.

—Tal vez sea una reliquia de familia, o tal vez tenga algún valor sentimental —sugirió Cassandra, sonriendo ante la idea de una estufa con valor sentimental—. O puede que incluso la usen —añadió.

La señora Gower asintió, dubitativa.

—Sí, tal vez —dijo—. A mi difunto esposo le gustaba hacer las cosas a la antigua usanza. Por eso dormíamos siempre en una cama con dosel. En teoría había pertenecido al obispo Percy, el de las *Reliquias*, ya sabe. Pero en verano era tan calurosa que mi marido se iba a dormir al vestidor.

A Cassandra la desconcertó tanto este atisbo de intimidad de la vida conyugal del difunto profesor y la señora Gower que no supo muy bien cómo reaccionar.

—¿La veremos en casa del señor Gay el viernes por la noche? —preguntó la señora Gower.

—Ay, sí, eso espero —respondió Cassandra—, y a Adam también.

Al llegar a casa descubrió mediante discretas indagaciones que Adam había pasado toda la mañana en su habitación y no había llamado para pedir nada. Subió las escaleras sin hacer ruido y lo oyó tararear alguna melodía compuesta por él.

Cuando entró con los melocotones y las uvas, Adam estaba tumbado bocarriba, mirando el techo.

—Sabía que estabas despierto porque te oí cantar —explicó ella—. Mira lo que te he traído.

—Oh, cariño, ¡qué detalle!

—¿Estás mejor?

—No lo sé. Más o menos igual, creo.

—¿Crees que estarás lo bastante bien para ir el viernes a la fiesta del señor Gay? —preguntó ella.

—Pues claro —respondió él bruscamente—. Hablas como si estuviera enfermo de verdad.

CAPÍTULO 4

«Y entre su alegre banda, la cháchara rural,
el alboroto rural y la chanza rural
vuelan sin malicia, para engañar al tedio...»

El señor Philip Gay vivía junto a la iglesia, en una gran casa sombría llamada Alameda. Era un hombre soltero y desencantado de entre cincuenta y sesenta años. De joven no se había capacitado para ningún oficio, puesto que su intención había sido, desde que tuvo la edad suficiente para ser consciente de esas cosas, casarse por dinero. Estaba convencido de que su planta, del tipo soldado de la Guardia Real, bastaría para conquistar a cualquier mujer a la que decidiera cortejar. Pero por desgracia sus esfuerzos habían sido en balde. Es probable que sus propuestas carecieran de las promesas de amor y devoción que toda joven espera en un momento así, dado que, siendo frío por naturaleza, el señor Gay jamás se había enamorado, ni tampoco se le daba bien fingir lo que no sentía. Cuando las jóvenes a las que rondaba eran, además de ricas, sensatas, se percataban de lo que buscaba, y le daban a entender que sus atenciones no eran bienvenidas. Nunca ninguna de estas jóvenes ricas se había enamorado de él, a pesar de sus largas pestañas y sus rasgos hermosos, aunque inexpresivos. Tampoco había tenido nunca la buena fortuna de conocer a una mujer rica y a la vez desesperada por conseguir un marido a cualquier precio. Sus posteriores tentativas de casarse con viudas acaudaladas no habían tenido más éxito, dado que aquellas a las que conocía parecían haber llegado a una edad en la que ya les daba pereza tener un marido. Los años pasaban, pero él mantenía la esperanza, aunque últimamente se había resignado a lo que imaginaba que era una vida modesta pero digna.

Pasaba casi todo el tiempo entretenido en su invernadero y en su jardín.

Por las tardes leía novelas y, a veces, un poco de poesía, por lo general Dryden o Pomfret. Le gustaba especialmente Pomfret, aunque jamás podría convenir con este poeta que fuese insensato aspirar a una gran fortuna. Ése había sido uno de sus sueños más dichosos, una mujer que fuera un buen partido, inmensamente rica, pero ahora todo indicaba que eran pocas las posibilidades de que ese sueño se cumpliera.

Con el señor Gay vivía su sobrina, la señorita Angela Gay. Era la hija de su hermano, que se había casado con una francesa. Los dos murieron cuando ella era una niña, y el señor Gay, al ser el único familiar que le quedaba, se había hecho cargo de ella a regañadientes. Además de su parentesco había otro vínculo entre ellos. Ambos eran personas desencantadas. Pues Angela Gay tenía treinta años y aún seguía soltera. Era una mujer pequeña y morena, de modales muy remilgados, que habría sido guapa si la expresión de su rostro no hubiese mostrado tanta insatisfacción. Sentía más antipatía por Cassandra Marsh-Gibbon que por cualquier otra persona en el mundo, y, en su momento, había creído estar enamorada de Adam en secreto, aunque estaba dispuesta a enamorarse de cualquier hombre que se cruzara en su camino.

El señor Gay y su sobrina daban de vez en cuando alguna fiesta vespertina. Quizá aún albergaban la esperanza de que en el pueblo residiera alguna mujer rica o algún hombre idóneo que por alguna razón hubieran pasado por alto en su búsqueda. Sin duda había más esperanza para Angela que para su tío, pues acababa de llegar a Up Callow un nuevo coadjutor. Tenía veintiséis años y estaba soltero, y la señorita Gay le había echado el ojo casi en cuanto llegó. Desde entonces, él se las había ingeniado para evitarla.

La tarde de la fiesta, el señor Gay estaba decorando el vestíbulo con macetas de palmeras.

—Angela —la llamó—, ¿dónde están las aspidistras?

—Ay, ésas no las vamos a poner, tío —respondió malhumorada la señorita Gay—. Son una antigualla llena de polvo.

—Pues justo ayer les saqué brillo a las hojas con aceite, y la gente siempre comenta lo bonitas que son. Hay que ponerlas en el vestíbulo.

—Creo que están en el invernadero —accedió la señorita Gay con voz cansina. Cualquiera diría que iba a recibir a la realeza, se dijo, en vez de a unas cuantas parejas para jugar al *bridge* y tomar un pequeño refrigerio. Pero, bueno, vendría el señor Paladin, y el señor Morrison, un profesor de la

escuela secundaria masculina. Había visto varias veces al señor Morrison y sabía que, pese a ser un joven anodino y silencioso, también era un magnífico jugador de *bridge*. El señor Paladin tenía algo de enigmático, y la señorita Gay albergaba esperanzas.

Cassandra no lo había tenido nada fácil para convencer a Adam de que fuera a la fiesta. De repente, en el último momento se había echado atrás.

—Seguramente me aburriré mucho —afirmó quejumbroso.

—Pues aquí te aburrirás lo mismo —alegó Cassandra—. No te sentará mal cambiar un poco de aires, salir y ver a gente. Además, ya hemos aceptado la invitación y no veo qué excusa podríamos inventarnos.

—Diles que yo no quería ir —replicó Adam, cortante.

—Pero, cariño mío, sería de muy mala educación. Uno no puede hacer las cosas así sin más —argumentó Cassandra sin esperanzas—. Habrá aperitivos deliciosos —añadió, avergonzada por tener que persuadir a su marido para que cumpliera con un compromiso social sirviéndose de recursos tan infantiles—. Y, además, podrás hablarle a la gente de tu nuevo libro, y probablemente ganarás al *bridge* —concluyó, y se sentó, agotada por el esfuerzo—. Bueno —añadió con decisión al cabo de unos instantes—, yo voy a arreglarme.

Salió de la habitación y Adam la siguió, resignado. Parecía haberse olvidado de sus reticencias a ir a la fiesta. Cassandra sabía desde hacía ya casi cinco años que su carácter difícil aparecía siempre que se aburría y no había tenido oportunidad de alardear en las reuniones del pueblo.

—¿Me pongo la chaqueta de terciopelo? —preguntó él mientras subían las escaleras.

—Claro, cariño, todo el mundo espera que te la pongas.

Cassandra confiaba en que le diera el visto bueno al vestido de gasa gris que lucía esta tarde.

Él la miró con gesto crítico.

—Muy bonito —sentenció—. Estás muy guapa. Deberías ponerte siempre colores claros.

Ella no le recordó que la tarde anterior le había dicho que debería vestir siempre terciopelo negro.

Por el camino, Adam condujo el coche con una sutil negligencia que a veces asustaba a Cassandra, pero por ahora nunca habían tenido ningún

accidente, así que no podía recriminarle nada al respecto. Sólo a él le estaba permitido mostrar sus nervios. Ella había aprendido a mantener los suyos a raya, bajo un obediente sometimiento.

—Espero que al viejo Philip le guste tu vestido —declaró Adam.

—Y yo que a la buena de Angela le guste tu chaqueta de terciopelo —contraatacó Cassandra.

—Ah, ya la ha visto antes —replicó él en serio—, pero le gusta. Me dijo que me parecía a Shelley.

—¡Qué ridiculez! —exclamó ella con sequedad. Siempre le molestaba que mujeres solteras y sin compromiso le dijeran a su marido que se parecía a Shelley. No quería que le metieran ideas raras en la cabeza—. Shelley era rubio —afirmó categóricamente, como si eso diese por zanjado el asunto.

El señor Gay y su sobrina esperaban de pie en el vestíbulo para recibir a sus invitados. Siempre lo hacían, por lo que el inicio de sus fiestas tenía un halo de solemnidad que a algunas personas les resultaba inquietante. La señorita Gay, ataviada con un vestido de una tonalidad de verde demasiado viva, se situaba más cerca de la puerta, y luego los invitados se acercaban a su tío, una figura circunspecta sobre un fondo de palmeras y aspidistras.

Al estrechar la mano de Adam, la señorita Gay comentó que no habían tenido el gusto de verlo desde hacía mucho tiempo.

—Desde el domingo pasado en la rectoría —añadió—. Así que me pregunto qué genial obra le ha brindado al mundo desde entonces.

Adam contestó, cortante, que difícilmente sería posible crear una obra genial en cinco días. Cassandra esperaba que no se pusiera maleducado con nadie, ni tonto. Siempre la hacía sentirse incómoda, sobre todo cuando todo el mundo esperaba que ella se tomara en serio a su marido. En lugares como Up Callow, las esposas siempre se tomaban en serio a sus maridos, al menos en público.

Entraron en el salón y Adam se puso a charlar de críquet con el rector. Instantes después se sentaron para jugar al *bridge*. Eran justo dos mesas sin la señorita Gay, que había convenido en quedarse fuera un rato. El señor Paladin se había retrasado y llegaría de un momento a otro.

—Rockingham cree que sus coadjutores no deberían ser demasiado frívolos —le comentó en confianza la señora Wilmot a Cassandra—, y, como sabe, el señor Paladin es joven. Necesita la guía de una persona mayor.

Cassandra consideraba que el pobre señor Paladin era un joven tan serio que resultaba imposible imaginar que supiese siquiera de la existencia de algo como la frivolidad. En cualquier caso, aquí, en Up Callow, habría tenido pocas posibilidades de ser frívolo. En vez de al señor Paladin, a quien había que vigilar era más bien a la señorita Gay.

En ese momento sonó el timbre de la puerta principal y acto seguido entró el señor Paladin. Era un joven moreno y con gafas al que no le gustaban las reuniones para jugar al *bridge* y que, sin duda, habría preferido pasar la tarde en su habitación leyendo el comentario de Lightfoot a la Epístola a los gálatas, pues era su intención ascender y no conformarse con el puesto de sacerdote parroquial, e incluso poseía algunos de esos talentos especiales que la señora Wilmot veía en su marido. El señor Paladin había sido muy aplicado durante su estancia en Oxford, y, al cabo de tres años, se había visto recompensado con una media de sobresaliente en la carrera de Teología.

Al entrar en la habitación comprobó horrorizado que, de las nueve personas, ocho estaban jugando al *bridge*, y la que quedaba no era otra que la mismísima señorita Gay. Y para colmo de males, con el fin de no molestar a los jugadores, ella se puso a hablarle en un susurro lleno de emoción que lo obligaba a responder del mismo modo. Aquello confirió a su conversación una especie de fingida intimidad, por lo que temas como el tiempo y las preciosas aspidistras quedaron de algún modo aparcados, y en su lugar se pusieron a debatir el más terrible de todos para un joven nervioso como él: ellos mismos.

—Hace mucho que no lo veo —afirmó la señorita Gay frunciendo un poco los labios.

—No, es cierto...

—Casi me preguntaba si no me estaría evitando. —Dicha frase fue pronunciada con tantos remilgos que el señor Paladin retrocedió visiblemente.

—Ay, señorita Gay, por favor...

Tras varios comentarios más de ese tipo, el señor Paladin hizo un gran esfuerzo por reconducir la conversación hacia cuestiones más razonables.

—Al llegar me he fijado en sus palmeras —declaró él con un tono de voz de lo más impersonal.

—Sí, ¿no le parecen preciosas? Pues las que tenemos en el invernadero son todavía más bonitas. ¿Le gustaría verlas? —preguntó ella con dulzura.

El señor Paladin no tenía ahora más alternativa que acompañarla sin

rechistar, él solito se lo había buscado. Juró que jamás volvería a mirar una palmera sin experimentar sentimientos de aversión, excepto, claro está, las que se usaban para decorar la iglesia el Domingo de Ramos, aunque éstas estaban convenientemente muertas y secas.

En el invernadero hacía mucho calor y las calas desprendían un fuerte olor, algo que al señor Paladin le recordó a un funeral.

—Aquí están las palmeras de las que le hablaba —anunció la señorita Gay con voz triunfal.

—¡Pero si son idénticas a las del vestíbulo! —exclamó él, indignado, pues cuando cayó en la cuenta de que lo había llevado hasta allí con falsos pretextos, la ira se apoderó de él.

La señorita Gay se echó a reír con estudiada timidez.

—Ustedes los hombres son todos iguales —declaró—, están tan ciegos... —Estas últimas palabras las pronunció con tal tono de persistente ternura que al joven coadjutor le resultaron de lo más alarmantes.

El señor Paladin opuso entonces una caballerosa resistencia.

—Sé que soy miope, pero la verdad es que no veo ninguna diferencia —argumentó con cortesía—. Aunque tal vez las del vestíbulo tengan las hojas más largas. Resultaría interesante compararlas. —Hizo un movimiento hacia la puerta—. Supongo que les hará falta alguien que juegue al *bridge* —añadió, con una firmeza poco habitual en él.

Mientras regresaban al salón, fue recuperando la confianza en sí mismo. Se sintió como un personaje de *La reina hada*, uno de los que se resistieron con éxito a las tentaciones del Rincón de la Gloria, pensó, confuso. Ahora podía permitirse hablar tranquilamente de las palmeras e incluso acompañó a la señorita Gay al vestíbulo y midió las hojas con actitud ceremonial.

La señorita Gay se sintió desairada. Eso era lo peor de estos jóvenes coadjutores sin experiencia, se dijo a sí misma. Siempre interpretaban en sus ideas y acciones más de lo que significaban. Claro que un hombre de mundo, alguien como Adam Marsh-Gibbon, por ejemplo, seguramente habría protagonizado una huida menos torpe del invernadero. La señorita Gay le lanzó una mirada de enojo al señor Paladin y regresó a las mesas de *bridge*, donde continuaron jugando hasta que se sirvió el refrigerio.

Como de costumbre, Adam era el centro de atención, y todo el mundo le hacía preguntas.

—Entonces cuéntenos, por favor, de qué trata su nueva novela —lo exhortó la señorita Gay—. ¿O es ésa una de las preguntas que no deberían hacerse?

Adam sonrió con condescendencia.

—Verá, creo que puedo anticiparle que trata de un jardinero —respondió.

Se produjo un breve silencio, durante el cual, para horror suyo, Janie Wilmot dejó escapar una risita de colegiala. Se ruborizó, pues se le había venido a la cabeza su jardinero, el viejo Wilkinson, y lo gracioso que sería que escribieran una novela sobre él. ¿Qué pensaría el señor Marsh-Gibbon? Janie bajó la vista a sus zapatos y deseó que la moqueta, con su estampado de enormes rosas marrones, se la tragara. A continuación, con alivio, oyó risas sonoras y sin reparos. Cassandra también reía.

—Ay, Adam —intervino ésta con timidez—, ¿por qué no eres más explícito? Dicho así sin más suena muy ridículo. No he podido evitar pensar en Rogers y el viejo Wilkinson. Mi marido no pretende convertirse en un escritor humorístico —explicó al grupo—. No lo malinterpreten.

—A mí me ha parecido que sonaba muy bonito —declaró la señorita Gay con frialdad.

—En mi opinión es una idea bastante original —intervino el señor Morrison con aire dubitativo—. ¿Tal vez sea algo al estilo de Mary Webb?

—Bueno —respondió Adam, que en realidad estaba más interesado en los aperitivos—, es bastante difícil de explicar.

Dicho lo cual, la señorita Gay mostró su comprensión mediante una interjección particularmente sonora y le dirigió una mirada emponzoñada a Cassandra, que seguía sonriendo.

—Estoy tratando de reflejar que a este jardinero le afectan lo que Wordsworth denomina «las formas bellas y permanentes de la naturaleza» —explicó Adam.

Todos sonrieron abierta y elogiosamente, lo que no significaba por fuerza que lo hubiesen entendido. Aquello era sin duda algo muy distinto a la simple jardinería.

—¿Cómo reflejará este efecto? —preguntó con sinceridad el señor Paladin—. Si no recuerdo mal, Wordsworth creía que, en la vida humilde y rural, por citar sus propias palabras, «las pasiones básicas del corazón encuentran un terreno mejor para alcanzar su madurez, se ven menos limitadas y hablan un lenguaje más sencillo y enfático...». Me preguntaba si usted opina lo mismo

—expuso con deferencia, pues nunca había leído ninguna de las novelas de Adam y no sabía muy bien dónde situarlo.

A Cassandra la divirtió y la conmovió su humildad.

—Creo que hay algo de verdad en eso —declaró Adam despacio, y luego devoró un sándwich de huevo y berros de un bocado—. ¿No está de acuerdo conmigo, señorita Gay?

—Sí, sí, lo estoy, lo estoy. Me he fijado muchas veces en lo apasionadas que son estas personas rústicas —afirmó con seriedad.

El rector pareció escandalizado.

—¿Y qué me dice del lenguaje? —se apresuró a preguntar—. ¿Escribirá su novela en dialecto? Creo que eso causaría el rechazo de muchos, si me lo permite.

Adam lo miró con desdén.

—Será una novela contemplativa —dijo con grandiosidad.

—Pero ¿y qué me dice de los demás personajes? ¿No hablarán? —preguntó el señor Paladin.

—Sólo hay un personaje —aclaró Adam—, el jardinero.

Se produjo un silencio taciturno tras esta afirmación, pues todos pensaron que parecía una novela deprimente. No obstante, por algún motivo, sentían que la presencia entre ellos de un autor, aunque fuese el autor de novelas ilegibles, le daba cierto caché a Up Callow.

—Sírvanle café a la señora Marsh-Gibbon —ordenó el señor Gay, rompiendo el silencio. Opinaba que Adam Marsh-Gibbon era un idiota y lo envidiaba por tener a Cassandra, una mujer rica y además encantadora. Suspiró y le pasó a ella la taza.

La señorita Gay seguía interesada en la novela de Adam.

—Sólo un personaje —repitió pensativa—. Eso es muy poco habitual, ¿pero no cree que debería haber un aliciente amoroso?

—Mi mujer me ha dicho que eso haría la novela más humana —declaró Adam—, pero yo creo que lo desviaría del principal propósito del libro.

—Estoy segura de que su mujer debe de serle de gran ayuda en su escritura —afirmó con afecto la señora Gower.

—Me temo que lo único que puedo hacer es asegurarme de que esté bien alimentado —declaró Cassandra entre risas.

—Siempre he pensado que a un escritor le debe de ser de gran ayuda una esposa que comparta sus inquietudes intelectuales —comentó la señorita Gay.

—Yo habría pensado que es más importante estar bien alimentado —replicó su tío—. Me imagino que el refrán «Muchos cocineros arruinan el puchero» podría aplicarse a la escritura tanto como a cualquier otra cosa. El puchero poético o literario sale mejor si lo cocina una única persona.

Cassandra sonrió al señor Gay, encantada con esta preciosa comparación que le permitía pensar en las obras de Adam como si fueran un estofado irlandés o un guiso de Lancashire.

—Creo que en realidad no tengo inquietudes intelectuales —afirmó Adam para sorpresa de todos, bajando de sus alturas y mostrándose de repente más humano—, y, de tenerlas, las mías son las mismas que las de Cassandra.

—Bueno —intervino el señor Gay con cordialidad—, ¿otra mano de *bridge*? Nos toca la revancha, ya sabe —añadió frotándose las manos.

Siguieron jugando hasta casi medianoche, cuando el rector y su esposa se levantaron para marcharse. Janie se estaba quedando dormida, y tan temerosa estaba de tener que ser la pareja de juego de Adam Marsh-Gibbon que no había podido disfrutar mucho de la última parte de la velada.

—No me sienta bien trasnochar —dijo el rector, dirigiéndole una mirada cargada de intención al señor Paladin, que aún no había hecho ademán de moverse.

—Verá, rector, espero que no se lleve al señor Paladin con usted —intervino la señorita Gay—. ¡No olvide que sólo se es joven una vez! —cacareó.

Al oír aquello, el señor Paladin se juró que, si por él fuera, renunciaría *ipso facto* a los años de juventud que aún le quedasen. Nunca le habían atraído demasiado el hedonismo ni la frivolidad, y jamás le habían parecido tan poco atractivos como en ese momento. Se levantó y empezó a darle las gracias muy amablemente a la señorita Gay por una velada deliciosa.

—Sin duda tendré el gusto de verla el lunes en el ensayo de la Sociedad Coral —declaró con naturalidad. Consideraba que no corría ningún riesgo al decir aquello, pues creía tener ahora la sartén por el mango y poder permitirse ser magnánimo con ella.

La señorita Gay pareció satisfecha y no hizo nada por entretenerlo. En vez de eso, sus pensamientos se adelantaron de un salto hasta el lunes, y planeó

cómo haría para que él la acompañara a casa después del ensayo y cuáles serían sus temas de conversación.

Con una sonrisa remilgada acompañó a las señoras a la planta de arriba para que recogieran sus abrigos.

—Me comenta su marido que ha estado enfermo —dijo dirigiéndose a Cassandra—. Ya decía yo que lo veía algo desmejorado.

—Ah, en realidad no fue nada, sólo un leve enfriamiento —contestó, cortante.

—Pues no podemos permitir que enferme nuestro genio. Debería cuidarlo más —sugirió medio en broma la señorita Gay, pero con un deje de malicia en la voz.

—Hago lo que puedo —dijo Cassandra suspirando, pues se sentía demasiado cansada para bromear y la señorita Gay le parecía muy entrometida—. A veces es difícil estar casada con un genio —añadió, intentando sonar desenfadada.

—Seguro que lo es —convino comprensiva la señorita Gay—. De hecho, opino que esos hombres no deberían casarse con nadie.

Cassandra puso cara de sorpresa.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué sugiere usted? —preguntó como una tonta.

—Un gran artista necesita la inspiración de muchas mujeres —respondió la señorita Gay de forma evasiva—. Piense en Shelley, por ejemplo —añadió, lanzándole una mirada penetrante a Cassandra.

«Ay, por favor, no nos venga ahora con Shelley», pensó Cassandra cansada.

—Supongo que me estará esperando abajo —atajó—. Ha sido una fiesta de lo más agradable. Espero que usted también nos visite en alguna ocasión.

—Debemos hacer todo lo posible para acoger al nuevo inquilino de Holmwood —declaró la señorita Gay, dejando el tema de Adam como un perro deja un hueso, con la intención de volver a él más tarde.

—¿Sabe usted algo sobre él, o ella, o ellos? —preguntó Cassandra, dando muestra de su interés.

—Él —dijo la señorita Gay con tono grave y entusiasta—. Sé de buena tinta que se trata de un hombre.

En la planta de abajo, Adam charlaba sobre su novela con un señor Gay

que parecía cansado. Tal vez si accediera a cortarse el pelo, pensó Cassandra con objetividad, la gente tendería menos a etiquetarlo como un gran artista.

CAPÍTULO 5

«Mientras tanto, el pueblo atiza el fuego...»

—He oído que un extranjero va a mudarse a Holmwood —le anunció una mañana la señora Wilmot a su marido durante el desayuno—. Eso dijo la señora Gower —declaró, poniendo así el sello de respetabilidad a dicho rumor.

El rector dejó el periódico.

—Lo sabremos a su debido tiempo —afirmó—. Mientras tanto hay cosas mejores que hacer que andar cotilleando. —Y se retiró a su estudio para confeccionar el calendario de partidos de críquet de la temporada.

Cuando cerró la puerta, se oyó el runrún de una conversación.

—Ojalá nos invite a tomar el té —dijo Edith—. Holmwood tiene un jardín fantástico y un terreno tan grande —añadió, envidiosa— que en él cabría un campo de *lacrosse*, diría yo.

—Qué emoción si de verdad fuera un extranjero —declaró Janie con voz triste, pues apenas tenía esperanzas de que algo así pudiera ocurrir.

Qué aburrida era la vida aquí, y además, ¿por qué se le iba a meter a Dios en Su Cabeza hacerla más emocionante?, se preguntó. Janie tenía cierta fe en Dios; sabía que Él no permitiría que nada terrible les ocurriera, pero por otro lado no se imaginaba que Dios se rebajase a hacer algo como enviarle a alguien de quien enamorarse, al menos no el Dios sobre el que predicaba el señor Paladin. Su padre solía predicar más sobre El Juego de la Vida, pero su Dios era más o menos igual de inaccesible que el planteamiento aterradoramente inteligente del señor Paladin. Janie suspiró.

—Si así fuera, el señor Marsh-Gibbon se llevaría un buen chasco —dijo

Edith.

—Ay, Edith —replicó Janie, enfadada—. ¡Eres el colmo!

—Tengo que ir a hacer la compra —se despidió de ellas su madre.

En el pueblo, la señora Wilmot se encontró con la señora Gower, tal como esperaba. Coincidieron en la tienda de ultramarinos. Cuando acabaron de probar y oler la mantequilla, una tarea que le encantaba a la mujer del rector, salieron a la calle. La señora Gower cogió del brazo en confianza a su vecina y casi la arrastró hasta un callejón angosto donde jugaban unos niños. Aquello era buena señal. La señora Wilmot no cabía en sí de expectación.

—Holmwood está alquilada —anunció satisfecha la señora Gower—, ¡y a un extranjero!

—¡Oh! —exclamó con voz entrecortada la señora Wilmot—. ¿Está usted segura de que es verdad?

—Uy, sí —contestó la señora Gower—. Lo vi bajar por el camino de entrada. Más bien moreno, y llevaba un sombrero negro.

—Vaya... —dijo cavilando la señora Wilmot, y una sonrisa se insinuó en su carita entusiasmada. Después del dato del sombrero negro, por supuesto no había sombra de duda.

—Y lo oí hablar —prosiguió la señora Gower—. En la oficina de Correos. Pidió un librito de sellos de tres chelines, aunque él dijo tres *chilines*.

—¡Anda! —exclamó la señora Wilmot—. Pero seguro que es muy agradable —añadió mientras se despedían.

La señora Gower movió la cabeza dubitativa mientras se alejaba, pero al cabo de poco se presentó sonriente ante Cassandra para contarle la jugosa noticia.

—Eso explicaría la extraña estufa que viste que metían en la casa —comentó Cassandra sabiamente.

—Era muy guapo —afirmó la señora Gower, con una voz que hizo pensar a Cassandra que las mujeres de Up Callow tal vez estuvieran ya desviando la atención de sus anodinos maridos hacia aquel atractivo extranjero.

—Sí —convino ella—, parece que a los extranjeros los envuelve cierto halo de sofisticación. —Aunque lo dijo con un tono tan prosaico que apuntaba a que, más que en la sofisticación de los extranjeros, estaba pensando con qué

pescado tentaría el apetito refinado y caprichoso de Adam.

Últimamente estaba más alterado que de costumbre. Tenía entre manos un capítulo complicado de su novela y la cosa no pintaba nada bien. Las tardes eran lo peor, pues Adam se las pasaba yendo de acá para allá por la casa, sin siquiera sentarse para cenar, y Cassandra tenía que escuchar los largos pasajes que había escrito durante el día y en los que algo «no funcionaba».

—A ver, ¿qué le pasa a esto? —dijo Adam una tarde, mientras tomaban el café en la sala de estar—. Noto que hay algo que no funciona, pero no sé distinguir qué. He intentado reflejar el efecto de esta mañana concreta de primavera en un hombre al que hasta ese momento todas las mañanas le habían resultado idénticas. Al principio del capítulo cito aquello de: «Es el primer día templado de marzo», de Wordsworth, ya sabes.

Adam empezó a leer y los pensamientos de Cassandra divagaron hacia las especulaciones de la señora Gower sobre el extranjero que había alquilado Holmwood. Tal vez a Adam le hiciera gracia si se lo contaba. Aunque quizá, pensó, echando una ojeada al semblante sombrío de su marido, aquél no era el mejor momento para contarle algo gracioso. Sería mejor esperar.

—De verdad, Cassandra —entonó Adam con voz irritada—. Creo que lo menos que puedes hacer es escuchar.

—Ay, Adam, ¡no te enfades! Te estaba escuchando —declaró, vacilante, intentando recordar de qué iba aquello—. Me ha parecido que la descripción de la visión del jardinero era muy bonita.

—¡Muy bonita! —repitió Adam con tono desdeñoso—. Este hombre se ve inmerso en la experiencia más trascendental de su vida y tú te permites decir que es «muy bonita».

—Si me haces el favor de leer de nuevo lo que has escrito —dijo Cassandra para aplacar su ira—, veré si se me ocurre alguna crítica más adecuada que te resulte de utilidad.

—Está bien. —Adam se apaciguó un poco. Dio un par de vueltas por la habitación y seguidamente comenzó a leer en voz tan alta que la sobresaltó: «Quedó cautivado pala en mano...».

Cassandra escuchó pacientemente. Cuando acabó, hubo un largo silencio.

—Veo que te ha impresionado —declaró Adam, acercándose para sentarse en el brazo de su sillón—. Creo que tal vez he sido un poco grosero contigo hace un instante. Al fin y al cabo, quizá sea una parte bonita. «Muy bonita» —

repitió despacio—. Me gusta la crítica sincera, y si lo que crees es que es muy bonita, pues es mejor que lo digas, claro, y no que finjas que piensas otra cosa.

Sonrió y le dio unas leves palmaditas a su mujer en la cabeza, como uno haría con un amigo fiel y simplón.

CAPÍTULO 6

«Tu sobrio otoño fundiéndose con la edad...»

El señor Gay tenía la costumbre de hacer un poco de ejercicio antes del té. Esa tarde se le ocurrió que daría un paseo por el parque y luego pasaría delante de Holmwood, para ver así la destrucción de los olmos con sus propios ojos.

Se estaba muy bien en el parque. Los tulipanes de los parterres geométricos se encontraban en su apogeo y los nenúfares del estanque pronto florecerían. Al señor Gay lo embargaba la tristeza cada vez que cruzaba el parque, aunque no se tratase más que de un parque municipal, con sus bancos de hierro pintados de verde, sus papeleras y sus letreros de NO PISAR LA HIERBA. Sea como fuere, le recordaba de alguna manera a los majestuosos terrenos por los que podría estar paseando de haberse casado con un buen partido.

Salió por el extremo opuesto del parque y subió la colina que conducía hasta Holmwood. Desde allí pudo ver los grandes espacios yermos donde antes habían estado los árboles. Sintió cómo empezaba a faltarle el aliento a medida que la colina se hacía más empinada, y comenzó a desear no haber llegado hasta tan lejos. Al fin y al cabo, no había nada que ver, sólo unos cuantos tocones de árboles, y tampoco es que él fuese como Angela y esas otras mujeres, que se congregaban en torno a aquel lugar tan sólo para vislumbrar un atisbo de aquel extranjero.

En lo alto de la colina, al otro lado de la carretera, estaba la casa de la señora Gower. Conforme el señor Gay se fue acercando, vio que ella estaba en el jardín, haciendo algo con una cesta de renuevos.

—Buenas tardes —gritó ella—. Veo que ha estado echándole un vistazo a Holmwood. ¿No opina usted que es una pena?

—No me gusta. Esos magníficos olmos... —Aún seguía jadeando.

Pobre señor Gay, pensó la señora Gower. Parecía bastante cansado. Era un hombre apuesto, pero qué canoso se había puesto últimamente, tenía el pelo casi blanco. Lo invitaría a tomar una taza de té.

—Me pregunto si a su sobrina le importará que lo invite a tomar el té. ¿Lo está esperando en casa? —preguntó ella, levantando la mirada bajo el ala de su gran sombrero de paja de jardinería, con su bordado de chillonas flores de rafia.

—Vaya... —El señor Gay se quedó bastante atónito, y el ofrecimiento de una taza de té justo en este momento, cuando le apetecía tanto una, era demasiado atractivo como para rechazarlo. Además, la señora Gower era una mujer muy agradable, se dijo a sí mismo. Provenía de una buena familia de Shropshire, según tenía entendido. Abrió la verja y entró, con un porte visiblemente más gallardo, quizá hasta algo garboso—. Es de lo más amable por su parte —dijo, accediendo.

—Debe disculparme por mi vieja ropa de jardinería —se excusó la señora Gower, que llevaba puesto un voluminoso conjunto color verde salvia de punto. Los bolsillos de la chaqueta colgaban un poco, por estar llenos de paquetes de semillas y tijeras de podar. Sin embargo, pese a lo poco elegante de su atuendo, ella siempre mostraba una compostura majestuosa, y en otros tiempos esa ropa había sido de muy buena calidad.

El señor Gay hizo una leve reverencia ceremoniosa.

—Querida señora Gower, está usted encantadora. —Hizo un gesto con la mano, en busca de una frase apropiada de Dryden o de Pomfret, su poeta favorito, para describirla, pero al no encontrarla dejó que su mano se posara sobre uno de los remates de piedra de los pilares de la entrada. De hecho, pensó unos minutos más tarde, ya sentado en el cómodo sillón de un salón amueblado con gusto, mientras llegaba a sus oídos el repiqueteo de las tazas de té, que en este momento parecía sin duda la mujer más encantadora que había visto en su vida.

Mientras tomaban el té y tostadas recién hechas con mantequilla, conversaron fundamentalmente acerca de los olmos.

—Me deprime muchísimo —afirmó el señor Gay—. Siento que no

viviremos para ver el día en que Holmwood esté de nuevo rodeada de árboles.

La señora Gower asintió con pesar, y se hizo un silencio melancólico.

—Tiene que probar un trozo de este pastel de moka —lo exhortó ella—. Es una de las especialidades de mi cocinera.

—Bueno, la verdad es que casi no me atrevo —respondió vacilante el señor Gay—. Lo que quiero decir es que me gusta muchísimo, pero a una parte de mí no le acaba de gustar —añadió, esforzándose por resultar jocoso.

—Vaya, qué gracia —comentó la señora Gower—, a mi difunto esposo le pasaba justo lo mismo, pero yo no estaba dispuesta a desperdiciar mis ricos pasteles, así que encontré un remedio. —Se levantó y avanzó majestuosamente hacia un pequeño buró que había en un rincón de la habitación. Una vez allí abrió un cajón y, después de rebuscar durante unos minutos, sacó un pequeño frasco de comprimidos blancos—. Aquí está. Tenga, tómese uno —añadió con voz tentadora, como si le estuviera brindando un caramelo.

El señor Gay miró con bastante recelo las pastillas que le ofrecía. Ahora se avergonzaba de haber reconocido su debilidad, y no podía evitar preguntarse si esas pastillas no serían los restos de las que el difunto profesor Gower había tomado para aliviar su digestión, y si, en ese caso, no habrían caducado después de tantos años.

La señora Gower rápidamente aplacó sus temores.

—Las guardo aquí porque de vez en cuando yo misma tomo una —admitió—. Las compré hace poco.

Se volvió a sentar, y, con el frasco de comprimidos sobre la mesa que había entre ellos, atacaron con valentía el delicioso pastel de moka. El señor Gay se atrevió incluso a repetir. Ningún pastel de su sobrina ni de su criada y cocinera le había sabido nunca como éste.

—Ahora con sólo dos de estas pastillitas todo irá bien —dijo la señora Gower.

Después de aquello, el señor Gay se descubrió de repente hablando en confianza de su estómago, y la señora Gower hizo lo propio, por lo que cuando aún no habían dado las cinco y media ya estaban al tanto de lo que el otro podía o no podía comer.

A las seis menos cuarto, el señor Gay pensó que era hora de marcharse. Se sentía extraordinariamente renovado después del té, y el rico pastel no había

tenido ningún efecto indeseable por el momento. La señora Gower también había disfrutado de la compañía y se alegraba muchísimo de haber podido aconsejarle un remedio para su problema.

Una vez en el vestíbulo, el señor Gay se fijó en una aspidistra que había en un rincón, sobre una mesita. Pero al observarla más de cerca, casi se le saltan las lágrimas de pena en comparación con las preciosas plantas que adornaban su vestíbulo. Las hojas no brillaban y una de ellas estaba totalmente marchita. Se detuvo y acarició con ternura la hoja muerta. La señora Gower también se detuvo.

—Me temo que no es un ejemplar tan bonito como el suyo —dijo a modo de disculpa—, pero, claro, es vieja, y no se puede esperar que las plantas vivan para siempre.

—Con los cuidados apropiados —respondió el señor Gay con severidad— no hay ninguna razón para que no vivan eternamente.

La señora Gower sonrió al contemplar ante sí una visión de aspidistras inmortales, sempiternas, los únicos seres vivos en un mundo muerto.

—Ay, no me riña —se defendió ella—. Me temo que sé muy poco de aspidistras. —Y tampoco es que le gustasen demasiado, sólo conservaba ésta porque era una reliquia de su primera casa en North Oxford.

—Basta un poco de fertilizante y un poco de aceite —repitió el señor Gay, pensativo—. Es muy sencillo.

—Pues ojalá usted me enseñe a cuidar mejor de mi pobre planta —sugirió la señora Gower.

—Lo haré encantado, si usted me lo permite. Sería todo un placer. Tal vez pueda traerle un poco del fertilizante especial que uso para las mías.

—Sería muy amable por su parte.

—Para nada, señora Gower. Usted es quien ha sido de lo más amable conmigo esta tarde, además de ofrecerme una deliciosa merienda.

Y de este modo, mientras intercambiaban expresiones de gratitud, caminaron hasta la verja. Allí permanecieron varios minutos lamentando una vez más la desaparición de los olmos.

—Me pregunto por qué sí han conservado todos los abetos —dijo la señora Gower.

Pero antes de que al señor Gay le diera tiempo a contestar, se oyó el motor

de un coche. Se detuvo delante de Holmwood y alguien bajó para abrir la verja. Vieron a un hombre alto de unos treinta y cinco años, con un abrigo de corte extranjero y un sombrero negro. Cuando él los descubrió de pie junto a la verja, inclinó la cabeza y se quitó el sombrero, a la vez que gritaba con voz profunda: «¡Qué tarde tan bonita!». Luego les dedicó una sonrisa radiante y se metió en el coche. Los dos se sorprendieron tanto que, cuando le devolvieron el saludo, el coche ya había recorrido medio camino de entrada. La señora Gower no sabía qué decir. Era aún más guapo de como lo recordaba, con ese rostro delgado y esos ojos negros centelleantes.

—Es muy moreno, ¿verdad? —comentó ella sin comprometerse.

—Sí —convino el señor Gay, pensando que no le gustaba el aspecto de aquel tipo.

Mientras descendía la colina se dijo a sí mismo que todos estos cambios no eran buenos. Pero entonces se dio cuenta de que se sentía extraordinariamente en forma, de que se había comido dos deliciosos trozos de pastel para merendar y de que no le estaban sentando mal. Poco a poco su humor fue cambiando, de modo que al regresar paseando por el parque, con su recién descubierto estado de ánimo benevolente, empezó a pensar que la llegada al pueblo de aquel extranjero tal vez no fuese algo tan malo. Puede que incluso fuese algo bueno.

CAPÍTULO 7

«¡Triste es la victoria sobre la tímida liebre!»

El señor Paladin estaba escribiéndole una carta a su madre. Estaba en su pensión, sentado y encorvado sobre la estufa eléctrica, pues aunque acabara de contar en su carta que cada día hacía más calor, las noches seguían siendo lo bastante frías como para que notara que la calefacción de su cuarto era insuficiente. No le apetecía subir a buscar su manta de viaje, aunque, la verdad, habría sido agradable envolverse las rodillas con ella. Si lo hacía, la casera podría ofenderse, y, además, parecería muy raro en caso de que el rector le hiciera una visita. O cualquier otra persona. Le dieron escalofríos y se acercó más a la incandescente resistencia de la pared que hacía las veces de chimenea. ¿Y si a la señorita Gay se le ocurriera visitarlo esa tarde? El lunes se lo había insinuado después del ensayo de la Sociedad Coral, y lo peor de todo era que tenía un pretexto. Ya había pasado más de un mes desde que le pidió prestado *El paraíso perdido* y seguro que se le ocurría devolvérselo esa tarde que tenía la desgracia de encontrarse en casa.

Se concentró de nuevo en su carta. «Estoy dando una serie de sermones sobre la presencia de Dios», escribió, y luego hizo una breve descripción del primero, que había tratado de la necesidad de aproximarse a Dios con espíritu de asombro y temor. «También sigo con mis estudios de hebreo y estoy sacando tiempo para leer un poco de Platón y de Homero por las tardes. Me vino muy bien el pijama más grueso, aunque espero que las noches pronto sean más cálidas. Ahora que empieza la temporada de críquet, supongo que estaré más atareado que en invierno, ya que el rector es un gran entusiasta y jugará siempre que pueda. Yo tendré todas las tardes ocupadas entre las vísperas, la catequesis para hombres y niños, y el Club de los Muchachos, y además

deberé preparar mis sermones...» Enumeró una lista de actividades tan impresionante que cuando su madre leyó la carta se alarmó bastante y se apresuró a escribirle a su hijo, dándole estrictas órdenes de tomar leche o Horlicks antes de acostarse.

En realidad, el señor Paladin no había querido dar la impresión de estar sobrecargado de trabajo. Mientras escribía, había estado pensando en todas las excusas legítimas que podía alegar para no ver a la señorita Gay ni ir a las fiestas que se celebraran en su casa. Tuvo que admitir que, tras la gloriosa victoria en el invernadero, había sufrido un duro revés. Después del ensayo de la Sociedad Coral, había bajado la guardia, ya que la interpretación de *La creación* de Haydn resultó extenuante, por lo que, cuando acabaron, se le olvidó por completo evitar a la señorita Gay. Había ocurrido lo peor que podía ocurrir, y se había visto en la obligación, como caballero y clérigo de la Iglesia de Inglaterra, de acompañarla a casa.

—Verá, señor Paladin, tengo que admitir una cosa —dijo ella cuando aún podía oírlos un grupo de catequistas.

—¿Ah, sí? —Él se había mostrado cortés, incluso interesado, pero esquivó la mirada de sus ojos oscuros y penetrantes. Lo que él esperaba oír era que confesara que prefería Haydn a Bach, o alguna otra cosa relacionada con el ensayo.

En vez de eso, ella lo fue arrinconando tanto que a punto estuvo de empujarlo fuera de la acera, y, sonriendo con voz afectada, le dijo:

—¿Sabe? Me da muchísimo miedo la oscuridad.

—Vaya, qué interesante. —Él intentó elevar el nivel de la conversación, y en lugar de añadir: «No tiene usted de qué asustarse si yo estoy a su lado», dijo—: Pues yo tengo una opinión muy distinta. Concuerdo con el poeta Young, «para mí en la oscuridad hay más divinidad» —citó—. ¿No cree usted que los pensamientos sublimes surgen casi siempre en la oscuridad? —se apresuró a preguntar, desesperado—. ¿No es posible que su miedo sea una especie de asombro, ese necesario temor...? —El señor Paladin se detuvo, sintiéndose bastante estúpido al reparar en que la señorita Gay ya había oído su sermón. Lo que ella comentó a continuación no lo tranquilizó.

—Nunca más tendré miedo de volver sola a casa ahora que usted participa en la Sociedad Coral —declaró cuando llegaban a la verja de Alameda.

El señor Paladin se sintió como un prisionero, ya que la señorita Gay se

aferraba a su brazo y él no podía deshacerse de ella sin ser descortés. Había llegado a la conclusión, y lo lamentaba, ya que le gustaba mucho cantar, de que tendría que sacrificar aquellas agradables veladas en la Sociedad Coral. Lo consideraba injusto, pues lo único que él pedía era que lo dejaran tranquilo con su hebreo, su Platón y su Homero.

—Usted y yo debemos charlar más a menudo de estas cosas —sugirió ella, soltándole el brazo—. Estoy segura de que usted podría hacer muchísimo por culturizarme. Ah, y ya es hora de que le devuelva su *Paraíso perdido*, lo tengo desde hace una eternidad.

«No es más que una edición barata de Oxford, de las de tres chelines y seis peniques», pensó de repente el señor Paladin.

—¿Tal vez le gustaría quedárselo? —preguntó esperanzado.

—Uy, no, gracias, aunque es todo un detalle por su parte. ¿Sabe? Después de que me lo prestara descubrí que ya lo teníamos en casa —dijo entre risitas—. Y ahora debo entrar. A saber qué diría mi tío si se enterara de que me ha tenido aquí fuera charlando tanto rato.

El señor Paladin no supo qué decir en respuesta a aquella injusta acusación. No se le ocurrió hasta casi llegar a casa que podía haberle pedido el libro sin más en aquel preciso momento. Ahora mismo podría llevarlo bajo el brazo, el último vínculo entre él y la señorita Gay. Maldijo su estupidez mientras seguía sentado en su habitación.

Acabó la carta y luego decidió que meditaría un ratito sobre su sermón. Eran las nueve y media, una hora en que era muy probable que apareciera la señorita Gay. Pero de repente tuvo una idea. Si apagaba la luz, al pasar ella vería que su habitación estaba a oscuras, así tal vez no preguntara por él para verlo, sino que se limitaría a dejar el libro y marcharse. Al menos merecía la pena intentarlo. Apagaría la luz y también la estufa, aunque hiciese frío sin ella, y se sentaría en el rincón junto a la estantería de libros, así cuando la señora Roberts entrase en la habitación para asegurarse pensaría que no estaba en casa.

Al cabo de media hora, el señor Paladin seguía meditando muerto de frío y a oscuras. Se había dado cuenta de que sus ideas tendían a desviarse del tema que se había propuesto: «Adorad al Señor en la hermosura de la santidad». La santidad. ¿Qué significaba? ¿Qué era la santidad? Pretendía empezar de forma muy sencilla, a ser posible con una definición, para a partir de ahí, poco a

poco, elevarse y explayarse, acompañando a sus feligreses, esperaba, hacia una interpretación más amplia y al mismo tiempo más sutil. El diccionario le ofrecía cinco definiciones de la palabra *santo*, tres de las cuales se proponía utilizar en su sermón: puro de corazón, libre de pecado y apartado para uso sagrado. Las dos primeras, creía poder explicarlas de manera bastante sencilla, pero la tercera era más difícil. «Apartado para uso sagrado»: los pastores de Dios, por supuesto, se apartaban en este sentido. La señorita Gay debería darse cuenta de aquello. Las meditaciones del señor Paladin se vieron interrumpidas en ese momento por el sonido del timbre de la puerta principal. De repente sintió aún más frío. ¿Estaba a salvo?, se preguntó. Oyó que la señora Roberts abría la puerta, la cerraba y luego daba unos golpecitos en la puerta de su habitación. Se encogió en su rincón, casi conteniendo la respiración. Ahora empezaba a desear haber sido más valiente. Se sentiría muy estúpido si la señorita Gay lo descubría de esa guisa.

La señora Roberts acababa de abrir la puerta y oía cómo tanteaba la pared en busca del interruptor. ¿Qué necesidad tenía de seguir intentándolo?, se preguntó él. ¿No se había dado cuenta de que no estaba en casa? De repente la habitación se vio inundada de luz, o eso le pareció al señor Paladin, que llevaba más de media hora sentado a oscuras, aunque en realidad la iluminación de Arlington House era muy pobre.

La señora Roberts avanzó hacia el interior del cuarto y echó un vistazo a su alrededor.

—Pero, bueno, señor Paladin —exclamó—, ¿qué hace ahí agazapado en la oscuridad?

Aquella expresión rebuscada, que en otro contexto le habría hecho gracia, hizo ahora que el señor Paladin se sintiese aún más avergonzado. «Agazapado en la oscuridad.» Supuso que describía muy bien su estado.

Se puso de pie con toda la dignidad de la que pudo hacer acopio y dijo:

—Ah, sí, señora Roberts, creo que la oscuridad es propicia para las grandes ideas.

La señora Roberts se quedó mirándolo sin comprender nada.

—Alguien ha traído esto para usted —anunció, tendiéndole un paquete rectangular.

Por la forma, el coadjutor supo que se trataba de *El paraíso perdido*. Lo abrió y vio que dentro había una nota. Era muy breve. «Querido señor Paladin

—rezaba—, aquí tiene el libro. Se lo envió con Amy, ya que creo que no me dará tiempo a llevárselo yo misma. ¿No está haciendo unos días estupendos? Atentamente, Angela Gay.»

El señor Paladin la estrujó y la lanzó a la papelera. ¿Por qué había enviado a la criada? ¿Era posible, se preguntó indeciso, casi sin atreverse a albergar esa esperanza, que se hubiera cansado de él? Se pasó el resto de la tarde especulando acerca de este interesante asunto y olvidó por completo sus meditaciones sobre la santidad.

La explicación de la conducta de la señorita Gay, de haberla sabido, era muy sencilla. Aquella mañana, mientras hacía la compra, la había abordado un desconocido alto y apuesto ataviado con un sombrero negro.

—Disculpe —dijo él, inclinando la cabeza como nunca antes lo había hecho nadie en Up Callow—, ¿podría usted quizá decirme si hay por aquí una tienda de objetos de hierro?

—¿De objetos de hierro? —En un primer momento, la señorita Gay pareció desconcertada—. ¡Ah! Supongo que se refiere a una ferretería —dedujo—. Sí, hay una, pero queda bastante a desmano. —Miró dubitativa de un lado para otro.

—Muchísimas gracias. ¿Me podría quizá decir cómo llegar hasta allí?

—Verá, es bastante complicado. —La señorita Gay titubeó un instante y luego, de repente, añadió—: Pero da la casualidad de que yo también voy hacia allí, así que puedo acompañarlo.

—Ay, pero no puedo causarle tantas molestias, es usted demasiado amable —dijo con una sonrisa radiante y numerosas reverencias y aspavientos con el sombrero negro.

—No, no, le aseguro que no es ninguna molestia —replicó con entusiasmo la señorita Gay.

Se pusieron en camino, él dando grandes zancadas y ella caminando a pasitos rápidos a su lado con sus tacones altos.

—¿Está segura de que no la molesto? —insistió el desconocido.

—No me molesta para nada —lo tranquilizó la señorita Gay—. De hecho, yo también tengo que ir a preguntar por una pieza de repuesto para una estufa Primus.

—Muy extraño —dijo el desconocido, con su voz grave y extranjera que hacía que la conversación sonase mucho más emocionante de lo que en

realidad era—. Yo también deseo comprar una estufa Primus.

—Es que son tan útiles —susurró la señorita Gay, pensando que aquello era un verdadero vínculo entre ellos, aunque no fuese uno romántico. Mientras hablaba, no paraba de lanzar miradas de un lado a otro de la calle, para comprobar si no habría por allí alguien que la conociese y la viera caminar junto a ese desconocido de aire distinguido. Vio desaparecer la espalda ancha de la señora Gower, que entraba en la pescadería, y se toparon de frente con Janie Wilmot al doblar la esquina de Market Street, aunque por lo demás el paseo fue un poco decepcionante.

—Qué pueblecito tan encantador —afirmó el desconocido— y todo el mundo es tan *gemütlich*...

—¿Disculpe? —dijo la señorita Gay, sorprendida al pensar que los habitantes de su anodino pueblo pudieran ser algo que necesitara una palabra extranjera para describirlos.

—Amables, simpáticos, ¿cómo lo diría usted? Pero qué bobo soy. Usted no sabe alemán, ¿o tal vez sí? Tiene un aspecto muy parisino.

La señorita Gay sonrió complacida. Su ajustado traje negro y el sombrerito con un pequeño velo para los ojos habían causado por fin, pues ya hacía casi un año que los tenía, el efecto esperado. Seguro que no le diría algo así a Cassandra Marsh-Gibbon, con su ropa de tweed y sus zapatos bajos de cuero.

—Mi madre era francesa —declaró ella con orgullo.

—Usted se le parece mucho, creo —dijo el desconocido con una seguridad más bien sorprendente.

—Eso no sé decírselo. Murió cuando yo tenía cinco años y apenas la recuerdo.

—Ay, qué triste para usted. —Los ojos oscuros expresaron una compasión genuina—. Mi madre también murió cuando yo tenía cinco años.

La señorita Gay se quedó callada, pensando que éste era otro vínculo entre ellos, uno más hermoso y permanente que una estufa Primus. Tal vez fuese mucho pedir que pudieran consolarse el uno al otro por la muerte de una madre olvidada hacía ya tanto tiempo, pero al menos podrían ser *algo* el uno para el otro.

Sus sueños se vieron interrumpidos por el comentario del desconocido, que estaba seguro de que ésta era la tienda, ¿sí? La señorita Gay levantó la vista, luego suspiró y se encogió de hombros, como si la imagen de los cubos,

las regaderas y los quinqués de metal la hubiesen sacado de golpe de la contemplación de una visión hermosa.

—Sí —respondió ella—, ésta es la tienda.

—Ha sido realmente amable por su parte acompañarme —dijo él sonriendo.

—Espero que se esté usted instalando cómodamente en su nueva casa —dijo la señorita Gay.

—¡Oh, es encantadora! —declaró él con entusiasmo—. Pero ¿cómo sabía usted que voy a vivir aquí?

—Las noticias vuelan en un pueblo pequeño.

—Sobre todo las buenas, ¿sí?

La señorita Gay lo miró pestañeando con coquetería.

—Espero que podamos decir que lo son —replicó ella.

—Ya verá que sí —dijo riendo el desconocido, y después de darle las gracias de nuevo, entró a la tienda y se perdió en su sombrío interior.

La señorita Gay se alejó sintiéndose muy animada, y olvidando por completo que, en teoría, ella también iba a comprar algo.

Al caer la tarde, recordó que había planeado hacerle una visita al señor Paladin para devolverle su libro. Qué libro más aburrido, pensó. ¿Por qué leería cosas tan tontas?

—Amy —gritó—, tráeme papel de estraza y cordel, y coge el sombrero y el abrigo. Quiero que lleves un paquete a la pensión donde vive el señor Paladin.

CAPÍTULO 8

«¡Ven, inspiración! De tu ermitaña morada,
por seres mortales rara vez hallada...»

—¿Qué es todo este asunto de que un extranjero se muda a Holmwood? — le preguntó Adam Marsh-Gibbon a su esposa una tarde.

Habían pasado unos diez días desde que la señorita Gay le indicase al desconocido cómo ir a la ferretería. El tiempo de repente se había vuelto mucho más cálido, y Adam y Cassandra estaban en el jardín. Él, sentado bajo el cedro, ella, desherbando un parterre de flores no muy lejos.

—¿De verdad, Adam —respondió Cassandra riendo—, no has oído hablar de la señorita Gay y el apuesto desconocido y cómo descubrieron que estaban hechos el uno para el otro por no sé qué de las estufas Primus y la muerte de sus madres? Fue algo divertidísimo. Me lo contó la señora Gower, que se enteró por el señor Gay, así que debe de ser verdad.

—Tengo cosas mejores que hacer que escuchar las habladurías de un hatajo de mujeres —declaró Adam con arrogancia—. Para mí no son más que bobadas.

—Claro, claro —convino Cassandra—, pero creo que son ciertas, lo que las hace aún más deliciosas.

En los últimos diez días, Adam no había hecho prácticamente nada más que caminar de un lado para otro por la casa y el jardín y quejarse de su incapacidad para escribir, del polvo del piano, de los botones que faltaban en sus camisas y pijamas, de la ternera demasiado hecha o el cordero demasiado crudo para cenar, de que hiciera demasiado frío o demasiado calor y de cualquier otra cosa que se le ocurriera en ese momento.

—Creo que deberías venir a ayudarme con estos hierbajos —prosiguió Cassandra—. No puedes pretender llegar al alma de tu jardinero si no tienes ninguna experiencia práctica en jardinería. Además, ahora mismo no estás haciendo nada.

No, Adam tuvo que admitir que ahora mismo no estaba haciendo nada, pero se sintió obligado a justificarse y comenzó a hacerlo por extenso.

—¿Por qué tienes que estar siempre molestándome? —replicó de mal humor—. Vosotras las mujeres atareadas haríais bien en leer a Wordsworth. ¿Acaso no recuerdas «Reclamación y respuesta»? —quiso saber, y comenzó a recitar sus versos con una voz desafiante que no se correspondía demasiado con el sentido del poema.

Cassandra guardó silencio. Adam jugaba con una injusta ventaja sobre ella por ser capaz de poner punto final a sus pequeñas discusiones citando un poema oportuno que respaldara su punto de vista. ¿Qué iba a decir ella después de dos estrofas de Wordsworth? A veces casi deseaba que Wordsworth nunca hubiera existido. Sentía que el poeta era prácticamente el único responsable de ese pelmazo de jardinero sobre el que a Adam le estaba costando tanto escribir. «Si no fuese por Wordsworth —se dijo a sí misma—, no nos estaríamos preocupando por las bellas y permanentes formas de la naturaleza ni por la sabia pasividad», que, en el caso de Adam, no era más que un eufemismo para referirse a ser un vago y no hacer nada.

Cassandra dejó de arrastrarse entre los dientes de león, levantó la vista y observó el gesto de intensa concentración en el rostro de su marido. Estaba muy atareado haciendo barquitos de papel con el último capítulo de su novela. Era sin duda lo mejor que se podía hacer con ella, pensó Cassandra, sintiendo de repente un inmenso amor por él.

Al cabo de unos diez minutos de trabajo con los dientes de león, se levantó porque le dolía la espalda y se acomodó en el banco junto a su marido.

—Adam, cariño —dijo con timidez—, ¿no crees que podríamos dar algún tipo de fiesta e invitar a este extranjero y a unas cuantas personas más? Hace siglos que no vemos a nadie y estoy segura de que te sentaría bien.

—¿A qué te refieres con que me «sentaría bien»? —replicó Adam, intransigente, mientras seguía haciendo barcos de papel.

—Bueno, a que te haría olvidarte un poco de ti mismo.

—Pero a ver, hija mía, ¿por qué iba yo a querer olvidarme de mí mismo?

Además, es imposible. ¿Quién iba a ser si no fuese yo mismo? A ver, dímelo tú.

Cassandra suspiró. Sintió que ni de lejos estaba preparada para embarcarse en una discusión filosófica en ese momento, aunque se esforzó todo lo que pudo para decir:

—De vez en cuando todos deberíamos desviar nuestra atención de una contemplación ensimismada de nosotros mismos.

Adam rompió a reír y le rodeó los hombros con el brazo.

—Mi pobre Cassandra, qué frase tan bonita.

—A ver, Adam, sabes que te gusta alternar con la gente, y mucho. Y a mí me gustaría dar una fiesta.

—Podríamos invitarlos a jerez —apuntó Adam, espléndido.

—¿Qué día sería mejor, en tu opinión? —preguntó Cassandra.

—Ah, por mí, cualquier día me va bien —respondió Adam para su sorpresa—. Pero ¿qué pasa con este extranjero? Bueno, ¿y quién es?

Cassandra comenzó a exponerle un informe de los hechos tan completo como pudo, dado que ella aún no lo había visto con sus propios ojos. A la hora de cenar, Adam estaba de bastante buen humor, e incluso le dio un beso en el comedor y le dijo que creía que últimamente tal vez había estado un poco irritable; le preguntó si ella lo había notado. A lo que la joven contestó que sin duda lo había visto ensimismado, pero, claro, era de esperar, y si a veces había estado irritable, era probable que fuese culpa de ella. De hecho, cuando Adam se mostraba tan amable y de tan buen humor, a Cassandra le daba la impresión de que quizá ella tuviese la culpa de que él no se comportara siempre así.

—Bueno —dijo Adam con solemnidad mientras tomaban café en el salón—, ¿qué te gustaría leer esta noche?

—Creo que estaría bien continuar con *Las estaciones* —respondió Cassandra dócilmente, pensando que en realidad lo que estaría mejor sería no tener que leer nada, aunque prefería la lectura a otra de aquellas veladas deprimentes sin ningún otro sonido más que el de Adam yendo de acá para allá, de la habitación al vestíbulo y del vestíbulo a la habitación.

—Empieza, Cassandra —dijo Adam—. Que lees francamente bien.

Ella abrió el libro y comenzó a leer:

Dejad que mi canto entone una nota más noble,
y cante la divina fuerza de la primavera sobre el hombre.

Leyó estos versos con rapidez y echó una ojeada angustiada a Adam, pues temía que le recordasen a su novela y a aquel maldito jardinero. Pero sus temores se disiparon enseguida. Estaba recostado en su sillón con los ojos cerrados y una sonrisa de satisfacción en el rostro. «Ay, mi Adam, pero si ni siquiera está escuchando. Las palabras pasan por encima de él como las olas del mar, o le resbalan como el agua por el lomo de un pato», pensó con afecto. Cuando acabó de leer el final del pasaje, se detuvo.

—Adam —lo llamó con delicadeza—, creo que te has quedado dormido.

—No, no —contestó amodorrado—. Sólo estaba pensando.

—¿En qué?

—En nada.

—Me alegro —dijo Cassandra—. Te sienta bien no pensar en nada. Ojalá lo hicieras más a menudo.

—Por desgracia, tienes que haber pensado muchísimo en algo para que sea posible alcanzar un estado tan placentero como es no pensar en nada —explicó Adam sagazmente.

Cassandra aguardó, pero su marido no hizo ninguna alusión al jardinero. «Tal vez —pensó ella—, mañana por la mañana lo quemará o lo hará pedazos, o puede que incluso lo deje aparcado. Eso sí que estaría bien.»

CAPÍTULO 9

«... los rebaños,
en círculos más y más amplios, olvidan su alimento
y al inofensivo extraño contemplan maravillados.»

Stefan Tilos se consideraba un hombre de lo más normal. Le sorprendió de veras comprobar el enorme interés que concitaba su llegada a Holmwood. Después de pensarlo, llegó a la conclusión de que debía de ser porque los ingleses eran *gemütlich* por naturaleza. Acogen en su seno a un pobre extranjero —el señor Tilos a veces tenía ideas bastante ridículas de sí mismo— como si fuese uno más de ellos, pensó, sin darse cuenta de que ni era ni jamás podría ser algo tan anodino como uno de ellos. Pasó por alto la importancia de ser extranjero y de ser húngaro. Los extranjeros son poco frecuentes en Shropshire, y en particular los húngaros. Para los habitantes de Up Callow, a Stefan Tilos lo envolvía toda la sofisticación de Budapest, sobre un fondo de castillos medievales, bandas zíngaras y vampiros. Y por encima de todo, era un hombre soltero, hasta donde todos sabían.

La mañana que recibió la invitación a la fiesta de Adam y Cassandra, el señor Tilos estaba desayunando en su comedor. Desde la ventana divisaba un grupo de abetos. Casi podría estar viviendo en medio de un denso bosque, un señor feudal húngaro en el corazón de Shropshire. Sus amigos de Budapest lo habían tomado por loco por irse a vivir a Inglaterra. Hacía frío, decían, y llovía todo el tiempo. Londres no estaba mal, pero los clubs nocturnos eran muy caros, aunque no debía dejar de visitar Quaglino's. Habían oído que Escocia era bonita, pero ¿Shropshire?, ¿dónde quedaba eso? En una región tan salvaje seguro que había muchos lobos. Era una lástima que su negocio (algo relacionado con la importación y la exportación de bienes de consumo) lo

hubiese obligado a abandonar la seguridad de la capital. Stefan no tardaría en volver, se decían.

—Estoy empezando a pensar que hubiera sido preferible no invitar a este hombre —confesó Cassandra a Adam mientras se arreglaban para la fiesta—. A fin de cuentas, en realidad no sabemos nada de él.

—De hecho, es de lo más inoportuno haber invitado a alguien —replicó Adam—. Estoy muy ocupado, no debería perder ni un segundo.

Cassandra suspiró.

—Bueno, siempre puedes escabullirte a tu estudio si de repente te viene la inspiración —dijo a modo de consuelo, ya que últimamente dicha inspiración aparecía de forma muy irregular, y uno nunca sabía cuándo se presentaría.

Había dejado aparcada la novela sobre el jardinero, como ella esperaba, y ahora tenía entre manos un poema épico que era casi igual de malo.

Los primeros en llegar fueron el señor Gay y su sobrina. Al saludarlos, Cassandra no pudo evitar celebrar el buen aspecto del primero.

—Sí —convino el señor Gay—. En mi vida me he sentido mejor.

—Es la primavera —apuntó la señorita Gay, que no sabía nada de las maravillosas pastillas de la señora Gower—. ¿No hace un tiempo estupendo?

—Sí, estupendo —insistió Cassandra—, y está todo precioso lleno de flores.

La señorita Gay parecía muy animada. ¿Había habido más encuentros entre ella y el romántico desconocido? ¿Era posible que hubiesen descubierto que, además de las estufas Primus, tenían más cosas en común?

—¡Qué vestido tan precioso! —la halagó la señorita Gay, y se la llevó aparte para dirigirse a ella en un susurro de confianza femenina—. Ese tono de azul le sienta muy bien —añadió, pensando en lo soso que era.

—¿Cuándo llegará ese hombre? —preguntó Adam acercándose a ellas—. ¿Vendrá con un traje típico de su país?

—Uy, señor Marsh-Gibbon, ¡qué simpático! Aunque me temo que se llevará una decepción. Stefan es, en realidad, bastante inglés en su apariencia —pronunció el nombre de pila con un orgullo afectado. De hecho, la señora Gower le había contado que había visto el nombre escrito en un baúl que estaban metiendo en Holmwood, y la señorita Gay había decidido usarlo. Creía que, al ser la única persona que de verdad había hablado con él, tenía

motivos para llamarlo por un nombre más íntimo.

Adam miró a la señorita Gay por encima de la montura de sus gafas. A menudo se las ponía cuando venía alguien a la casa, para darse un aire más erudito, pero no veía bien con ellas, ya que sólo servían para leer.

—¿He de entender que ha intimado con él?

Cassandra pensó que se estaba poniendo bastante tonto y era evidente que también lo pensó el rector, pues se unió al pequeño grupo y le preguntó a Adam qué tal iba con su novela.

—La he aparcado —respondió Adam—. Por un tiempo —añadió, al creer que detectaba un gesto de decepción en la cara del rector, aunque Cassandra, que también lo estaba observando, sospechó que era de alivio.

—Ah, pero seguramente la retomará más adelante.

—Sí, claro, pero ya en otoño. Entonces me resultará más fácil escribir sobre la primavera. Siempre es más fácil recordar una emoción con calma.

Cassandra sonrió, preguntándose si, cuando llegase el otoño, Adam descubriría que no había ninguna emoción que recordar. Hasta cierto punto es lo que ella deseaba.

—¿Entonces se toma usted un bien merecido descanso? —preguntó el rector.

—No, no. —Adam negó con la cabeza, y una sonrisa de cansancio se le dibujó en el rostro—. Ahora estoy sopesando la idea de escribir un poema épico —declaró, alzando algo la voz para que, como era su intención, las demás personas que había en la habitación lo oyeran, interrumpieran su trivial conversación y se fueran acercando para saber más al respecto—. Dryden nos cuenta que es la mayor obra de la que es capaz el alma del hombre —prosiguió con tono imponente.

Se hizo un silencio de admiración, durante el cual nadie supo qué decir. A continuación, la señora Gower comentó con aire indulgente, tratándolo como a un niño al que hay que seguirle la corriente:

—A mi difunto esposo se le ocurrió una vez componer un poema épico sobre el rey Arturo, pero nunca escribió más de cincuenta versos, que yo recuerde.

—Y supongo que eso no sería suficiente para una epopeya, ¿verdad? —insinuó la señorita Gay, pensando con desagrado en *El paraíso perdido*.

—En absoluto —intervino el rector—. Imagino que la extensión es un requisito básico, sin contar con todo lo demás que hace falta.

Se abrió la puerta y Lily anunció al señor Stefan Tilos. La escena estaba preparada para una entrada triunfal. Todos los allí reunidos se hallaban apiñados en el rincón donde habían estado escuchando a Adam, y, al abrirse la puerta, se dieron la vuelta de forma automática para ver quién era.

Cassandra se adelantó para saludarlo.

—Me alegro mucho de que haya podido venir —afirmó.

—Fue de lo más amable por su parte invitarme. Pero llego tarde, ¿sí? —Echó un vistazo a su alrededor, sonriendo a todo el mundo—. Lo siento mucho —añadió.

—Uy, no, para nada...

Cassandra le ofreció una copa de jerez y empezó a presentarle a la gente. Intentó hacerlo lo más rápido posible, ya que tenía la incómoda sensación de que la señorita Gay la vigilaba, dispuesta a arrebatarse al señor Tilos en caso de que lo monopolizara demasiado tiempo.

—Ah, mi amiga parisina —dijo al ver a la señorita Gay.

El señor Gay lo miró con severidad. ¿Cómo era posible? Angela había abandonado París siendo una niña.

El rector carraspeó y dijo:

—Supongo que aquí todo le parecerá más tranquilo que en su país.

—Vine en busca de tranquilidad —explicó el señor Tilos— y espero encontrarla.

«No puede ser que él también esté escribiendo un poema épico —pensó Cassandra, desconsolada—. Está claro que un pueblo como éste no podría dar cabida a dos escritores.»

—El campo de esta zona es muy agradable —comentó el señor Gay.

—Es un lugar saludable, en mi opinión —declaró el señor Tilos.

—Uy, no —interrumpió Adam—, no lo es. No es en absoluto saludable —afirmó con gravedad—. Son tierras demasiado sombrías.

—Tal vez haya venido para mantener un perfil bajo —sugirió entre risas la señorita Gay—. A fin de cuentas, no sabemos nada de su pasado —afirmó con aire provocador y lanzándole una mirada al señor Tilos.

—He de esperar que nunca descubran nada —replicó él en la misma línea.

«Creo que lamentaremos la presencia de este hombre», reflexionó la señora Gower. Era demasiado guapo para dejarlo suelto por un pueblo tan pequeño.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo? —preguntó.

—Uy, sí, espero quedarme muchos, muchos meses.

—Supongo que le resultará tedioso —presagió Adam—, a menos que le guste pasear o montar a caballo.

—Me gusta mucho cazar jabalíes —declaró sin más el señor Tilos.

Aquello impresionó incluso a Adam. Se imaginó castillos medievales y extensos bosques con grandes perros corriendo de acá para allá. El rector recordó la ceremonia de presentación de la cabeza del jabalí en el Queen's College de Oxford. Cassandra pensó en una de aquellas cabezas falsas de jabalí, hechas de galantina y con una superficie marrón brillante, que decoraban las mesas de los bufés fríos. Nadie supo qué decir. No parecía muy amable decirle al señor Tilos que era improbable que en Shropshire pudiera practicar su deporte favorito.

Él seguía de pie junto a la chimenea con una sonrisa de felicidad en el rostro, casi como si sonriese por algún secreto. La cuestión es que así era, pero no podía revelar sin más de qué se trataba. Al ser un hombre sensible, se había enamorado a primera vista de Cassandra Marsh-Gibbon.

CAPÍTULO 10

«Una autonomía elegante, suficiente, retiro, calma rural, amistad, libros...»

—No me gusta —dijo el señor Gay, negando con la cabeza y frotando enérgicamente la hoja de aspidistra—. Nada bueno puede salir de ahí.

La señora Gower asintió, comprensiva.

—Estoy segura de que tiene toda la razón —declaró. Era lo que estaba acostumbrada a decir después de tantos años de vida conyugal junto a un hombre que siempre hablaba de cosas que resultaban demasiado complicadas para ella. De ese modo, el difunto profesor Gower había tenido la satisfacción de saber que al menos su mujer estaba convencida de su acierto al mantener que Nicholas de Guildford no tenía absolutamente nada que ver con *El búho y el ruiseñor*.

—Las cosas ya estaban bastante mal cuando Angela iba detrás del joven Paladin —continuó el señor Gay—, aunque, claro, a todas las mujeres les da por un coadjutor. —Pronunció estas últimas palabras con tristeza, como si recordara a las mujeres jóvenes y ricas del periodo victoriano tardío que habían preferido la iglesia a él—. Me preguntaba si quizá usted podría decirle algo a Angela —insinuó con timidez—. Ya sabe, nunca ha tenido una madre que...

La señora Gower pareció bastante sobresaltada. De ninguna de las maneras se sentía capaz de actuar como madre de una solterona de treinta años dispuesta a conseguir un marido a toda costa. Sin embargo, el señor Gay había sido tan amable, viniendo desde tan lejos para ocuparse de la aspidistra con el calor que hacía aquella tarde, que le era difícil negarse de lleno.

—Claro, usted es su tutor —dijo ella, exponiendo una obviedad para ganar tiempo.

—Sí —dijo el señor Gay descontento, pues no corría riesgo alguno de olvidarse. Su sobrina ya le había dicho que tenía un pie en la tumba, y el recuerdo todavía escocía. En un arrebato de confianza, se lo contó a la señora Gower.

—¡Cómo puede decirse algo tan cruel! —protestó ella, indignada—. No debería permitir que eso lo angustie. Cualquiera puede ver que aún tiene los dos pies bien lejos de la tumba. Me recuerda usted muchísimo al profesor Gower —añadió de repente.

El señor Gay era consciente de que se trataba de un cumplido de la más alta categoría, para el que cualquier agradecimiento sería irremediamente inadecuado, así que no dijo nada. La señora Gower, que era lectora de novelas, habría descrito el silencio como cargado de significado, pero no alumbró nada más allá de un comentario del señor Gay en el que afirmaba que Angela ya no era un pimpollo, lo que hizo todavía más embarazoso que él le dijera nada.

—¿Por qué no se limita a dejar que las cosas sigan su curso? —sugirió la señora Gower con sensatez, aunque lo que en realidad quería era cambiar de tema—. Al fin y al cabo, una mujer de treinta años debería ser capaz de cuidar de sí misma.

—¿Eso cree? —Por un instante, la expresión del rostro del señor Gay insinuó que dudaba de que cualquier mujer, fuera cual fuese su edad, pudiera cuidar de sí misma, aunque casi de inmediato sustituyó dicha expresión por una mezcla de gratitud y alivio. Después de todo, ¿qué podía hacer él? Las cosas siempre seguían su rumbo hiciese uno lo que hiciera, se dijo a sí mismo. Examinó y arregló la aspidistra, que ahora estaba casi vigorosa.

—Ha rejuvenecido del todo —declaró la señora Gower. Vio cómo sus pensamientos volaban hasta la casa de Oxford. La avergonzaba recordar que llevaba varios días sin visitar la habitación donde había acumulado las pertenencias de su marido. «Llevaré al señor Gay para que la vea», se le ocurrió de repente. Era muy compasivo y comprensivo, aunque la señora Gower no tenía claro con qué exactamente debía ser compasivo y comprensivo, salvo con la muerte del pobre Ernest hacía ocho años, y en los últimos tiempos había llegado a la conclusión de que eso ya no le pesaba—.

¿Le gustaría ver algunos de los libros de mi difunto esposo? —preguntó—. Creo que le podrían interesar.

El rostro del señor Gay se iluminó de gozo. Rara vez se tomaba nadie la molestia de mostrarle algo.

Subieron las escaleras, con la señora Gower en cabeza. La habitación estaba en la primera planta y daba al jardín de rosas de la parte de atrás de la casa. La señora Gower abrió la puerta y esperó a que el señor Gay entrara.

—¡Vaya, es una de las habitaciones más bonitas de la casa! —exclamó él, incapaz de reprimir en su voz un deje de sorpresa. Era casi como si pensara que era una lástima.

—Pues sí, tal vez lo sea —dijo despacio la señora Gower, como si no se le hubiese pasado antes por la cabeza.

—Debe de estar orientada al sur —conjeturó el señor Gay.

—Sí, es muy soleada.

Fueron a la ventana y se asomaron.

—Qué vista tan agradable y serena —afirmó el señor Gay—. Un precioso panorama. «Campos a este lado, a ése un bosque vecino» —recitó con cierta tristeza, pues desde las ventanas de Alameda sólo se veían lápidas, o la araucaria polvorienta del jardín delantero.

La señora Gower convino con él en lo precioso del panorama, aunque ella no tenía ninguna cita a mano.

—Espero que no construyan aquí delante —comentó con sensatez.

El señor Gay miró a su alrededor. Era una habitación bonita. Dos de sus paredes y el espacio que había a ambos lados de la puerta estaban ocupados por estanterías de libros. Había una mesa en el centro, y las grandes cristaleras, espaciosas y aireadas, se abrían a una terraza. Delante de la ventana había un escritorio, y en la esquina derecha, una gran jaula cubierta con un paño rojo.

—Por supuesto, me ocupo de que se le quite el polvo —comentó la señora Gower en confianza—. En mi opinión se exagera en cuanto a la veneración por el pasado.

El señor Gay puso cara de desconcierto. ¿Era posible que el profesor Gower no hubiera vivido nunca en esta casa, o ni siquiera tal vez en Shropshire?

La señora Gower debió de leerle el pensamiento, pues apuntó que su difunto esposo en realidad no había ocupado nunca esa habitación, ya que había muerto en Oxford.

—Pero siempre he guardado aquí sus cosas, y de algún modo me evita la molestia de tener que explicárselo a la gente que no lo sabe. Tal vez sea una tontería por mi parte.

El señor Gay se sintió bastante incómodo. Se dio la vuelta y se puso a examinar la jaula de la esquina.

La señora Gower se acercó y retiró el paño.

En la jaula había un loro con plumas de colores vivos, grises y verdes.

No emitió sonido alguno al verse incordiado, ya que llevaba los últimos siete años sin abrir el pico.

Llegados a este punto, al señor Gay la situación se le fue de las manos. Soltó una carcajada. El pájaro tenía un aspecto muy ridículo, posado allí con sus estúpidos ojos vidriosos de mirada fija. ¡Pero qué cosa tan terrible acababa de hacer! Seguro que había ofendido a la señora Gower para siempre. Se vio a sí mismo desterrado de aquellas agradables reuniones para tomar el té. ¿Qué podía hacer o decir para deshacer el entuerto?

—Vaya, señor Gay —dijo ella—, qué bien me sienta oír risas en esta habitación. No se me había ocurrido hasta ahora, pero supongo que tiene gracia ver disecado al pobre *Wulfstan* —añadió, casi disculpándose—. El profesor Gower le tenía mucho cariño. Intentó enseñarle inglés antiguo, pero nunca logró decir nada más que «*Hwaet!*». ¡Y cómo nos asustaba algunas veces al decirlo! —Ahora era la señora Gower quien reía—. Pobre *Wulfstan*, era un loro tan vivaracho. Me pregunto si podría regalárselo a alguien —reflexionó—. Tal vez el rector sepa de algún niño al que le gustaría quedárselo.

—Creo que uno de los hijos del rector colecciona huevos de aves —comentó el señor Gay intentando ser de ayuda.

—Ya, pero, claro, el pobre *Wulfstan* ya ha superado con creces la etapa de huevo. —La señora Gower se echó a reír. De hecho, con más estridencia de lo necesario, pues estaba disfrutando de la sensación de ser capaz de reírse de unas reliquias que habían sido sagradas hasta ese momento. En compañía del señor Gay, no le daba la impresión de que aquello tuviera nada de malo; casi llegó a imaginarse que el pobre Ernest también estaba allí, riéndose con ellos

—. De todas formas —continuó, después de que los dos se hubieran reído de su bromita—, estoy segura de que el rector sabrá de alguien. Y en esta habitación hay más libros de la cuenta. Quizá a la biblioteca pública le interesen algunos.

—Seguro que se alegrarán de recibirlos —vaticinó el señor Gay con envidia.

—Aunque, claro, algunos son demasiado buenos para la biblioteca pública. ¿Hay alguno que le gustaría quedarse? —La señora Gower echó un vistazo distraído a los antiguos volúmenes encuadernados en piel de becerro.

—Uy, no, señora Gower, de verdad no podría...

—Bueno, de todas formas, tiene que venir a ayudarme a organizarlos uno de estos días. Yo sé muy poco de libros y sólo he conservado éstos por motivos sentimentales. No me gustan los viejos tomos, nunca he podido acostumbrarme a su horrendo olor.

Mientras bajaban las escaleras, el señor Gay no pudo evitar preguntarse si tal vez no estuviera mal por parte de ambos empezar a deshacerse de ese modo de las posesiones del difunto catedrático Gower. Se sintió en la obligación de decir algo; no obstante, lo que la señora Gower decidiera hacer no era asunto suyo, aunque si no se hubiera reído del loro disecado, tal vez a ella no se le habría ocurrido la idea. Permanecía junto a la puerta de entrada de la casa, dándole vueltas a aquello, cuando algo al otro lado de la calle le llamó la atención. La señora Gower, que le había estado señalando sus altramuces color rojo llama, se detuvo en mitad de una frase, y los dos se quedaron inmóviles en medio del sendero, con la mirada fija.

El señor Tilos salía a pie desde Holmwood cargado con el ramo de azucenas más grande que ninguno de los dos había visto en su vida. Conforme iba acercándose, se miraron el uno a la otra inquisitivamente. ¿Era posible que estuvieran imaginándose cosas? Pues ¿no daba la impresión de que el señor Tilos iba cantando?

Los dos se sintieron bastante azorados cuando él se acercó. No sabían qué decir, así que suspiraron de alivio al ver que no les hacía ningún caso. Parecía tan feliz y ensimismado en el olor de las azucenas que ni siquiera los vio, sino que siguió caminando con rapidez, casi tropezándose por las prisas.

—Vaya, vaya —dijo la señora Gower—, a saber quién es la persona afortunada que va a recibir esas azucenas.

—Imagino que serán para la iglesia —auguró el señor Gay con prudencia. La señora Gower pareció decepcionada ante aquella sencilla explicación.

—Supongo que podrían serlo —admitió con reticencias—, pero tengo el presentimiento de que tal vez se las lleve a su sobrina.

—Uy, por Dios, espero que no. No sé dónde iba a poner Angela todas esas flores. Además, eso no haría más que empeorar las cosas —añadió, afligido. Había deseado que no le recordasen la existencia de Angela, y ahora este maldito extranjero con sus azucenas le había arruinado la tarde por completo.

CAPÍTULO 11

«Al principio apenas se ven las arboledas agitar
sus copas temblorosas...»

El señor Tilos se habría preocupado muchísimo de haber sabido que estaba arruinándole la tarde a alguien. Se había puesto tan contento cogiendo las azucenas en el invernadero que, cuando enfiló el camino hasta la carretera, se había animado a cantar casi sin darse cuenta.

Le sorprendía cuánta atención parecía atraer mientras paseaba por el pueblo. La gente incluso se daba la vuelta para mirarlo con descaro, dado que ya lo estaban señalando por ser el nuevo inquilino de Holmwood y, además, extranjero. Su único temor era que las azucenas pudieran marchitarse o que sus jugosos pétalos blancos se magullasen antes de llegar a su destino. Tenía que recorrer una distancia larga, pero creía que era más apropiado llegar a pie, cargando con su ofrenda, que ir en su coche hasta la puerta.

Ésta debía de ser la casa; recordó los pilares de piedra de la verja de entrada y la larga avenida de álamos. Desfiló por el camino con paso decidido y audaz, y luego, sin llamar al timbre si podía evitarlo, dobló con cautela una de las esquinas de la casa. En ese instante se detuvo, pues oyó unos sonidos que provenían de una ventana abierta de la planta baja. Había alguien recitando poesía. El señor Tilos captó un fragmento:

Y esto esos otros ojos míos lo vieron
que aún un infinito...

Pero el resto se perdió porque la persona que recitaba, yendo de un lado a otro de la habitación, se había alejado hacia la puerta. El señor Tilos se

preguntó por un instante de quién eran «esos otros ojos» y qué es lo que habían visto. Debe de ser el marido, pensó. Sintió que tenía que mirar de nuevo para estar seguro, pero justo cuando iba a pegar la cara al cristal, lo sobresaltó el crujido de la gravilla a su espalda.

Se dio la vuelta de repente y vio a Cassandra en el sendero, con una pequeña horca en una mano y una cesta de malas hierbas en la otra. Llevaba ya un rato allí de pie, clavada en el sitio ante la imagen del señor Tilos abrazado a un enorme ramo de azucenas y mirando por la ventana del estudio de Adam.

El señor Tilos no había pretendido que su encuentro se produjera de ese modo. El gesto de consternación en su rostro al ver a Cassandra allí, de pie, daba tanta pena que ella le sonrió con amabilidad mientras él avanzaba en su dirección.

—Le he traído estas flores —anunció sin rodeos.

—Ay, ¡son preciosas! —exclamó ella—. Pero ¿son realmente para mí?

—Flores hermosas para una mujer hermosa —declaró el señor Tilos con una reverencia, aunque no sin cierta dificultad, pues las flores se interponían en su camino.

Cassandra recibió el piropo con toda la elegancia que pudo, ya que jamás en su vida se había sentido menos hermosa. Sabía sin necesidad de mirarse al espejo que la cara le brillaba por no habérsela empolvado, que estaba despeinada y que llevaba las manos y las uñas llenas de tierra seca. Su falda y su jersey de jardinera, viejos y azules, ocultaban las curvas de su bonita figura en vez de realzarlas y, por otro lado, sus pies, ya de por sí de tamaño considerable, parecían aún más grandes con sus tan poco elegantes chanclos de goma.

De forma inconsciente se apartó del campo de visión de la ventana del estudio de Adam y condujo al señor Tilos hasta el asiento que había bajo el cedro.

—Sentémonos —propuso ella—. Hace mucho calor esta tarde, y debe de estar cansado después de la larga caminata. Pero ¿usted quería ver a mi marido? —preguntó, pues acababa de caer en la cuenta de que tal vez las flores, después de todo, no fueran el principal propósito de su visita.

—Uy, no, lo vi por la ventana, creo —dijo entre risas el señor Tilos. La idea de que Stefan Tilos acudiera a visitar al marido era sin duda lo más gracioso que había oído desde su llegada a Inglaterra.

—He estado trabajando un poco en el jardín, como puede ver —dijo Cassandra—. Me temo que estoy sucísima y hecha un desastre —se excusó, mirándose las manos.

—Tiene usted unas manos divinas —dijo el señor Tilos—, ¿y por qué se lamenta cuando está tan guapa? A mí no me importa que esté sucia y desaliñada —añadió con énfasis.

—¿Ah, no? —respondió Cassandra, incapaz de pensar en otra respuesta y a la vez dándose cuenta de que no era en absoluto asunto del señor Tilos que le importara o no su aspecto. Conociéndola desde hacía tan poco, era algo que a él debería resultarle indiferente. No obstante, había sido muy amable por su parte traerle las azucenas—. Me gustan muchísimo las flores —dijo—, y las azucenas son unas de mis favoritas.

—El primer día que la vi, usted parecía totalmente una azucena —dijo el señor Tilos.

—Las llevé en mi ramo de boda —declaró Cassandra con firmeza, pensando que ya era hora de hacer alguna alusión a su estado civil de casada, puesto que daba la impresión de que el señor Tilos lo había olvidado.

—Y cuando me muera, usted las enviará a mi funeral, espero —dijo él con sencillez, mientras cogía entre las suyas la mano de Cassandra llena de tierra y se la llevaba a los labios.

Cassandra no supo cómo reaccionar, sobre todo cuando por el rabillo del ojo vio que Adam venía por el césped.

—Seguro que hay flores preciosas en Budapest —anunció en voz alta.

—Los jardines de allí son muy bonitos —declaró el señor Tilos—. A la luz de la luna son muy románticos.

En ese momento, antes de que a ella le diera tiempo de soltar la mano o de decir cualquier otra cosa sobre los jardines, Adam se acercó y, después de dar las buenas tardes al señor Tilos, le preguntó si le apetecería una copa de jerez antes de cenar. Luego se sentó al otro lado de su esposa e inició una conversación cordial sobre el tiempo, a la que se unió el señor Tilos.

Cassandra pensó que Adam podría por lo menos haber mostrado cierta sorpresa al verla sentada allí junto al señor Tilos y con un enorme ramo de azucenas sobre su regazo. Debían de tener un aspecto curioso, por no decir algo peor. Y, además, a un marido inglés ¿no debería parecerle descarado que un extraño forastero besara la mano de su esposa, a la que sólo había visto en

una ocasión?

—El señor Tilos me ha traído estas preciosas flores —informó a Adam—. Debo ir a ponerlas en agua. —Se levantó y, después de darle las gracias de nuevo al señor Tilos, entró en la casa.

Arregló con cuidado las azucenas en grandes jarrones y cuencos de cristal, y dejó algunas en la mesa del estudio de Adam, pensando que para él serían un motivo de reproche cada vez que las viese. Después subió a su habitación a cambiarse para la cena.

Cuando bajó de nuevo, el señor Tilos estaba a punto de irse. Él y Adam habían tomado un jerez, y oyó que su marido decía en tono muy cordial:

—Permítanos que le mostremos el campo en alguna ocasión. Hay por aquí unas aldeas encantadoras.

Cassandra sonrió al imaginárselos juntos en el coche, Adam y el señor Tilos en los asientos delanteros, y ella sentada con recato en la parte de atrás, con la cesta del pícnic, en la que habría sabrosos sándwiches para todos preparados con sus propias manos. Se alegraba de que el señor Tilos hubiera podido verla ahora que estaba realmente guapa, con su vestido de terciopelo negro. No es que tuviera especial interés en que fuese su admirador, pero poseía cierta vanidad femenina innata, y le gustó que él reparara en que, aunque sus piropos eran ridículos cuando llevaba su vieja ropa de jardinera, al menos había en ellos algo de cierto ahora que iba vestida como Dios manda.

—Creo que es un hombre bastante interesante —declaró Adam con condescendencia, mientras se sentaban a cenar—. Me estaba contando que vino hasta aquí caminando.

Cassandra no creía que aquello fuese una gran muestra de su conversación inteligente.

—Tal vez se haya enamorado de ti. A mí este pescado no me acaba de convencer. ¿Es platija? —Adam pinchó un pedazo con el tenedor y lo olisqueó con suspicacia—. ¿Crees que está bueno? —preguntó.

Cassandra lo miró. La entristecía pensar que su marido pudiera preocuparse más por si un trozo de platija estaba bueno o no que por la posibilidad de tener un rival en el afecto de su esposa.

—¿Crees que está bueno? —repitió Adam con apremio, pues ya se había acabado casi todo su plato.

—Claro que está bueno —respondió Cassandra con sequedad, casi deseando por un instante que no lo estuviera—. Lo acaban de traer esta mañana y lleva en la nevera desde entonces. Tienes demasiada imaginación.

—Un escritor tiene imaginación por naturaleza —comentó Adam con solemnidad.

—¿No huelen estupendamente las azucenas? —dijo Cassandra, sintiendo que no estaba a la altura de un debate sobre el escritor y su imaginación.

—Creo que te gusta el señor Tilos —declaró Adam—. Si os enamoraseis el uno del otro, le daríais a Up Callow algo de que hablar.

—Pareces muy sereno ante la posibilidad de perder una excelente ama de casa —replicó Cassandra sin alterarse.

—Hablas como si ser una excelente ama de casa fuese algo sin valor, cuando en realidad es sumamente importante. Sé que eres demasiado sensata como para enamorarte de otra persona. Además, ¿insinúas que, aunque quisieras, tu fiel y tierno corazón te lo permitiría? Sabes que para mí eres mucho más que una excelente ama de casa —declaró con ternura—. Aunque no me convence del todo este pescado —añadió, mientras se acababa lo que quedaba en el plato.

CAPÍTULO 12

«¡Ah, si el hombre su dicha conociera,
el más dichoso de todos él...»

—Los Marsh-Gibbon parecen haberse quedado prendados de ese extranjero, o es al contrario, ¿tú qué opinas? —le preguntó la señora Wilmot a su marido una tarde de domingo a su regreso de la iglesia. Siempre creía que ése era un buen momento para plantear cualquier tema que rayase en lo frívolo, ya que una vez que había dejado atrás todas las preocupaciones dominicales, su marido solía estar de buen humor, y, dado que prefería el fiambre de ternera al asado caliente, la cena del domingo era casi siempre la comida más placentera de la semana. Esta noche, Janie había preparado una rica ensalada de patata, y todo estaba en calma porque los más pequeños habían regresado al colegio.

—Parece un buen tipo —dijo el rector—. Me ha prometido que se abonará al Club de Críquet aunque no juegue, un gesto muy deportivo por su parte. Me ha alegrado verlo en la iglesia esta mañana. Demuestra tener buen talante.

—Se sentó justo detrás de los Marsh-Gibbon —observó la señora Wilmot—. ¿Te diste cuenta de que no le quitaba ojo a Cassandra?

—No esperarás que me haya fijado en cómo pasaba el tiempo el señor Tilos durante la liturgia —replicó él con dureza—. Quiero creer que viene a la iglesia por motivos mejores que los de no quitarle ojo a una joven casada tan respetable como Cassandra.

—Uy, sí, sería difícil dar con alguien más respetable que Cassandra —comentó la señora Wilmot con voz monótona, lo que daba a entender que tal vez habría preferido que no lo fuera tanto.

—Ojalá encontremos a alguien así para Paladin —reflexionó en voz alta el rector—. Ese joven necesitaría una esposa.

—Ay, pero Rockingham, si es jovencísimo —replicó la señora Wilmot.

—Todo hombre debería tener una esposa —declaró el rector con firmeza—. Un clérigo soltero es presa de todas las solteronas de la parroquia. Debería casarse, aunque sólo fuera para ponerse a salvo.

La señora Wilmot, sorprendida, levantó la vista de su fiambre de ternera. ¿Era posible, por lo tanto, que Rockingham se hubiera casado con ella por ese motivo y no porque la considerara una valiosa compañera con la que compartir la gran responsabilidad que por fuerza aguarda a alguien con sus dotes excepcionales?

—Ya veremos qué podemos hacer por el señor Paladin —insistió ella—. ¿Qué opinas de la señorita Gay?

—Que podría meterle ideas en la cabeza —dijo el rector enigmáticamente—. No debemos permitirlo.

—No, claro que no —convino la señora Wilmot, a la que le hubiese gustado saber a qué tipo de ideas se refería su marido, aunque veía que no era el momento de preguntar—. Pero ¿no lo hacen todas las mujeres, meterles ideas a los hombres en la cabeza? —insinuó, con un asomo de falsa modestia en su actitud.

—Claro, claro, y es justo que así sea —respondió el rector con energía—, pero no podemos olvidar que la señorita Gay no ha tenido las ventajas de una buena educación y una vida familiar sana. Además, ha vivido en Francia... — En ese momento el rector hizo un gesto amplio con la mano, pues acababa de recordar que Janie también estaba sentada a la mesa, y consideró que un movimiento de la mano era la forma más sensata de concluir su frase.

La señora Wilmot asintió con prudencia y comenzó a servir el manjar blanco.

—Una vida familiar sana y normal es de gran importancia para la formación del carácter —declaró el rector, pensando que ya era hora de que la conversación tomara un cariz más general—. Deberíamos hacer todo lo que esté en nuestras manos para preservarla, ¿no crees, Janie?

—Pero seguro que el señor Paladin es muy inteligente, ¿no? —se aventuró a decir Janie.

—Uy, sí, sin duda. Pero una media de sobresaliente en Teología hay que

aligerarla con una gran dosis de experiencia en la Escuela de la Vida antes de esperar que dé fruto —explicó el rector.

La señora Wilmot levantó la vista sorprendida. Por lo general, Rockingham no se comportaba así los domingos por la tarde.

—Bueno, bueno —intervino animadamente mientras su marido se levantaba de la mesa—, debemos encontrarle una esposa al señor Paladin.

—Sí, llegaría lejos si tuviera una buena mujer a su lado —sentenció el rector—. Creo que me iré a engrasar mi bate de críquet —añadió, y, diciendo esto, dejó a solas a las dos mujeres.

«Me pregunto si yo soy una buena mujer —pensó Janie—, o tan sólo una buena chica.» Le gustaba el señor Paladin, y si iba a llegar lejos, eso significaba que no se quedaría toda la vida en Up Callow. Y sin duda estaba claro que, después de ser una buena mujer, lo mejor era ser una buena chica, ¿no?

—Estoy convencida de que tú deberías convertirte en la señora Paladin —afirmó la señora Wilmot, casi como si no hubiera ninguna otra opción—. Nadie podría decir que tú le meterías ideas en la cabeza —declaró con orgullo.

—No, madre, sería él quien me las metería a mí —dijo Janie riendo—. Pero no el tipo de ideas a las que se refería padre al hablar de la señorita Gay.

—Creo que la señorita Gay debe quedarse con el señor Tilos, si eso es posible —dijo la señora Wilmot—. Al fin y al cabo, ella lo vio primero.

—Pero ¿y qué pasa con Cassandra Marsh-Gibbon? Recuerda lo que nos contó la señora Gower de las azucenas.

—Sí, cariño —dijo la señora Wilmot, percatándose de repente de que Janie no era más que una niña, y de que ella era la esposa del rector—. Supongo que es una costumbre extranjera enviar flores a la anfitriona después de visitar su casa.

Janie se levantó, bastante decepcionada. No podía evitar pensar que ya era hora de que algo interesante sucediera en el pueblo. Y lo cierto era que el señor Tilos había ido a La gruta varias veces en los últimos diez días.

De hecho, había ido tantas veces que si Cassandra oyese el timbre ahora mismo, sabría perfectamente qué esperar. Siempre llevaba algo, flores, fotografías de Budapest, muestras de bordados campesinos, incluso botellas de Tokay y de licor de melocotón, que Cassandra debía degustar solemnemente

en el salón. Por todo esto, hasta Adam se había prendado bastante de él. Se dio cuenta de que el señor Tilos se sentía atraído por Cassandra, pero se tomó todo el asunto como una broma, y se pasaba el día burlándose de ella y, al mismo tiempo, enorgulleciéndose de ser el único amor de su vida. Lo cual molestaba a Cassandra porque sabía que era cierto. Y de repente deseó que no lo fuera. Tal vez la autocomplacencia de Adam se derrumbase si descubriera que corría el peligro de perderla.

Una hermosa tarde, sentada en el jardín, pensó que era una esposa demasiado abnegada y que cedía demasiado ante él.

Mientras estaba sumida en estos pensamientos, entró el rector. A menudo hacía una visita vespertina a La gruta, donde se estaba especialmente a gusto en verano, ya que, si programaba su llegada para eso de las tres y media o las cuatro menos cuarto, al poco rato de estar charlando, aparecería Lily para servir el té en el jardín. Esa tarde vio que Cassandra estaba ocupada bordando. Él palpó el género con bastante torpeza y le preguntó qué era.

—Una pantalla para la chimenea. La estoy haciendo para el mercadillo benéfico —explicó Cassandra.

—Ah, pero es demasiado bonita —dijo el rector, pensando en los objetos feos e inútiles que solían atestar los puestos. Pero, entonces, al recordar su deber como rector de la parroquia, añadió—: Quiero decir, eclipsará de lejos cualquier otra cosa que se ponga a la venta.

—No, seguro que no —se opuso Cassandra.

—Lo cierto es que sus bordados parecen mucho mejores que los de todas las demás. Me pregunto por qué será.

—Seguro que no. La señora Gower hace unas cosas preciosas —declaró Cassandra—. Aunque creo que hay gente que no da las puntadas suficientes, por lo que se pierde el efecto de esplendor y adquiere un aspecto bastante deslucido. A mí me gusta dar cuantas más puntadas mejor, para que todo esté bien relleno.

El rector se quedó pensativo.

—Sí, debe de ser eso. Hay gente que no da las puntadas suficientes —repitió, medio para sus adentros.

Cassandra lo miró con una expresión de sorpresa en el rostro. Seguro que el rector se sentiría mejor cuando llegase el té.

—El señor Tilos me mostró el otro día algunos bordados campesinos

húngaros —dijo ella—. La verdad es que dejan mis labores a la altura del betún.

—Ah, Tilos. Un buen tipo, hasta donde uno puede juzgar —comentó el rector con cautela al recordar lo que su esposa le había contado, que no le había quitado ojo a Cassandra durante el servicio.

—Ay, sí, es bastante simpático —convino Cassandra con indulgencia, como si hablase de un niño o de un perro complaciente. De hecho, era justo eso lo que pensaba sobre el señor Tilos. Habría sido muchísimo más emocionante si hubiera podido considerarlo como alguien de quien enamorarse.

—He oído que va a cambiarle el nombre a Holmwood —comentó el rector.

—Sí, creo que le va a poner Balaton, por un lago de Hungría —lo informó Cassandra—. Personalmente me parece ridículo. Pero, claro, nosotros no somos los más indicados para hablar. —Sonrió—. Es imposible encontrar un nombre más estúpido para una casa que el nuestro.

El rector oyó que Lily se acercaba con el té.

—¿Estará el señor en casa para la cena? —preguntó Lily.

—Sí, Lily —respondió Cassandra, levantando la vista de sus labores—, aunque puede que llegue un poco tarde. No sé qué tren va a coger. Yo cenaré a la hora de siempre. —Y dirigiéndose al rector—: Adam lleva unos cuantos días en Oxford, trabajando en la Biblioteca Bodleiana.

Debía de ser muy duro, pensó el rector, estar casada con un escritor. Saltaba a la vista que Cassandra se mostraba mucho más relajada y alegre cuando él no estaba.

Cassandra empezó a servir el té.

—Coja un *scone*, o un sándwich —lo invitó—. Son de queso cremoso y nueces, creo.

—Mis favoritos. —El rector sonrió abiertamente.

—Cuánto me alegro —reaccionó Cassandra—, coja dos. Bessie es fantástica a la hora de acordarse de los gustos de la gente. Supongo que lo vio llegar.

Recobró la compostura para escuchar al rector hablar de la Asociación de Madres.

—Seguro que es algo muy positivo —comentó, intentando aparentar interés.

—Le hace a uno darse cuenta de la bendición que es el matrimonio —prosiguió el rector.

Cassandra convino en que el matrimonio era sin duda una bendición, aunque a veces uno podía hartarse hasta de una bendición.

—Una joven afortunada como usted apenas tiene la experiencia necesaria para hablar de aquellos que tienen menos suerte —se atrevió él a afirmar.

Cassandra suspiró. A estas alturas debería haberse dado ya cuenta de que nunca se le permitiría ser otra cosa más que una mujer afortunada.

—Supongo que no hay nadie en el mundo que tenga todo lo que quiere —opinó con tono cansino.

—No, claro que no. Puede que hasta usted a veces sienta que se ha perdido algo en la vida. Quiero decir —el rector clavó la mirada en los sándwiches de nueces y queso como si esperara que ellos le ayudaran—, ¿no anhela usted a veces la presencia de una tercera persona en casa? Una personita —explicó, justo cuando Cassandra se había empezado a plantear la idea de acoger al señor Tilos como un huésped de pago.

—Me temo que los niños molestarían a Adam mientras escribe su poema épico —dijo riendo.

Cuando se marchó, Cassandra entró en casa. Se sentía deprimida. El rector no la había animado en absoluto. Si lo hubiese dejado continuar, habría añadido que los niños son un vínculo muy fuerte entre dos personas. Una siempre sabía de antemano lo que iba a decir. Sólo que él no sabía que Adam y ella quisieran un vínculo en ese momento.

Cassandra cenó sola. Adam se imaginará que lo he esperado, reflexionó, pero la idea no le produjo demasiada satisfacción.

Después de cenar, se fue al salón y retomó el bordado. Cuando el reloj dio las ocho, se percató de que la cena de Adam se echaría a perder. Lo tiene merecido, pensó con una intensidad innecesaria. Se cansó de bordar y pensó que le apetecía leer. Se dirigió a la librería y sacó una de las primeras obras de Adam, un pequeño volumen de poemas, casi todos dedicados a ella. No era muy bueno, pero le recordaba a Cassandra que tenía motivos para creer que se había producido lo que podía llamarse un bajón en el amor que Adam sentía por ella. Esa noche, le daba la sensación de que necesitaba tener esos motivos.

En ese momento se abrió la puerta y entró Adam a toda prisa, cargado con una cartera de documentos de aspecto importante.

—Cassandra, cariño, jamás me lo perdonaré si me has esperado para cenar. —Adam se acercó hasta el sofá donde estaba sentada y le dio un beso—. ¿Y qué ha estado leyendo, mi Cassandra? —Le quitó el libro de las manos—. Los poemas de su marido. ¿Podría haber otra cosa más apropiada?

«No eras mi marido cuando los escribiste», pensó Cassandra a modo de reproche, sintiéndose molesta por que él la hubiese descubierto leyéndolos. Pero no podía decirlo. Todo estaba mal. Adam debería estar de mal humor después del viaje, porque además no había cenado. Debería haberse olvidado de decirle cuánto se alegraba de estar de nuevo con ella, en vez de besarla y susurrarle entre besos que una hora con su querida Cassandra era mejor que una semana entera leyendo en la Biblioteca Bodleiana. «Qué más me gustaría a mí», pensó Cassandra, indignada, pero eso tampoco podía decirlo y de repente se descubrió riéndose de la comparación, y alegrándose de que Adam estuviese tan amable.

—Me temo que tu cena estará horrible —dijo ella—. Yo cené a las siete y media.

—Ah, me da igual. Me la comeré como esté.

Y así entraron de la mano en el comedor para que Adam se tomase su asquerosa cena. Estaba incluso peor de lo que Cassandra había esperado, pero a él no le importó en absoluto y se lo comió todo sin siquiera mirarlo.

Ella empezó a pensar que era una esposa malvada. No obstante, él no era siempre tan amable como ahora, se dijo con testarudez. Últimamente no se había mostrado amable en absoluto, sino frío, descuidado, polémico, sarcástico..., todo eso.

—Cassandra, ¿por qué estás tan seria? ¿No te alegras de que haya vuelto? ¿O prefieres estar sin mí? ¿O tal vez te has enamorado de otro? —insistió.

Ella le miró con sobresalto, alarmada de repente ante la posibilidad de que pudiera ser capaz de enamorarse y desenamorarse en tan sólo dos días.

—No —contestó—. ¿Por qué lo dices? ¿Tú, sí?

—Cariño mío, sabes de sobra que preferiría tener una esposa antes que cualquier otra cosa —alegó Adam pagado de sí mismo—. ¿No te alegra eso?

Cassandra se dio cuenta de que era inútil rebatirle que «una esposa» no tenía que ser necesariamente ella. Así que respondió que sí, que se alegraba

muchísimo, y no lamentó pasar la velada siendo la esposa abnegada de un marido abnegado.

CAPÍTULO 13

«Presa de la mágica cadena de palabras, y formas,
y carente de definiciones...»

El rector se sentía satisfecho del sermón que había pronunciado ese domingo. Había logrado encajarlo todo bastante bien, y la idea central era de lo más original. Comenzó hablando de la parábola de los talentos, yendo desde ahí hasta la pregunta, el reto, casi: «¿Aprovechamos al máximo nuestra vida y nuestras oportunidades?».

—La semana pasada —contó—, tomé el té con una señora anciana.

No había, desde luego, nada de extraordinario en esto. Los rectores y los párrocos de todo el país tomaban el té con señoras ancianas a diario. Sobre todo, quizá, en pequeñas localidades rurales donde predominan las señoras ancianas.

—La encontré —prosiguió el rector— ocupada en la confección de un bordado muy bonito. Bordado jacobeo, creo que se llama, aunque yo no estoy demasiado capacitado para hablar del tema —añadió con tono de menosprecio, casi con una sonrisa, o lo más parecido a una sonrisa que resulte permisible en un púlpito—. Me fijé en lo hermoso que era su trabajo, mucho más hermoso que ninguno que hubiese visto hasta entonces.

¿Quién era aquella señora anciana?, se preguntaron algunas de las feligresas, ya que ellas también bordaban, pero el rector no había tomado el té con ninguna de ellas la semana anterior. Y, además, ¿quién podía hacer bordados más hermosos que los suyos? En privado, cada una opinaba que los suyos eran demasiado buenos para el mercadillo parroquial. Aun así, lo hacían por su querido rector y porque era por una buena causa. La señora Wilmot,

también allí presente, pensaba muy ufana en qué predicador tan inteligente era su querido Rockingham. ¿A qué otro se le habría ocurrido incluir en un sermón los asuntos de la vida cotidiana con tanta maña como a él? La alusión al bordado no la molestaba en absoluto, ya que las únicas labores de aguja para las que ella tenía algo de tiempo eran el remiendo de los calcetines de su marido y las combinaciones de sus hijas.

El rector continuó.

—Me contó lo que ella consideraba el secreto de un buen trabajo. Intentaré reproducir sus palabras de forma literal; me pareció que era imposible expresarlo mejor. «Hay gente que no da las puntadas suficientes», dijo, «por lo que se pierde el efecto de esplendor y adquiere un aspecto bastante deslucido. A mí me gusta dar cuantas más puntadas mejor, para que todo esté bien relleno».

Cassandra despertó dando un respingo de su agradable ensoñación y cayó en la cuenta de que la señora anciana era ella. La idea de ser muy, muy anciana, de tener, pongamos, entre setenta y ochenta años, pero sin estar enferma ni ser una molestia para nadie, tenía algo de gratificante. Contar con dinero y tiempo libre para pasarlo sentada en un bonito jardín, disfrutando del sol y haciendo bordado jacobeo; ser una viuda acomodada, que no acabase de perder a su marido, sino que éste llevase entre diez y veinte años enterrado y cuyo fallecimiento ya no le produjese una honda pena, ¿no sería ésa una existencia maravillosa?, se preguntó Cassandra. Se imaginó visitando la tumba de su marido bajo los tejos y poniéndole flores de temporada. Le dedicó una mirada cargada de culpa a Adam, sentado allí tan dócilmente a su lado. Al verlo, nadie habría pensado que lo habían llevado a rastras a la iglesia después de muchas discusiones y reticencias. Ella suspiró al darse cuenta de lo lejos que aún estaba de ser una viuda anciana y acomodada. Cuarenta años por lo menos, pensó. Pero le agradaba que el rector la hubiese hecho pensar en la paz y el confort que el futuro muy lejano podría tenerle reservados.

—Hay gente que no da las puntadas suficientes —repitió el rector, con voz lenta y enfática—. ¿No es eso cierto en el caso de muchos de nosotros? —Se inclinó hacia delante—. ¿No son nuestras vidas bordados que tenemos que llenar nosotros mismos? ¿Podemos afirmar con sinceridad que siempre damos las puntadas suficientes? ¿No hay en la vida de todos algunas partes que parecen huecas y no están bien rellenas? Piensen en la suntuosidad de un

hermoso bordado: el dibujo, los colores, los delicados puntos que lo conforman, el trabajo que se le ha dedicado para convertirlo en lo que es. «Lo bello es una dicha siempre», nos dice el poeta Keats, «su hermosura va en aumento, y nunca se abolirá en la inanidad».

Se armó bastante revuelo entre los fieles, ya que nunca habían oído al rector recitar en un sermón tan siquiera un verso de un poema. Adam pensaba que siendo la primera vez que algo así sucedía, Wilmot podría al menos haber citado al poeta local, Marsh-Gibbon, y comenzó a devanarse los sesos en busca de unas palabras adecuadas de su propia obra.

El rector señaló con el brazo en dirección al frontal del altar y a los diversos estandartes que se erigían cerca de él, con el fin de que algunas de las fieles que colaboraban en la parroquia, y que se habían sentido contrariadas por la anciana desconocida, recobrasen su buen talante al reconocer la referencia a su propia labor.

—¿No deseamos todos que nuestra vida sea así? —preguntó el rector—. ¿Espléndida y de bellos colores, con todas las esquinas bien llenas, testimonio del trabajo y el empeño que le hemos dedicado a la vida? Creo —continuó el rector con tono más serio— que si contemplamos nuestra vida como si fuese un bordado, encontraremos muchos espacios vacíos, o espacios que podrían haberse llenado con más belleza. Descubriremos lugares en los que deberíamos haber utilizado un punto distinto o un color diferente...

Janie pasaba el rato sin quitarle ojo ni un instante al señor Paladin. Era la única persona que veía, además de su padre y el coro. «Me pregunto si realmente llegará lejos», pensó angustiada. Había oído que algunos clérigos siguen siendo coadjutores toda la vida. La verdad es que no era nada feo, y si se pusiera unas gafas con la montura de carey en vez de aquellas con adornos de oro a los lados, tendría un aire bastante distinguido. En ese momento se dio cuenta de que el señor Paladin le estaba devolviendo la mirada. Se sonrojó y apartó la suya, que fue a parar al jardinero de la señora Gower, que hacía la voz de bajo en el coro.

«El rector se está repitiendo, tratando de ganar tiempo y dándole demasiadas vueltas a la idea», pensó el señor Paladin. La verdad es que no era mala, reflexionó con condescendencia. La señora anciana con sus bordados había sido una bendición caída del cielo para un hombre con la inteligencia limitada del rector; una idea para un sermón a cambio de nada, y

con té por añadidura. Los pensamientos del coadjutor siempre eran más atrevidos que su conversación. Por lo general se mostraba de acuerdo con todo lo que el rector decía, incluso las veces en que, de forma bastante sorprendente, en opinión del señor Paladin, le había insinuado que le iría muchísimo mejor si tuviera una esposa. «Una buena mujer», le había dicho el rector, de lo que el coadjutor había deducido: «No la señorita Gay», dado que, por algún motivo, nadie parecía considerarla una buena mujer. Pero ¿entonces quién? Sus ojos vagaron por la poco prometedor comunidad de fieles. Su mirada se cruzó con la de Janie Wilmot, y ella la apartó con el recato apropiado. Apenas tenía la edad suficiente para poder considerarla una buena mujer, pensó el señor Paladin, pero era discreta y sensata, y no se dedicaba a perseguirlo ni decía tonterías. Además, era guapa.

El señor Tilos, que no le había quitado ojo a Cassandra ni un instante durante todo el servicio, pensaba en lo agradable que sería tener una esposa. No una esposa húngara, pese a que su prometida, Ilonka, era una criatura bella y alegre, sino una esposa inglesa. Una mujer alta, rubia y elegante, que fuese atractiva incluso con el atuendo más anticuado y al mismo tiempo atrajese miradas de admiración al pasear con ella por la Andrassy út. Una ninfa, una diosa, en definitiva, Cassandra Marsh-Gibbon.

¿No sería que las mujeres inglesas estaban hechas especialmente para ser unas esposas espléndidas? ¿Por qué nadie le había contado esto antes, y por qué no había conocido a nadie como Cassandra? Si era tan típicamente inglesa, ¿por qué no había cientos de Cassandras solteras entre las que poder escoger? Suponía que era porque todas las criaturas así de encantadoras estaban casadas. El señor Tilos se dio cuenta de que había tenido mala suerte por haber ido a enamorarse de la respetable y respetada esposa del hombre más importante del pueblo. Pero él no era de los que se amilanaban por naderías. Y además una nadería tan afable. El señor Tilos se habría sentido mucho más cómodo si Adam Marsh-Gibbon hubiese sido menos afable. Sonrió al recordarlos a ambos sentados en el salón degustando Tokay y licor de melocotón. Tal vez fuese un rasgo característico de los maridos ingleses mostrarse afables con los pretendientes de sus esposas. O tal vez el marido no lo considerase un pretendiente, ya que el señor Tilos, apesadumbrado, cayó en la cuenta de que no había hecho mucho por demostrar que lo era, más allá de besarle la mano a Cassandra y llevarle regalos.

El sermón acabó, y despacharon con rapidez el último himno y la última oración. Al salir, el señor Tilos se topó con la señorita Gay. Temía haber descuidado a la dama parisina desde que conoció a la ninfa de La gruta. Dado que era un hombre cortés por naturaleza y más valiente que el señor Paladín, se entretuvo charlando con ella, e incluso la acompañó hasta la cancela de entrada. De ese modo los demás feligreses tuvieron la satisfacción de ver al señor y a la señora Marsh-Gibbon regresar juntos a casa para dar buena cuenta de su asado de ternera dominical como cualquier otro matrimonio respetable inglés. Sin ningún extranjero peligroso al acecho.

El rector se alegraba de aquello, y al ver juntos al señor Tilos y a la señorita Gay, se dijo a sí mismo que así era como debía ser. Pues pese a no ser una persona dada a las hablaturías, sí que parecía que aquel húngaro había estado rondando demasiado por La gruta.

—Tu admirador te ha dejado por otra —le dijo Adam a su esposa mientras volvían a casa.

—No caerá esa breva —respondió ella con complacencia—. Seguro que se presenta esta tarde para traer... Bueno, yo ya no sé qué más le queda por traer.

—Lamento que te hayas cansado tan pronto de él —dijo él.

—Uy, pero si no me he cansado de él —replicó Cassandra, recordando que como estrategia le iría mejor fingir cierto interés en el señor Tilos—, sólo digo que ojalá mantuviese su amor un poco más en secreto.

—De acuerdo, la próxima vez que parezca que nos va a hacer una visita, me iré a dar un paseo —propuso Adam—. ¿Te va bien si lo hacemos así?

—Supongo que podemos planear algo más práctico que eso, sobre todo porque tú odias pasear —propuso Cassandra de forma imprecisa, sin sentirse capaz de acabar lo que había empezado. Iba a resultar difícil fingir más interés en el pobre señor Tilos del que realmente tenía, pero sin duda había que hacer algo para lograr que Adam se diera cuenta del auténtico tesoro que era su esposa.

Desde su regreso de Oxford, llevaba varios días sin trabajar. Aducía estar asimilando los conocimientos sobre Wordsworth que había adquirido, con miras a replantearse su novela sobre el jardinero.

—¿Por qué no escribes sobre algo que tenga un interés más universal? —sugirió Cassandra.

Adam arrugó la nariz con desagrado.

—¿Por qué no escribes sobre un matrimonio? A todo el mundo le interesan los matrimonios.

Él tuvo que admitir que tenía razón.

—Pero ¿qué podría escribir sobre eso? —preguntó.

—Podrías inspirarte en tu propia experiencia —respondió Cassandra con atrevimiento.

—Cariño mío, tienes que reconocer que no podría escribir una novela sobre nosotros. Sería la mar de aburrida.

—Nunca es aburrido dejar constancia de las vicisitudes del amor —declaró Cassandra—. «Por muchos hechos penosos / descubrimos que el amor se enfría.» Es un himno, ya sabes.

Adam miró a su esposa con cara de sorpresa.

—Pero nuestro amor no se ha enfriado, o al menos no que yo sepa. Supongo —insistió él— que yo habría notado algo si nuestro amor se hubiese enfriado, ¿no crees, cariño?

—Supongo —respondió ella de forma imprecisa—. No me refería exactamente a enfriarse, tal vez se haya entibiado; sí, entibiado es una palabra más apropiada. Como la iglesia de Laodicea.

—Pero, Cassandra, sabes muy bien que, como Johnson expresa con tanto acierto, «los placeres fantasiosos se agotan pronto, y la mente sólo puede reposar en la estabilidad de lo verdadero». ¿No es bonito pensar en nosotros reposando en la estabilidad de lo verdadero?

—Sí, cariño, muy bonito —respondió ella—. Aunque no tengo claro que me refiriese exactamente a eso. Qué mal me explico.

Supuso que Adam y Johnson debían de tener siempre la última palabra. No había nada más que añadir al respecto.

CAPÍTULO 14

«... mientras oída de valle en valle,
despertando a la brisa, resuena la voz armoniosa
del trabajo dichoso, el amor y el júbilo compartido.»

Durante su paseo desde la iglesia hasta casa en compañía del señor Tilos, la señorita Gay descubrió que jugaba al *bridge*.

—A menudo he jugado al *bridge* en Budapest —declaró el extranjero.

—¿Está seguro de que no se refiere al *whist*? —replicó dubitativa la señorita Gay, pues le parecía imposible que se pudiera jugar al mismo juego en Budapest y en Up Callow.

—¿Perdón? No conozco esa palabra. ¡Qué bonito es el vestido que lleva!
—exclamó mientras le lanzaba una mirada radiante.

Justo en ese momento pasaban al lado de los Marsh-Gibbon. «Chúpate ésa, Cassandra», pensó la señorita Gay regodeándose como una colegiala, pues la voz del señor Tilos había sido más audible.

Antes de llegar a la verja de Alameda, quedó aclarado que el señor Tilos sí que jugaba al *bridge*, y la señorita Gay empezó a planear una fiesta. Esta vez pretendía invitar sólo a gente joven, o relativamente joven.

—Ya sabes que en realidad no te gusta mucho el *bridge* —le dijo a su tío —. Te sentará bien irte a dormir temprano para variar. A partir de cierta edad, hay que tomarse las cosas con más calma, ya lo sabes.

Al señor Gay, a quien no le hacía gracia la idea de acostarse a las ocho una luminosa tarde de verano, le hervía la sangre de indignación, pero se limitó a decir con serenidad:

—Sí, querida, es buena idea que invites a casa a tus amigos. Da la

casualidad de que esa misma tarde tengo un compromiso. He quedado en llevar a la señora Gower al cine.

La señorita Gay concentró todos sus esfuerzos en pensar en un vestido nuevo para la fiesta. Seguro que Cassandra Marsh-Gibbon llevaría algo nuevo.

Sin embargo, Cassandra había decidido, por diversos motivos, que se presentaría como una sobria matrona y optó por lucir un vestido de crepé de China azul marino, estampado con pequeñas margaritas rosas, que ya había lucido en otra ocasión para una partida de *bridge*. Comprobó lo acertado de su decisión cuando vio a la señorita Gay ataviada con un flamante modelo de cloqué color ciruela y un ramillete de gardenias artificiales al cuello.

—Cassandra, estás divina. —La señorita Gay batió las pestañas, tan tiesas por el rímel que Cassandra se quedó mirándolas, fascinada—. Siempre me ha gustado muchísimo ese vestido —añadió alegremente.

—¿No viene Tilos? —preguntó Adam mientras se distribuían por las mesas de juego.

—Ah, siempre llega tarde —explicó la señora Wilmot—. Creo que no sabe leer la hora en los relojes ingleses —añadió de forma críptica.

—Supongo que es porque sabe que será el centro de atención y le gusta hacer esperar a la gente —intervino Adam.

Pobre Adam, pensó Cassandra con afecto. Esa tarde no se había puesto su chaqueta de terciopelo y se parecía a cualquier marido inglés del montón.

—Bueno, ustedes cuatro pueden comenzar sin él. No creo que tarde mucho en llegar —dijo la señorita Gay con aplomo.

Así que los cuatro, Cassandra, Janie, el señor Paladin y el señor Broome, un joven empleado del banco, empezaron a jugar, mientras que la señorita Gay, Adam y la señora Wilmot entablaron conversación para matar el tiempo.

Tras la llegada del señor Tilos, daba la impresión de que se oían risas por doquier cada vez que él decía algo, fuese o no fuese gracioso. Pese a tener ciertas nociones sobre el *bridge*, el húngaro tenía su forma particular de declarar y jugar. Se lo pasaba en grande, doblando siempre que podía y riéndose como un niño cada vez que él y su pareja perdían estrepitosamente. Dado que su pareja era la señorita Gay, en realidad poco importaba, aunque la señora Wilmot se preguntaba si, al ser ella la persona de mayor edad allí presente, no debía hacer algo para mantenerlo a raya.

Miraba con inquietud hacia la otra mesa, donde Janie estaba jugando en

pareja con el señor Paladin. Sería fantástico, pensó la señora Wilmot, que se interesaran el uno por el otro. Para empezar, cierto interés sería suficiente, ya que ambos eran muy jóvenes. Esa noche estaba bastante guapo. Ese joven llegaría lejos, en su opinión, pues ella tendía a valorar más que su marido una media de sobresaliente en la carrera de Teología. Además, tenía contactos influyentes.

Todo el mundo sabía que el señor Tilos iba cada dos por tres a La gruta y le llevaba regalos a Cassandra, pero hoy no le estaba prestando ninguna atención. En el pueblo empezaba a haber relaciones interesantes y complicadas, reflexionó la señora Wilmot; y lo pensó de nuevo cuando, justo antes de las once, el señor Gay entró con la señora Gower y anunció que habían ido juntos al cine.

—Espero sinceramente que no hayamos interrumpido la partida de *bridge* —dijo la señora Gower sonriendo de oreja a oreja a todo el mundo—, pero la película acabó bastante temprano y el señor Gay dijo que aquí tal vez habría un refrigerio. —Se echó a reír.

Lo del refrigerio era más que obvio, y, dado que al parecer el señor Tilos había obsequiado a la señorita Gay con una caja de vino húngaro, todos estaban muy alegres.

—Les gusta este vino, ¿sí? —dijo el señor Tilos alzando la copa—. Entonces les gustará Budapest. Allí tienen que visitar las bodegas de Budafok. En Budapest, la reina del Danubio, corre el vino. Y todo es muy barato para los ingleses. Les darán muchos *pengos* por una libra.



Después de este discurso se hizo el silencio. Nunca se sabía por dónde podía salir el señor Tilos.

Esto es realmente de lo más insólito, pensó la señora Wilmot. Pero qué vino tan delicioso; le estaba empezando a entrar bastante modorra.

Janie, a quien el vino había envalentonado un poco más que de costumbre, preguntó con voz clara:

—¿Qué es *pengos*?



—El *pengo* es la raíz de todos los males y el secreto de la felicidad —respondió el señor Tilos con aire solemne.



—Ah, ya sé —dijo Janie—, es dinero.

—Qué decepción —dijo el señor Broome, interviniendo por primera vez en la conversación de la velada—. Pensaba que sería algo mucho más emocionante.

—Tiene gracia que usted no crea que el dinero es emocionante —comentó riendo la señorita Gay—, aunque, claro, es mucho el que pasa por sus manos al cabo del día.

—Y me atrevo a afirmar que, para bien o para mal, no influye más en usted de lo que influyen las hermosas y permanentes formas de la naturaleza en la mayoría de los pueblerinos de Cumberland —declaró Adam.

—No creo que nadie pueda cansarse nunca de gastar dinero —comentó Cassandra, al ver que el señor Broome miraba a Adam con una expresión de inquietud en el rostro—, pero supongo que usted se cansa de verlo y de tenerlo por todas partes todos los días.

—Exacto, sí, la verdad es que sí —convino con gratitud el señor Broome, aliviado por no tener que continuar con la conversación sobre los pueblerinos de Cumberland. Le complacía considerarse un magnate financiero, rodeado de montañas de dinero, cuando en realidad era el empleado en el puesto más bajo del escalafón.

—No creo que en él resida el secreto de la felicidad —afirmó lentamente el señor Gay, mientras pensaba que, pese a ser una de las personas más agradables que había conocido y con la que más cómodo se había sentido, la señora Gower no tenía ni de lejos tanto dinero como algunas de las jóvenes que había cortejado sin éxito en su juventud—. Aunque, en palabras de Pomfret, «una respetable autonomía» es casi una necesidad si se quiere construir la felicidad sobre unos cimientos duraderos.

—Los poetas del siglo XVIII dicen algunas cosas muy sensatas —comentó Adam con benevolencia.

—¡Eso dice también nuestro gran poeta húngaro! —interrumpió el señor

Tilos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Adam con condescendencia—. No puedo afirmar que haya oído nunca nada sobre él.

—¿Cómo! ¿No ha oído hablar de nuestro Petofi Sándor? —El tono del señor Tilos se volvió tan indignado que Cassandra, por instinto, se acercó a Adam.



—Bueno, al fin y al cabo Hungría es un país remoto para nosotros y por desgracia son muy pocos los ingleses que conocen su lengua —alegó ella, ansiosa por mantener la paz—. No debe olvidar que el inglés medio no ha oído hablar de gran cosa más allá de las fronteras de su país —añadió, preguntándose qué opinaría Adam de que lo describieran como un «inglés medio».

Al parecer no se había dado cuenta, pues a continuación respaldó lo que ella había dicho añadiendo con ingenuidad que su segundo libro de poemas sólo había vendido poco más de ciento cincuenta ejemplares.

Esta declaración los acalló a todos, y al cabo de poco la fiesta se dio por concluida, siguiendo el ejemplo de la señora Wilmot, que pensó que más le valía irse a casa antes de que el vino le diese aún más sueño.

Adam y Cassandra se ofrecieron a llevar en su coche a la señora Gower y la señora Wilmot. Cassandra se alegraba de marcharse. Por algún motivo, reflexionó, no había disfrutado demasiado de la velada, aunque había habido momentos divertidos. ¿Era posible que estuviera decepcionada porque el señor Tilos apenas le había hecho caso?

La señora Wilmot no estaba tan amodorrada como para no alegrarse al oír que el señor Paladin le proponía a Janie acompañarla caminando a casa.

—Hace una noche espléndida, y el paseo nos sentará bien —le explicó el coadjutor a la señora Wilmot, pues pensó que ésta pondría objeciones.

Sin embargo, ella se limitó a sonreír, y apuntó que la luna estaba preciosa. Era bonito que los jóvenes pasearan juntos a la luz de la luna, pensó, sobre todo si daba la casualidad de que los jóvenes eran Janie y el señor Paladin. ¿Cuál era su nombre de pila?, se preguntó. Edward, o Edmund, no recordaba cuál de los dos.

Janie todavía se sentía bastante envalentonada, y al cabo de no muchos metros se agarró del brazo del señor Paladin. Él no hizo ningún ademán de liberarse, como sí había hecho en la misma situación con la señorita Gay. Le parecía apropiado y agradable que pasearan cogidos del brazo, y, como había dicho la señora Wilmot, la luna estaba preciosa.

CAPÍTULO 15

«Sus colores avivan, e ilusionados,
con brío avanzan...»

—Ahora que hace tan buen tiempo —le dijo Adam a Cassandra una mañana—, creo que deberíamos mostrarle a Tilos algunos de nuestros bellos parajes campestres.

—Sí —convino Cassandra, dubitativa—. ¿Cuándo quieres ir?

—¿Cuándo? Ah, cuando sea.

—¿Qué tal mañana, si sigue haciendo bueno?

—Claro que, aunque diga *deberíamos*, es probable que sea *deberías* —matizó Adam—, porque dudo que yo tenga tiempo. Estoy muy ocupado, ya lo sabes, y él preferiría con mucho que fueses tú la guía.

—Pero, Adam, es imposible que yo lo lleve sola, no sería apropiado, y, además, no me sé todas las leyendas y las fechas de cada cosa, ni los estilos arquitectónicos ni los nombres de las colinas ni todo eso.

—Pues invéntatelas. Llámalo y proponle mañana, sobre las doce. Dile que lo recogeremos con el coche. Si me apetece, tal vez me apunte.

Después de vacilar un poco, Cassandra fue hasta el teléfono y solicitó el número del señor Tilos. Cuando él oyó su voz, sintió alegría y alivio al mismo tiempo. ¿Y si a ella no le hubiese importado que no le hiciera caso en la fiesta? Justo estaba pensando en reemprender el ataque acudiendo cuanto antes a La gruta con más azucenas. La voz de ella sonaba cordial. Le gustaría muchísimo que él viniera. El señor Tilos se puso contentísimo.

El día que habían escogido para la expedición amaneció radiante y soleado. Al principio, Adam había puesto algunas objeciones, pero Cassandra

se las arregló para convencerlo de que le sentaría bien tomar el aire. Tal como ella había previsto, se sentó con recato en la parte de atrás del coche con la cesta del pícnic.

—He pensado que podríamos ir a Milton Amble —sugirió Adam—. Por el camino veremos casi todos los pueblos más hermosos. Podemos pasar por Boulderstones y tal vez desviarnos por Down Callow y ese otro sitio; no recuerdo cómo se llama, pero es precioso. Y también bastante típico. No tienen nada parecido en Hungría —afirmó, con una seguridad que resultaba todavía más chocante, dado que jamás había visitado ese país y no sabía absolutamente nada de sus pueblos—. Verá que las casas son bastante variadas —prosiguió.

«Como un grifo abierto», pensó Cassandra, que estaba segura de que el pobre señor Tilos no estaba entendiendo ni la mitad de las cosas que Adam decía.

—Ahora tenemos que buscar un lugar para almorzar —dijo Adam cuando llegaron a las afueras de la localidad de Milton Amble.

Después de discutir un buen rato con Cassandra y de desoír las sugerencias del señor Tilos, encontraron un pedazo de hierba idóneo y Cassandra extendió el mantel y las mantitas para el pícnic. Se desvivió por atender las necesidades de ambos, ofreciéndoles sándwiches y porciones de pastel de ternera y jamón, y llenándoles los vasos de cerveza.

—«Alimentos acaso desabridos para seres de orden espiritual» —le citó alegremente a su marido, interrumpiendo su disertación sobre Milton, de quien el señor Tilos al parecer no había oído hablar; aunque Adam no le prestó ninguna atención. Era el señor Tilos el que no dejaba de lanzar miradas en su dirección y sonreírle a escondidas. Cassandra deseaba con todas sus fuerzas que dejara de contemplarla, pues le resultaba muy difícil eludir su mirada a cada instante. La incomodaba que Adam estuviese allí sentado tan tranquilo recitando *Lycidas* sin percatarse ni por un instante de que el señor Tilos no escuchaba ni una de las palabras que decía.

A Adam le estaría bien empleado que ella se fugara con el señor Tilos. Cassandra se entretuvo en fantasear con esta idea unos segundos, pero luego llegó a la conclusión de que era irrealizable, ya que, dejando de lado cualquier consideración moral, lo relevante era que no le apetecía ir a ninguna parte con el señor Tilos. Aunque huir sola, irse de vacaciones por su cuenta,

eso era otro cantar. Las personas podían tenerse demasiado vistas, pensó. Un cambio, ésa era la clave. ¿Y si se marchaba tres semanas ella sola?

—Cassandra —dijo Adam—, ¿hay algo más para comer? Me he quedado con hambre.

—Claro, cariño, mira en la cesta. —La voz serena de Cassandra no ofrecía la menor pista de los planes que estaba tramando.

—Ay, poder vivir siempre al aire libre —dijo Adam, estirándose con deleite sobre la hierba y encendiendo un cigarrillo—, sin inquietudes, sin tener que preocuparse por el mañana...

—Y sin cigarrillos, y sin saber de dónde vendrá la siguiente comida, y dormir sobre la hierba húmeda o sobre helechos espinosos —añadió Cassandra entre risas.

—Cassandra, no tienes ninguna imaginación, ninguna poesía —declaró su marido con tono de disgusto.

—A una mujer no le hacen falta esas cosas, basta con que sea bonita —intervino el señor Tilos, mirando fija y solemnemente a Cassandra.

Ella aprovechó para comprobar cómo se tomaba Adam aquel comentario, pero él estaba ocupado estirándose, bostezando y diciendo que había comido demasiado y tal vez fuera un buen momento para echar una siestecita.

—¿Usted también quiere dormir? —preguntó ella al señor Tilos.

—¿Yo? Claro que no.

—Pues entonces demos un paseo, me siento llena de energía. Adam —lo llamó alzando la voz, porque ya tenía los ojos cerrados—, vamos a dar un paseo.

—Muy bien —contestó, somnoliento—. Nos vemos junto al coche a las tres en punto.

El señor Tilos le dedicó a Cassandra una sonrisa burlona e infantil mientras se alejaban de Adam. No cabía en sí de emoción y expectación por quedarse a solas con ella. La cogió del brazo y se alegró al comprobar que ella no hacía ningún ademán de soltarse.

—Busquemos un sitio agradable para sentarnos —propuso, cuando Adam ya no podía oírlos.

—Bueno, hágalo usted si le apetece —respondió Cassandra con brusquedad—, pero yo voy a dar un paseo. Quiero llegar a Milton Amble para

ver qué tal va la reforma de las antiguas casitas de campo, y usted podría comprar algo para su casa en la tienda de antigüedades del pueblo.

Siguieron caminando un buen rato sin hablar. El señor Tilos seguía agarrado del brazo de Cassandra, aunque al entrar en el pueblo esta vez ella sí intentó zafarse de él. En sus calles reinaba la tranquilidad y había muy poco tráfico, pero de repente apareció un coche. Cassandra le echó un vistazo y, tirando del señor Tilos para que la siguiera, se apresuró a entrar en la tienda por la que pasaban en ese momento.

—Aquí tienen preciosidades tejidas a mano —explicó ella con cierto atolondramiento—. Echemos una ojeada, ¿le parece?

El señor Tilos se vio obligado a fingir interés por un telar de madera en el que trabajaba una corpulenta joven con una bata azul. Cassandra se acercó a una mesa junto a la ventana y se puso a examinar unas bufandas y unos cortes de tela hilados a mano, asomándose a escondidas, esperando a que pasara el coche. Cuando lo hizo, vio que había estado en lo cierto, pues en él iba la señora Gower, y el conductor era, sin duda, el señor Gay. Circulaban a muy poca velocidad, pero era obvio que no se pararían en el pueblo. Cassandra suspiró aliviada, pues, aunque no hubiese nada de malo en lo que estaba haciendo, creía que era mejor que dos respetables vecinos de Up Callow no la vieran paseando cogida del brazo del señor Tilos. Estaba segura de que no la habían visto, pues iban demasiado pendientes el uno del otro. Qué bonito que dos personas de su edad disfrutasen de su mutua compañía, pensó Cassandra con benevolencia. Se alegraba de que hiciera buen tiempo para su excursión en coche.

Cuando pasó el peligro, Cassandra y el señor Tilos se las arreglaron para escabullirse sin llamar la atención de la mujer del telar.

—No quería comprar nada —le explicó Cassandra—, todo costaba un ojo de la cara, aunque, claro, era tejido a mano.

—Sí —convino el señor Tilos, sin querer entablar conversación sobre un oficio que sólo consideraba apto para campesinos—. ¿No está usted cansada? —preguntó, esperanzado.

—No, sigo estando llena de energía —respondió Cassandra—, y necesitaremos todo el tiempo para llegar hasta el coche. Aún nos queda un buen trecho.

—¡No sabe cuánto la admiro! —declaró de buenas a primeras el señor

Tilos.

—¡Chist! Lo va a oír la gente —lo frenó Cassandra, inquieta, pues lo dijo tan alto que sintió vergüenza.

—Querría que lo supiese todo el mundo —declaró él.

—No sea tonto —lo reconvino Cassandra con dureza, pensando que no importaría que lo supiese todo el mundo, siempre y cuando no se enteraran los habitantes de Up Callow y alrededores.

Siguieron caminando, con el señor Tilos sumido en un silencio sepulcral.

—Ahí está el coche —anunció Cassandra con cierto alivio—. Adam está guardando la cesta del pícnic.

—¿Habéis disfrutado del paseo? —les preguntó.

—Muchísimo. ¿Has echado una buena cabezada?

—Sí. Aunque tampoco ninguna maravilla. El suelo no es un lecho tan cómodo como pensaba. Pero poco importa, se me ocurrieron unos veinte versos más para mi poema.

—¡Qué maravilla! —dijo ella, sonriendo para sí mientras colocaba las mantas de viaje en la parte de atrás del coche.

—Cassandra, ¿por qué sonríes? —preguntó Adam, pues acababa de hablarle al señor Tilos de las tres esposas de Milton y no le parecía que aquello tuviese nada de gracioso.

—No sé —respondió Cassandra con voz débil—. Es sólo que creo que ha sido un día divertido.

CAPÍTULO 16

«Buscando mediante mil artimañas captar
la mirada astuta, consciente, medio esquivada
de su impávida hechicera...»

—Pues parece que el señor Tilos ha partido peras con los Marsh-Gibbon —le anunció una mañana la señora Wilmot a su marido.

—¿Qué has dicho, querida? —El rector levantó la vista del periódico.

—Nada, sólo decía que parece que el señor Tilos ha partido peras con los Marsh-Gibbon —repitió la señora Wilmot, sintiéndose como una estúpida por tener que volver a decir lo mismo.

—Bueno, querida, no entiendo cómo puedes decir algo así —declaró el rector—. Un vecino nuevo como el señor Tilos poca potestad tiene de partir peras con personas de tanta categoría como los Marsh-Gibbon. —Y luego, levantándose de la mesa, añadió—: Estoy esperando al señor Paladín. Estaré en mi estudio.

La señora Wilmot comenzó a apilar los platos sin ton ni son. Esa mañana estaba un poco baja de moral, pero su rostro se iluminó y se sintió más animada al ver que el señor Paladín venía por el camino de entrada.

Desde la noche de la fiesta de los Gay, había empezado a pensar en él como en «su querido Edmund», y ya lo consideraba un miembro más de la familia. La señora Wilmot refulgía de satisfacción al imaginar para su hija el futuro del que a ella la habían privado con malas artes. Era sabido que el obispo tenía en alta estima al señor Paladín, y que el hecho de que iniciara una brillante carrera eclesiástica era una mera cuestión de tiempo. Janie siempre había sido una buena chica, y cabía esperar que se enamorara de alguien

sumamente apropiado. A la señora Wilmot le gustaba pensar que la buena educación que había recibido tenía algo que ver con aquello. También mostraba cierta tendencia a olvidar que Janie no tenía más que diecinueve años, y que el señor Paladin era por el momento no sólo el pretendiente más idóneo, sino el único pretendiente de cualquier tipo que se había presentado.

En su estudio, el rector conversaba con el señor Paladin. Su actitud era casi la de un suegro jovial, y a la vez no era tan manifiesta como para amedrentar de algún modo a un hombre joven; no lo llamaba «hijo mío», se limitaba a mostrarse más amable e interesado que de costumbre.

—Su sermón de la semana pasada fue excelente —lo felicitó—, pero no trabaje demasiado. Salga al campo de vez en cuando. Puede tomarse la tarde libre cuando no tenga nada importante que hacer, y espero verlo por aquí para tomar el té de vez en cuando. Los niños volverán a casa en julio. En ninguna parte verá una familia más feliz que la nuestra. El matrimonio es una gran bendición, y la compañía de personas de nuestra misma edad con las que compartimos gustos es un afortunado prolegómeno de ese estado...

El rector caminaba dando vueltas por la habitación, soltando frases inconexas, mientras el señor Paladin seguía de pie y escuchaba en un silencio respetuoso.

—Sé lo que significa ser joven —prosiguió el rector—. Sí, sé lo que significa ser joven —repitió, como si el coadjutor tal vez no lo creyera—. Cuando somos jóvenes queremos estar con otros jóvenes. Janie se quedará hoy en casa de su tía, pero vuelve mañana. Me alegro de que hayan trabado amistad. Espero que ahora que hace tan buen tiempo salgan juntos al campo. A Janie le interesa mucho la naturaleza —añadió, y luego pasó a toda prisa a hablar de críquet, como si hubiera dicho sobre su hija mucho más de lo que pretendía.

El señor Paladin se unió ahora a la conversación, que tomó un cariz más parroquial, y al cabo de poco se marchó. La señora Wilmot lo observó por la ventana del dormitorio; lo vio montarse en la bicicleta y decir adiós con la mano. Entró en el pueblo pedaleando despacio, sonriendo para sí, como suelen hacer los enamorados. Los habitantes de Up Callow estaban ya acostumbrados a ver sonreír al coadjutor. Ellos le devolvían la sonrisa, y no había ni una sola persona que no pensara que los dos jóvenes estaban hechos el uno para el otro.

El señor Paladin siguió pedaleando. Sabía que en algún momento debería

sentarse a preparar el sermón, pero la idea no le preocupaba. Últimamente sus sermones se escribían como por arte de magia, o incluso por obra divina, pensó con respeto, pues mientras que hacía un mes no paraba de pensar en sermones, ahora tenía la cabeza llena de fragmentos de poemas y otros pensamientos más adecuados y, sin duda, más propios de un joven enamorado. Se cruzó con la señorita Gay, pero no hubo ni rastro de vergüenza ni acritud en las sonrisas que intercambiaron. El señor Paladin había olvidado el miedo que le tenía, y la señorita Gay iba feliz pensando en que el señor Tilos se había pasado el día anterior a tomar el té y esa tarde la llevaría al cine. Durante las últimas dos semanas se había mostrado de lo más atento.

El señor Tilos no se había acercado a La gruta desde el día en que Adam y Cassandra lo habían llevado de excursión al campo. Les dio las gracias de todo corazón, pero rechazó su invitación de quedarse a cenar. Cassandra lo había decepcionado, pues se imaginaba que ella caería rendida en sus brazos y le confesaría que su marido no la amaba. El señor Tilos decidió que tal vez dejaría de verla durante un mes. Luego lo intentaría de nuevo. Mientras tanto, como no estaba dispuesto a quedarse todo el día en su casa a medio amueblar, había tomado por costumbre visitar a la señorita Gay.

Sin embargo, no le resultaba fácil olvidarse de Cassandra ni disfrutar de la compañía de la señorita Gay. Su tez morena le recordaba que Cassandra era exquisitamente rubia; su actitud pícara, que su ninfa de La gruta era tentadoramente distante. La señorita Gay aceptaba sus obsequios con avaricia y a la vez con indiferencia, como si no fueran más que lo que le correspondía. Cassandra siempre se había mostrado sorprendida y complacida. Pero no debía ni siquiera verla, y por eso estaba condenado a pasar interminables horas sentado entre las aspidistras con la señorita Gay, o en la oscura intimidad de las butacas de tres chelines del cine.

Cuando se sentaban entre las aspidistras, mantenían conversaciones largas y tediosas, por lo general en torno al amor. La señorita Gay imaginaba que el amor lo cohibía, así que ella empezaba a hacerle insinuaciones, a las que él se resistía con gran destreza. Si ella le daba a entender que él debía ser más efusivo, él pronunciaba pequeños discursos ñoños sobre cómo lo bueno aumenta de valor si se reserva, y citaba algún equivalente húngaro de «un sueño que no pasa de promesa» de Shakespeare, sintiéndose desesperadamente aburrido e infeliz, y sonriendo cada vez más con mayor

rigidez, hasta sentir que la cara estaba a punto de agrietársele.

El propósito de todo esto era dar celos a Cassandra. Las noticias volaban rápido en un pueblo pequeño, creía él, y más aún las noticias sobre la gente y su vida amorosa. No se dio cuenta de que, al visitar a la señorita Gay con tanta frecuencia, casi no le dejaba ninguna posibilidad de comunicarle a Cassandra la noticia de su buena fortuna. Por el momento, la señorita Gay no había encontrado el momento oportuno. Habían coincidido una vez en la pescadería, pero su conversación había girado en torno al pescado. Era un gran salto pasar de la platija fileteada al señor Tilos, y la señorita Gay no se vio con fuerzas de darlo. Después de todo, ahora era ella la que tenía la sartén por el mango y podía permitirse ser amable con la pobre Cassandra.

Cassandra estaba molesta con el señor Tilos por no hacerle absolutamente ningún caso. Sabía que aquello le hacía gracia a todo el pueblo, pero nadie se había atrevido a comentar nada al respecto, a excepción de la señora Gower, que había aprovechado la oportunidad para decirle que creía que el señor Tilos había hecho bien en dejar de visitar La gruta tan a menudo.

—Sí, nos tiene bastante abandonados —dijo Cassandra riendo—. He oído que está cortejando a la señorita Gay.

—Bueno, no creo yo que la esté cortejando, aunque sí que va a verla muchísimo, y puede que le haya metido algunas tonterías en la cabeza. —Se detuvo y prosiguió en tono más serio—. Creo que, así en general, su llegada no ha traído nada bueno. Le hemos hecho demasiado caso. De todos modos, nos cansamos pronto de estas pequeñas novedades —añadió, como si el señor Tilos fuese un juguete mecánico—. Creo que todo irá mejor en cuanto nos centremos con la llegada del invierno —sentenció con voz firme.

A Cassandra le gustó la certeza de este último comentario. Se imaginó cómo se acortaban las tardes, la chimenea por la mañana, y las hojas de otoño cayendo en desorden sobre el jardín, el señor Tilos de vuelta en Budapest, y los acontecimientos de ese verano revuelto formando ya parte del pasado. Entonces vio que habían salido los altramuces y que era sólo junio. Aún tenían que suceder muchísimas cosas antes de octubre. Suspiró, y la señora Gower también lo hizo, quizá por solidaridad, o por algún motivo particular suyo. Cassandra de repente se alegró de la estabilidad de las cosas, de la regularidad de su vida en Up Callow y de las personas buenas e íntegras que la conocían y la respetaban.

Estaba molesta con el comportamiento del señor Tilos, principalmente porque él había sido una parte importante de su plan. Pese a que Adam no había dado muestras de tener celos de él, siempre quedaba la esperanza de que los tuviera.

A medida que pasaban los días, las ideas se le volvieron muy confusas y no veía una solución clara a su problema; si se paraba a pensarlo un poco más, ni siquiera veía problema alguno. Sólo un pensamiento destacaba en su mente. Debía marcharse, al extranjero y sola. Se lo plantearía a Adam. Escogió una tarde en la que, por lo que a ella le parecía, estaba de bastante buen humor.

Llevó su plan a la práctica.

—Pobre Adam, tienes cara de cansado. Creo que necesitas unas buenas vacaciones.

El rostro de Adam se iluminó ante aquella sugerencia.

—Sí, Cassandra, estoy convencido de que necesito unas vacaciones. Esta primavera no he estado nada bien. Estaba empezando a preguntarme si me pasaba algo grave de verdad —continuó con mejor disposición—, pero tal vez sea sólo porque me hace falta un cambio.

Cassandra lo alentó a hablar sobre las vacaciones, pero sin hacer ninguna alusión a su propio plan, salvo para obligarlo a reconocer que a todo el mundo le sentaba bien un cambio.

—Creo que me iré a Oxford —dijo Adam.

—Pero ¿no hará mucho calor? Oxford es un lugar que te deja sin fuerzas.

—Sí, te deja sin fuerzas —convino Adam, casi con gusto—. Por las mañanas trabajaré en la Bodleiana. Puede que incluso edite algún manuscrito. Se me daba bastante bien la paleografía.

—Estoy segura de que eres buenísimo —dijo Cassandra con cariño, intentando acordarse de lo que era la paleografía—. No creo que vaya a Oxford contigo. No haría más que aburrirme mientras tú trabajas, y ya he visto todos los *colleges* —añadió con franqueza—. Creo que haré un viaje al extranjero, me tomaré quince días —declaró con decisión.

—Pero, niña mía, ¿cómo vas a irte sola al extranjero! Imaginaba que te quedarías aquí.

—¿No pensarás dejarme sola en Up Callow con el señor Tilos? —dijo ella con voz lastimera.

Era evidente que Adam no había pensado en aquello. Cassandra se alegró al comprobar que su gesto era de preocupación.

—Vaya, pues entonces igual podríamos ir juntos a algún sitio —propuso él.

—Como tú prefieras —respondió Cassandra muy diplomática—, aunque me pareció buena tu idea de irte a Oxford. Debe de ser muy apacible trabajar en la Bodleiana, y paz es lo que te hace falta. Pero yo quiero ver Budapest. Me han hablado tanto de ella... El señor Tilos dijo que era la ciudad del amor, así que tal vez deberíamos verla juntos —añadió, sin saber muy bien si lo deseaba o no.

Adam puso cara de desconcierto. En las últimas semanas, su esposa no había dejado de dar la lata con el amor. Algo, sin duda, innecesario en una mujer que llevaba cinco años felizmente casada, pensó. Pero, claro, Cassandra era así, muy propensa a llenarse la cabeza de cosas triviales. Y si quería viajar sola al extranjero, ¿por qué no habría de hacerlo?

—Es verdad que aquí te aburrirías mucho sin mí —concedió él con naturalidad.

—Me quedaría el señor Tilos —le recordó—, pero preferiría marcharme.

—Muy bien, cariño, pues vete. Supongo que en la ciudad del amor te sentirás más a gusto que en la Bodleiana —dijo él.

—Imagino que sí —convino Cassandra, aunque no sonaba tan segura como lo había estado antes.

Había obtenido la victoria con tanta facilidad que se sintió bastante desinflada. Adam se había mostrado muy comprensivo. Después de todo, quizá no tuviera ninguna necesidad de marcharse.

CAPÍTULO 17

«... la lágrima repentina
la mejilla refulgente, el suave aire abatido,
el rasgo suavizado, y el corazón palpitante,
desgarrado a base de castas punzadas...»

Conforme pasaban los días y avanzaban los preparativos, Cassandra empezó a entusiasmarse cada vez más con las vacaciones. De verdad iba a ir a Budapest. Casi deseaba poder contarle sus planes al pobre señor Tilos para que le diera consejos, pero confiaba más en su respetable agencia de viajes. Lo que tenía claro es que no quería que el extranjero supiera adónde iba. Muy en el fondo tal vez se lo imaginara saltando al último vagón del tren mientras partía de la estación de Up Callow. Ella sabía que era una idea ridícula, sobre todo ahora que él llevaba tres semanas sin hacerle ningún caso, pero decidió que era más seguro pecar por defecto que por exceso.

Adam no dejó de pulular a su alrededor mientras hacía la maleta.

—Te conviene llevarte el abrigo de pieles —le aconsejó—. Seguro que en el tren hace frío. Imagino que te darán unos mareos terribles. Llévate las pastillas Mothersill y bebe mucha agua mineral...

Acompañó a Cassandra a la estación, a quien le pitaban los oídos con tanto consejo bienintencionado. A última hora, Adam empezó a plantearse si tal vez no debería ir con su esposa a Budapest. Ella se alegró al oír su voz tan llena de preocupación, y al ver el ceño tan fruncido por la angustia, aunque en gran parte era por sí mismo.

—Cuídate mucho, Cassandra. Yo no sería nada sin ti, absolutamente nada —dijo con pesimismo—. ¿Y mi comida? ¿Les has dicho lo de mi comida?

Parecía que estaba dejando a un perro en vez de a un marido capaz, pero lo tranquilizó con amabilidad, asegurándole que lo había organizado todo para que estuviese cómodo.

—Sólo estaré fuera dos semanas —le recordó ella—, y, además, tú te vas a Oxford y disfrutarás muchísimo.

Al darle un beso a Adam, se le saltaron las lágrimas. Ahora que había llegado el momento, preferiría estar haciendo cualquier otra cosa antes que marcharse.

Cuando el tren partió, se quedó sentada en su rincón intentando leer, pero no podía concentrarse porque las lágrimas le irritaban los ojos. Para distraerse, miró por la ventanilla. A lo lejos se veía la iglesia de Milton Amble. La buscó de nuevo, pero ya no pudo verla. Había un hombre en el pasillo que se lo impedía y que a continuación echó un vistazo al compartimento; al instante estaba dentro, exclamando con voz de genuina sorpresa:

—¡Oh, señora Marsh-Gibbon, qué sorpresa! ¿Va usted de viaje? Ay, pues claro, *selbstverständlich*. —Levantó la vista, miró las maletas y leyó las etiquetas—. Colonia, Múnich, Salzburgo, Viena —recitó, y, a continuación, con un grito de placer pronunció el último nombre—: ¡Budapest!

Cassandra se preguntó por qué su manera de decir Budapest hacía que sonase como un lugar muy siniestro. Se alegraba de que fuese él quien mantuviera viva la conversación, pues ella se veía totalmente incapaz de articular palabra.

—¡Vaya, esto es fantástico! ¿No cree? —afirmó él, lanzándole una miradita ansiosa—. Yo también regreso a Budapest. Debo desplazarme hasta allí por exigencias de mi negocio —añadió, como si ella hubiese dudado de la sinceridad de sus intenciones.

Pero Cassandra estaba lejos de percibir algo tan sutil. Ver al señor Tilos ahora era definitivamente demasiado para ella. Intentó serenarse y mantener una conversación apropiada, pero fue en vano.

—¿Su negocio? —dijo con voz débil, y luego rompió a llorar.

El señor Tilos se levantó de su asiento y se sentó a su lado, sumido en la preocupación.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Aunque suene ridículo —respondió ella, intentando recobrar la

compostura—, creo que me está dando ya un ataque de nostalgia.

—¿Un ataque? ¡Hay que llamar a un médico! —El señor Tilos rebuscó en su bolsillo y sacó una colección de cosas: un bote de aspirinas, unas pastillas para el mareo y un pequeño frasco de sales aromáticas. Luego se puso de pie sin saber qué hacer.

Cassandra soltó una risa entrecortada.

—No, tranquilo, no se trata de un ataque en ese sentido —logró decir.

Finalmente, después de que el señor Tilos le pasara un instante el frasco de sales por debajo de la nariz y se sacara del bolsillo un gran pañuelo de seda verde para enjuagarle las lágrimas, se recuperó.

—Gracias —dijo ella, sin saber dónde mirar debido a la vergüenza.

—No sabía que los ingleses fuesen tan emotivos —declaró el señor Tilos, con tono familiar y cordial.

Cassandra se alegraba de que su actitud fuese informal. Le devolvía una parte de su confianza.

—Lo siento —se disculpó sonriendo—. Estoy avergonzadísima.

—No se preocupe. ¿Le apetece tal vez un poco de té? ¿Sí?

—¿Té? Me encantaría —respondió ella—. Pero no habrá vagón restaurante en el tren hasta que llegemos a Birmingham.

—Pero yo llevo té. Espere un minuto, por favor.

El señor Tilos sacó una cestita con asas, justo el tipo de cesta que llevaría una madre precavida; dentro había dos termos, dos tazas y unos paquetitos envueltos en papel de cera.

A Cassandra aquello la conmovió.

El señor Tilos le ofreció un sándwich de mermelada.

—Es comida sencilla —dijo—, pero saludable, creo yo.

—Es estupenda —dijo ella afectuosamente— y seguro que es saludable. Hace que ya me sienta muchísimo mejor.

Qué hombre tan admirable y práctico era el señor Tilos, pensó, y qué pena que echara las cosas a perder abochornándola con sus declaraciones de afecto.

Y a continuación se preguntó: ¿sabría alguien en Up Callow que el señor Tilos se había subido a este tren? Si así era, no cabría entonces duda alguna al respecto. A todos los efectos, se había fugado con el señor Tilos.

CAPÍTULO 18

«Era amistad, alimentada por el deseo mutuo.»

—Me pregunto adónde irá el señor Tilos —dijo la señora Gower, mirando por encima del muro de su jardín el día que Cassandra se marchaba a Budapest—. Parece que va de viaje a algún sitio. Lleva el sombrero puesto y un abrigo en la mano; y también una maleta, y una cesta, pero no creo haber visto más equipaje en el asiento trasero de su coche. ¿Lo ve, señor Gay?

—No, no lo veo, y estoy demasiado cómodo aquí como para levantarme a mirar. Aunque me ha dado una descripción tan completa de él que tengo la impresión de que no me he perdido nada —declaró el señor Gay, sonriendo. Últimamente sonreía a menudo, y a veces incluso reía. Aquella mañana soleada se encontraba sentado en una tumbona en el jardín de la señora Gower. Se estaba dando cuenta de que su jardín y su compañía eran mucho más agradables que el suyo propio y la compañía de su sobrina.

—Supongo que irá a Birmingham —vaticinó la señora Gower, que seguía con el tema del señor Tilos.

—Sí, tal vez —convino el señor Gay con indiferencia—. Demos gracias por no ser nosotros quienes vamos.

—Y aun así no veo por qué motivo tendría que llevar en junio un abrigo grueso a Birmingham.

—Con estos extranjeros nunca se sabe —replicó el señor Gay, confiriéndole una relevancia casi siniestra al hecho de que el señor Tilos se llevara el abrigo a Birmingham en junio.

—Bueno, imagino que sí que irá a Birmingham —repitió con reticencia la señora Gower, y estaba a punto de dejar el asunto cuando el señor Tilos la vio

y se acercó al muro.

—Me voy a Budapest —anunció—. Debo viajar allí por exigencias de mi negocio.

—¿Su negocio? —preguntó la señora Gower dubitativa.

—Sí, mi negocio —repitió el señor Tilos con firmeza—. Voy tan sólo unas semanas —explicó con tono tranquilizador. Aunque la señora Gower no se sintió tranquilizada.

—Bueno —continuó después de que el señor Tilos se hubiera marchado—, ahora ya sabemos que va a Budapest. Por negocios.

—No tenía ni idea de que tuviese ningún negocio —comentó el señor Gay.

—¿No se iba también hoy a Budapest Cassandra Marsh-Gibbon? —preguntó la señora Gower, intentando que su voz sonase desenfadada y despreocupada.

—¿Ah, sí? —El señor Gay parecía dubitativo—. Tal vez era otro lugar que sonaba similar. Belfast —añadió con tono vacilante—. O Bucarest. Eso sería más probable.

—No creo que fuese ninguno de esos lugares —insistió la señora Gower—. No son para nada el tipo de lugares a los que uno va, ¿no es cierto? Estoy segura de que Cassandra habló de ir a Budapest. Además, últimamente hemos oído hablar mucho de esa ciudad. Pero qué casualidad que también vaya el señor Tilos, el mismo día y en el mismo tren. Tiene bastante gracia, ¿verdad?

—Sí, pero imagino que eso no significa nada —declaró el señor Gay—. ¿No le parece?

—No, claro que no —convino la señora Gower con rotundidad, pero al cruzar una mirada con el señor Gay supo que pensaban lo mismo.

—Supongo que debían de ser ellos a quienes vimos en Milton Amble aquella tarde que fuimos a dar una vuelta en coche —dedujo él.

—Sí —dijo la señora Gower—. Iban agarrados del brazo, ¿verdad?

—Sí —dijo el señor Gay—, iban agarrados del brazo —añadió igual de categórico.

—Qué lástima —suspiró la señora Gower, casi como si pasear agarrados del brazo por Milton Amble fuese peor que fugarse y abandonar al marido—. Con lo agradable que es Cassandra. Y siempre la hemos considerado una esposa modélica, tan entregada a su marido.

—Sí, daba la impresión de que eran muy felices. Me pregunto qué hará ahora Marsh-Gibbon. Sin duda estará destrozado.

—Imagino. —La señora Gower asintió, apesadumbrada.

Daba la impresión de que ya no había nada más que añadir. A ninguno de los dos se le pasó por la cabeza dudar de que Cassandra se hubiera fugado con el señor Tilos.

—Yo pensaba que la casa que llevaba un tiempo visitando muy a menudo era la suya, señor Gay —insinuó cautelosa la señora Gower.

—Sí, no sé qué dirá Angela de todo esto —comentó el señor Gay. Se le ensombreció el gesto ante la idea de enfrentarse a su sobrina al llegar a casa.

—No me lo puedo creer —sentenció la señora Gower—. Mi querida Cassandra fue siempre tan buena chica... —Hablaba ya de ella en pasado, sacudiendo la cabeza con pesar.

El señor Gay se marchó, envuelto en pensamientos funestos. Le aterraba entrar en su casa. Encontró a Angela en la sala de estar, sentada en una silla dura junto a la ventana, sin hacer nada. No levantó la vista ni abrió la boca cuando su tío entró en la habitación, pero aquello no era insólito. No acostumbraban a saludarse más que lo estrictamente necesario. Fuera como fuese, el señor Gay creía que el tema era en cierto modo delicado. No pudo reunir el valor para decirle: «¿Has oído que Cassandra Marsh-Gibbon se ha fugado a Budapest con el señor Tilos?», porque no estaban totalmente seguros de que lo hubiera hecho. Y aun así parecía no haber duda alguna al respecto. Intentó pensar en otra cosa. Había un olor raro, como si algo se estuviera quemando, pero al ser verano no había ningún fuego encendido en la habitación ni, de hecho, en ninguna de las habitaciones salvo en la cocina.

—Angela —dijo dirigiéndose a ella—, ¿no te parece que huele raro?

—No más que de costumbre —respondió de manera cortante.

—Debe de haber algo ardiendo. —El señor Gay se levantó y entró en la cocina—. Amy, ¿no hueles a algo que se está quemando? —le preguntó a la criada.

—Ah, debe de ser el punto de la señorita Angela —respondió Amy sin inmutarse.

—¿El punto? ¿Dónde?

Amy señaló en dirección al fuego y el señor Gay vio una masa de lana verde que ardía entre las ascuas. Una parte ya se había consumido, pero no le

hizo falta preguntar qué era. Reconoció el jersey de punto que Angela le había estado tejiendo al señor Tilos. Así que, después de todo, lo sabía. Y había quemado lo que más o menos era ya un jersey con todas las de la ley, pues estaba casi acabado. Permaneció un rato pensativo, con la mirada fija en el fuego.

—No fui yo quien lo puso ahí, señor —se defendió Amy, en tono ofendido.

—Ah, estoy seguro de que no —se apresuró a responder el señor Gay, y salió de la cocina.

Subió a hurtadillas hasta su dormitorio y se quedó allí sentado limándose las uñas hasta las siete y media, hora a la que bajó al comedor. La cena fue una comida fúnebre. Angela debía de haber decidido que pese a ser, a todos los efectos, una mujer despreciada, no lo demostraría de la forma convencional. Si había sentido hervir la ira dentro de ella, era evidente que la había aplacado arrojando el jersey al fuego. A la hora de cenar parecía haberse convertido en la «Paciencia hecha estatua que le sonríe al Pesar»,² lo que irritó profundamente al señor Gay. Era una mujer de treinta años, pensó, y se estaba poniendo en ridículo.

—Vamos, Angela —dijo bruscamente—. No me digas que no vas a comer más que ese trocito de tostada seca. Estos macarrones con queso están riquísimos.

—No, gracias. No me entra nada.

—No seas tonta. No sé a qué vienen tantos aspavientos. El señor Tilos se ha ido a Budapest de viaje de negocios. Él mismo nos lo dijo, y también que volvería dentro de una o dos semanas. Y, de todas formas, tampoco es que estuvieses comprometida con él.

—Ha sido un golpe muy duro. De eso eres consciente, ¿no?

—Pero no tardará en volver, y mientras tanto no creo que te haga ningún bien quedarte sin cenar.

—No, no va a volver —afirmó la señorita Gay, como si ya se hubiese hecho a la idea y, en realidad, prefiriera que así fuera.

Después de la cena, el señor Gay descubrió que seguía siendo incapaz de concentrarse en la lectura, así que salió a dar un paseo. Al cabo de un rato, se percató de que había llegado hasta la casa de la señora Gower. Enseguida estuvo sentado en su sala de estar.

—Acérquese al fuego —lo invitó ella—. Siempre me gusta encenderlo por

la noche. Que sea junio no significa que no pueda hacer fresco.

Él le lanzó una mirada de gratitud. ¡Era una mujer extraordinaria! En su casa nunca encendían la chimenea en verano. La tapaban sin piedad el primero de mayo, lloviese o hiciera sol, con una enorme y horrenda pantalla victoriana.

Él acercó su silla al fuego. La señora Gower no parecía considerar nada extraño que pasara a visitarla a las nueve y media de la noche. Era de lo más natural que estuvieran allí sentados juntos. ¡Qué suerte la del profesor Gower, tener una esposa así! ¿Qué más daba si la aburría el *Epipsychidion* y no tenía ni idea de inglés medio? Buen juicio y amabilidad, algo de dinero si era posible, puesto que el señor Gay era ya cada vez menos exigente con sus requisitos, ¿no era eso todo lo que uno deseaba de una esposa? La idea de pasar el resto de sus días con ella era de repente la cosa más agradable que se le ocurría. Con todos los sucesos perturbadores de la jornada —Cassandra fugándose con el señor Tilos, Angela quemando el jersey en el fuego de la cocina y negándose a comer los macarrones con queso que normalmente tanto le gustaban—, daba la impresión de que la señora Gower era lo único que permanecía estable en un mundo cambiante.

—Qué mujer tan sensata es usted —declaró en voz alta. Tal vez fuese una afirmación curiosa, pero, al parecer, no a juicio de la viuda.

—Bueno, eso es lo que intento —comentó, serena—. He llegado a la conclusión de que es lo mejor que se puede ser a nuestra edad.

«Pero sobre todo que su talante cerca esté del de vos», pensó el señor Gay. ¡Estaban hechos el uno para el otro!

—Creo que usted y yo estamos de acuerdo en todo —expuso él para tantear el terreno, ya que, al fin y al cabo, sería inaceptable dar demasiadas cosas por descontadas. Que la señora Gower se hubiese deshecho del loro disecado no significaba por fuerza que estuviese dispuesta a aceptar un segundo marido.

—Sí, es cierto —convino ella—. Últimamente cada vez lo noto más.

—Pues entonces opino que podríamos ser felices juntos. Laura, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí.

Aquella, reflexionó el señor Gay, debía de ser la propuesta de matrimonio más sensata y satisfactoria de la historia universal. Sin falsos arrobamientos, sin remilgadas negativas que no había que tomarse en serio, tan sólo la

pregunta necesaria y la respuesta, una simple afirmación.

—Soy feliz al saber que sientes lo mismo que yo —dijo el señor Gay—. Debes de haber visto que es mucho el afecto que te tengo.

—Sí. Señor Gay, Philip, a estas alturas de la vida no podemos esperar estar locamente enamorados, pero creo que conseguiremos hacernos sentir muy a gusto el uno al otro.

«Muy a gusto.» Qué bien sonaba aquello. ¿Y no era, a fin de cuentas, lo que todo el mundo deseaba? Especialmente ahora que se aproximaban a lo que el rector denominaba «el otoño de la vida». Al señor Gay le hacía pensar en una agradable sala de estar, con un fuego en las noches frías, unas aspidistras bien cuidadas, té y tostadas en invierno...

—¿Quieres que nos casemos pronto? —preguntó él.

—Sí, cuanto antes, ¿no crees? Al fin y al cabo, no debemos olvidar que los dos tenemos un pie en la tumba y puede que no nos queden demasiados años.

El señor Gay se echó a reír. Esta vez tener un pie en la tumba era una broma simpática, pero le recordó a Angela, y su rostro se ensombreció al pensar en ella.

La señora Gower debió de darse cuenta de lo que le pasaba por la cabeza, pues tomó la mano de él entre las suyas y, con un convencimiento totalmente consolador, le dijo:

—Tranquilo, Philip, no te preocupes por Angela. Le encontraremos un marido.

CAPÍTULO 19

«De rostro en rostro, entre la multitud se contagia,
vuela el pánico, y en figuras asombrosas
la apariencia se transforma...»

—Bueno, pues ahora es usted un hombre solitario —saludó efusivamente el rector a Adam Marsh-Gibbon, al cruzarse con él una tarde en el pueblo.

Era el día después de la partida de Cassandra, y la noticia de que se había marchado con el señor Tilos a Budapest se debatía ya con entusiasmo. Hasta el rector estaba al tanto, pero consideró que era mejor hacer algún tipo de alusión a la ausencia de Cassandra, aunque fuese medio jocosa, pues podría parecer deliberado eludir el tema por completo.

—Sí. Mi esposa me ha dejado —respondió Adam lisa y llanamente.

—Siento oír eso —declaró el rector, intentando infundir en su tono una mezcla de trivialidad e inquietud, pues nunca sabía si tomarse a Adam en serio o no.

—Sí —convino Adam—. Yo me voy a Oxford a estudiar en la Bodleiana, pero ella se ha decantado por Budapest, que es la ciudad del amor, según nuestro amigo Tilos. Tal vez mi esposa se haya quedado con la mejor parte. Sí, la verdad es que creo que sí —reflexionó con aire pensativo.

—Bueno, a ella le hará buen tiempo —se apresuró a añadir el rector, para cambiar de tema.

Ahora su voz sonaba más bien severa. ¿Qué derecho tenía Tilos a hablarle a una mujer casada y respetable de cosas como las ciudades del amor? ¿Y no era frívolo e impropio por parte de su marido mencionarlo como si fuese un asunto sin importancia? O quizá, recapacitó el rector echándole un vistazo

rápido a Adam, él no lo considerara importante. El semblante de Adam no le decía nada. Su aspecto era el de siempre, apuesto y pagado de sí mismo. Bueno, no había forma de saber lo que se les pasaba por la cabeza a estos escritores modernos, concluyó el rector, escabulléndose del apuro con facilidad; no le correspondía a él hacer ningún comentario. A veces era mucho mejor no meterse en camisa de once varas. Todos decían que Cassandra Marsh-Gibbon se había fugado con Tilos, pero, a juzgar por la actitud de su marido, no podía ser cierto.

—¿Dónde anda Tilos últimamente? —preguntó Adam, sereno—. Lleva semanas sin acercarse a casa.

El rector se quedó estupefacto.

—Se ha marchado —respondió atropelladamente.

—¿Ah, sí? Pues no ha tardado en cansarse de nosotros. ¿Y adónde se ha ido?

—A Europa, tengo entendido —contestó el rector con voz débil, pues por alguna razón no pudo reunir el valor para pronunciar Budapest de entrada.

Adam se echó a reír.

—Seguro que ha ido a Budapest. Así podrá sacar a pasear a Cassandra —declaró con serenidad—. No habla ni una palabra de nada que no sea inglés y siempre se pierde las cosas que debe ver si no lleva a su lado a una persona de confianza.

—Estoy convencido de que el señor Tilos sería un guía excelente —comentó el rector con recelo, aunque no es que se le pudiera describir como una persona de confianza, pensó.

Adam regresó paseando lentamente a La gruta. Así que Tilos también había ido a Budapest. Debía de haber cogido el mismo tren que Cassandra, aunque era curioso que no lo hubieran visto. Ella tampoco lo había mencionado en la postal que Adam había recibido esa misma mañana. Le contaba que había tenido un viaje agradable, sin ningún contratiempo. Y se había despedido con un: «Cuídate, querido. Con todo mi cariño, Cassandra».

Ella había pasado un buen rato redactando aquella sencilla postal. Había viajado en compañía del señor Tilos desde Milton Amble hasta Paddington, y él se había comportado todo el tiempo exactamente igual que una amable tía solterona, salvo que él era mucho más eficiente a la hora de ocuparse de los taxis y el equipaje. La había acompañado hasta el hotel donde ella se alojaría,

y después se había marchado. Se encontrarían a la mañana siguiente, cuando él viniera en taxi para llevarla a la estación Victoria. Cuando se dispuso a escribirle a Adam, Cassandra se vio en la difícil tesitura de no saber qué contarle sobre el señor Tilos, o incluso si debía mencionarlo o no. Sentía que aquello exigía una explicación, pero al mismo tiempo no había espacio en una postal para contárselo a Adam con el suficiente lujo de detalles como para convencerlo de que seguía siendo su fiel y amante esposa. Al final, en vista del poco tiempo y los pocos ánimos que tenía para redactar una carta, no hizo ninguna alusión al señor Tilos. Después de todo, era improbable que alguien supiese que también él iba de camino a Budapest, pensó esperanzada, y no quería iniciar ningún rumor que pudiera ser malinterpretado.

Mientras Adam paseaba por Up Callow, se fijó en que había gente que se comportaba con él de manera extraña, incluso comprensiva, de forma que, sumando la postal a todo aquello, empezó a preguntarse si al fin y al cabo Cassandra no lo habría abandonado en realidad y él era la única persona que no se había enterado. Pero su esposa era una mujer sensata y formal. Si hubiese pretendido fugarse con el señor Tilos, sin duda se lo habría contado, o al menos lo habría informado mediante una postal o habría dejado una carta antes de marcharse. Sin embargo, no había dejado ninguna carta en el tocador, ni sobre la almohada, ni en ningún lugar en el que se esperaba que una esposa a la fuga depositara tal escrito.

Adam lanzó una mirada de desagrado a los papeles desperdigados sobre su escritorio. Estaba todo hecho un lío. La novela sobre el jardinero y el comienzo de la historia de amor húngara de algún modo se habían entremezclado, y el poema épico no aparecía por ningún lado. Cogió la pluma y anotó una frase buena que se le acababa de ocurrir, pero aparte de eso no estaba nada inspirado. Se fumó un cigarrillo y luego fue a buscar algo para comer.

En el comedor, Lily estaba poniendo la mesa.

—La cena estará lista dentro de un cuarto de hora, señor. O podría ofrecerle un tentempié ahora, aunque no haría más que estropearle la cena.

—Sí, supongo —respondió Adam dócilmente, y se marchó a darle vueltas al crucigrama hasta que Lily lo llamó.

Durante la cena se sentó con los codos en la mesa y las gafas puestas, y clavó la mirada en el plato. Se comió todo lo que le pusieron por delante, con

tesón pero también con melancolía.

Después de cenar se sintió aburrido y deprimido, sin nadie con quien conversar. Abrió un libro, pero no le interesaba. Al final decidió salir y visitar a alguien. Tal vez hubiese otras personas igual de deprimidas. Puede que entre todos se animasen, pensó esperanzado.

Adam no tenía ningún amigo realmente cercano en Up Callow, ni de hecho en ningún otro lugar. Tenía su escritura, su fama local y una encantadora y amante esposa. Le bastaba la admiración de la gente para sentirse satisfecho. Pero esa tarde se descubrió deseando tener algún amigo íntimo a quien poder acudir para confiarle sus problemas.

Caminó hasta llegar a la iglesia. A media luz tenía un aspecto muy pintoresco, rodeada de tejos y lápidas. Adam contempló la escena unos instantes y empezó a sentir el hechizo de la melancolía filosófica. Saltó el muro bajo y entró. Tal vez allí encontrase consuelo e inspiración. Se diría que los poetas del siglo XVIII encontraban ambas cosas en los cementerios de las iglesias, reflexionó. Cuánto debió de disfrutar Blair escribiendo su poema «La tumba». «Entre calaveras y ataúdes, epitafios y gusanos», pensó Adam, decidiendo que en el futuro pasaría allí más tiempo. Puede que incluso compusiera un poema épico, sobre el Juicio Final. No recordaba que se hubiesen escrito muchos en los últimos tiempos, y era el tipo de tema, supuso erróneamente, que en Up Callow apreciarían de verdad.

—Vaya, el señor Marsh-Gibbon. ¡Solito en el cementerio!

Se dio la vuelta y de pie a su lado vio la figura borrosa de Angela Gay. Su agradable estado de ánimo, propio de un cementerio del siglo XVIII, se esfumó.

—¿Y qué hace usted aquí? —le preguntó él de forma bastante grosera.

—Ah, qué más da que esté aquí o en cualquier otro lugar. Ya no me queda nada. —Esbozó su sonrisa de «Paciencia hecha estatua», pero estaba oscuro y él no la vio.

Adam se limitó a pensar que lo que decía sonaba extraño. Se percató de que tenía bastante frío.

—Veo que hay luz en su sala de estar —dijo él—. Creo que me apetecería tomar una taza de té.

La señorita Gay lo miraba con algo que casi podría haber sido compasión, pero él tampoco reparó en ello. Aceleró el paso y se alegró al entrar en la

iluminada sala de estar de Alameda. Allí apareció ante sus ojos una feliz escena doméstica. El señor Gay y la señora Gower, o Philip y Laura, como ahora eran el uno para el otro, estaban sentados juntos en el sofá; el señor Gay sujetaba entre las manos una madeja de lana que la señora Gower estaba ovillando. Era una imagen idéntica a las felices veladas que él solía pasar con Cassandra, pensó Adam, nostálgico, pasando por alto el hecho de que él jamás le había sujetado la lana para que ella hiciese ovillos. Cassandra sabía muy bien que era mejor no esperar de él algo así.

—Vamos a tomar el té —dijo el señor Gay—. Confío en que usted también. ¿O preferiría un whisky?

—Estoy segura de que prefiere un té —intervino la señorita Gay con bastante desdén, resentida porque Adam no hubiese recurrido a ella como compañera en la desgracia.

—Sí, gracias, con mucho gusto —dijo Adam.

Pero mientras entablaba conversación con desgana, pensó que a él no se le había perdido nada allí. Los viejos amantes estarían más felices a solas y a él no le apetecía lo más mínimo que la señorita Gay lo consolara. Al día siguiente se iría a Oxford. Dentro de lo que cabe, allí sería feliz, como escritor y como erudito, trabajando en la Bodleiana.

CAPÍTULO 20

«La elección desconcierta. ¿Por qué habríamos de elegir?»

En cuanto estuvieron cómodamente instalados en el tren en Ostende, el señor Tilos dejó de comportarse como una tía solterona. Cassandra se había estado preguntando cuándo ocurriría eso, con la esperanza de que él no abandonase esta cómoda actitud hasta que estuvieran en suelo húngaro, o incluso en la misma Budapest, donde podría escapar con más facilidad.

Durante la travesía entre Dover y Ostende, ella había intentado descubrir, con la máxima discreción posible, si alguien en Up Callow sabía que el señor Tilos viajaba en este tren y se dirigía al mismo lugar que ella.

—Uy, no —dijo él—, sólo la anciana que vive al otro lado de la calle, la señora Gower. Le dije que iba a Budapest, y a su amigo el señor Gay, que estaba con ella en el jardín.

Cassandra dudaba de que la señora Gower y el señor Gay fueran capaces de mantener en secreto aquella jugosa noticia, y dado que la señora Gower sabía que ella iba a Budapest, de ningún modo se la podía culpar por sumar dos y dos y que el resultado fuera totalmente equivocado.

De forma espontánea, mantuvo una conversación agradable sobre temas generales, mirando por la ventanilla del tren y comentando lo llano que era el paisaje belga, lo benigno del clima y la probabilidad de que hiciera calor en Budapest, pero a la vez que hablaba se preguntaba cómo podría escapar de allí sin montar una escena que los convirtiese en el foco de atención. Deseó con todas sus fuerzas que hubiese alguien más en su compartimento, sobre todo en el momento en que el señor Tilos le agarró la mano y gritó:

—¿Por qué no me mira? ¿Acaso no siente nada por mí? Entonces ¿por qué

va a Budapest?

—Por supuesto que no —respondió Cassandra con rotundidad—, y voy a Budapest de vacaciones. No tenía ni idea de que usted también iba allí.

Mostrarse así de directa, decidió ella, era la mejor forma de enfrentarse a la situación. El señor Tilos se quedó callado y, después de soltarle la mano, se acurrucó en su rincón y se puso a mirar por la ventanilla. Cassandra lo miró de soslayo y estimó probable que el enfurruñamiento le durase un buen rato, así que se le ocurrió que era una buena oportunidad para escapar al pasillo y buscar otros compañeros de viaje con los que se sintiera más a gusto.

Daba la impresión de que todos los vagones de tercera clase estaban llenos. Muchos de los ocupantes estaban comiendo, jugaban a las cartas e incluso cantaban. Viajaba en el tren un grupo de estudiantes, y Cassandra se topó con corros de ellos en los pasillos, fumando y hablando con tonos de voz fuertes y agitados. Todos parecían amables y simpáticos, pero ella iba en busca de otro grupo que recordaba haber visto en el barco en Ostende, una serie de personas de mediana edad y aspecto respetable, entre ellos un clérigo alto que podría ser su líder. Empezaba a pensar que quizá se habían quedado en Ostende cuando oyó una voz que llamaba a alguien. Era una voz aflautada y refinada, la de una solterona inglesa de una edad indeterminada, dedujo Cassandra, justo el tipo de voz que deseaba oír. Un sonido que fue música para sus oídos después del acento extranjero, suave aunque siniestro, del señor Tilos.

—¡Canónigo Morgue! ¡Canónigo Morgue! —gritaba la voz.

Cassandra, que estaba de pie mirando por la ventanilla, se volvió a su derecha y vio a una mujer de pelo canoso que corría por el pasillo. Era pequeña y de aspecto resuelto, y usaba quevedos. En la mano llevaba un lápiz y un papel que bien podría ser una lista. Del vagón contiguo al que ocupaba Cassandra en ese momento apareció la figura de un clérigo alto. Debía de ser el canónigo Morgue, pensó ella. A pesar de lo deprimente de su apellido, su rostro era amable y no dejaba de sonreír. Ella lo reconoció como el hombre que había visto en el barco.

—Ah, canónigo Morgue, aquí tiene la lista —dijo la mujer. Se quedaron hablando en el pasillo, por lo que Cassandra pudo oír toda la conversación.

—Gracias, señorita Edge —respondió el clérigo—. Todos los que están en la lista cenarán cuando lleguemos a Bruselas, ¿estoy en lo cierto?

—Sí. La señorita Lomax y la señorita Fye van a cenar con unos amigos. Y la señora Dewbury no se alojará con nosotros en la pensión Flora esta noche. Tiene un sobrino en la embajada y se quedará con él y su esposa. —Esta información fue anunciada con un tono ligeramente soberbio, y al mismo tiempo un poco ofendido. Era como si la señorita Edge hubiese oído hablar demasiado del sobrino de la embajada y hubiese esperado recibir una invitación para conocerlo que nunca llegó.

A Cassandra se le alegró el corazón ante aquellas personas. Creyó que entre ellos se sentiría como en casa. Tenía la esperanza de gustarles. No creía que pudieran no verla con buenos ojos, pues aunque iba vestida más elegante que en Up Callow, con un traje azul y pieles de zorro plateadas, su maquillaje era bastante discreto y llevaba las uñas pintadas con un esmalte de color natural.

Pasó cerca de ellos, esperando que la señorita Edge le dirigiera la palabra cuando diese por zanjado el asunto con el canónigo Morgue. No la defraudó. Al cabo de unos minutos oyó la voz aflautada que decía:

—Disculpe, ¿pero viene usted con nosotros?

Qué reconfortante sonaba ese *nosotros*, pensó Cassandra. Se dio la vuelta y sonrió.

—No —respondió—, pero me encantaría. Viajo totalmente sola —mintió—, y estoy deseando encontrar a alguien con quien hablar.

—Ah, pues únase a nosotros —sentenció la señorita Edge con entusiasmo—. Somos un grupo bastante animado.

—Es usted muy amable. —Cassandra sonrió.

—El señor con el que hablaba ahora mismo es el canónigo Morgue. Es nuestro líder. Su esposa también viene con nosotros, pero los viajes no son lo suyo, usted ya me entiende, así que yo me encargo de todo el trabajo administrativo del viaje, aunque en realidad a mí me encanta. En nuestro pueblo dirijo la Asociación Santa Mónica.

Siguió charlando hasta que a Cassandra le dio la impresión de que ya lo sabía todo y más sobre el grupo y sus componentes. Eran diecisiete, tres clérigos y sus esposas, tres viudas y ocho solteras, todos vecinos de una localidad con catedral en el West Country. Durante quince días iban a recorrer el sur de Alemania y el Tirol austriaco.

Cassandra dijo que había dejado su equipaje en un vagón más adelante,

pero que iría a buscarlo y luego se uniría a la señorita Edge y sus acompañantes en su compartimento.

—Seguro que el canónigo Morgue estará encantado de acompañarla y ayudarla a traerlo —declaró la señorita Edge.

Al recordar su rostro amable, a Cassandra no le cupo duda de que lo haría, pero entonces vería al señor Tilos y todo el plan se iría al traste.

—No, por favor, no lo moleste —se apresuró a decir—. Sólo tengo un neceser... Envié el resto de mi equipaje con antelación. —Se asombró de lo experta en mentir que se estaba volviendo.

Se encontró al señor Tilos sentado tal y como lo había dejado, todavía enfurruñado en su rincón. Mostró cierto interés al verla entrar y levantó la vista esperanzado.

—¿Qué va a hacer con su neceser? —le preguntó con inquietud.

—Contiene todas mis cosas de maquillaje —respondió Cassandra—. Voy a lavarme un poco y a adecentarme.

Se escapó del vagón, esperando que él no fuese en su busca. Había tenido que abandonar su maleta grande y confiaba en que él se la cuidara. Estaba etiquetada con el nombre del hotel de Budapest, así que también confiaba en que él se encargara de que llegase sana y salva. Ella ya llegaría a su debido tiempo.

Salió apresurada por el pasillo y se tranquilizó al ver a la señorita Edge de pie junto a la puerta del compartimento, obviamente esperándola.

—¡Qué bien! —dijo—. Aquí vamos cuatro, hay sitio de sobra para una más. —Y le presentó a la señora Dewbury y a las señoritas Lomax y Fye.

La primera de ellas estaba sentada junto a la ventanilla, y observaba a Cassandra con una mirada desafiante, como si imaginara que tendría que cederle su asiento y no estuviese dispuesta a hacerlo. Era una mujer rechoncha de unos sesenta y cinco años. Lucía un surtido de cadenas de oro alrededor del cuello, y de una colgaba un par de gafas. Llevaba los dedos cargados de anillos anticuados, con diamantes y turquesas incrustados.

Las señoritas Lomax y Fye eran mucho más jóvenes. Cassandra habría dicho que tenían treinta y muchos. Se parecían muchísimo, eran de aspecto bastante anodino y ajado, con el pelo castaño y ralo, y llevaban sendos trajes de tweed marrón, cómodos y prácticos. Ambas levantaron la vista hacia Cassandra con sonrisas breves y cordiales, y le hicieron sitio en su lado del

compartimento.

—Espero de verdad no molestar —se disculpó Cassandra.

—En absoluto —respondieron a la vez las señoritas Lomax y Fye—. Nos alegramos de tenerla entre nosotras.

Al cabo de un rato, se daría cuenta de que casi siempre formulaban sus comentarios al unísono. Se sentó y echó una ojeada a la señora Dewbury, que por ahora no había dado muestra alguna de querer darle la bienvenida.

—Supongo que debería presentarme —dijo con timidez—. Soy la señora Gibbon. —Había decidido omitir el Marsh, no fuese que alguien le preguntara si estaba emparentada con el autor del mismo apellido, aunque no estaba nada segura de que la fama de Adam hubiese llegado a los habitantes de una remota localidad con catedral del West Country. Aun así, era mejor curarse en salud, y Gibbon era un buen apellido sin más, y que, por otro lado, era cierto.

—¿Adónde se dirige usted? —quiso saber la señorita Edge.

—A Budapest —respondió Cassandra, tratando de parecer una viajera experimentada.

—¿Sola? —preguntaron las señoritas Lomax y Fye con empatía y al unísono.

—Bueno —vaciló Cassandra, y enseguida se dio cuenta de que tendría que decir algo—, allí me encontraré con mi marido. —Cuánto deseaba que aquello fuera cierto.

—¿Sigue usted el viaje directamente, o pasará la noche en Bruselas? —preguntó la señorita Edge.

—Me gustaría pasar la noche en Bruselas —contestó Cassandra, pensando en su huida del señor Tilos—. Pero —añadió, intentando dar lástima— no sé muy bien dónde...

—No me gusta la idea de que esté sola deambulando por Bruselas —intervino la señorita Edge con el ceño fruncido de preocupación—. Se oye cada cosa... Y ahora que lo pienso...

Cassandra se acomodó y escuchó con satisfacción. Obviamente la señorita Edge era el tipo de persona acostumbrada a organizarlo todo y, además, le encantaba hacerlo. Pues, aunque podía haber ido perfectamente a un hotel, se sentiría mucho más a salvo del señor Tilos si pasaba la noche en la pensión Flora.

—Claro que —la informó con timidez la señorita Edge— tendría que compartir la habitación con una de nosotras. ¿Le importaría?

Cassandra sintió que preferiría compartir habitación con las ocho solteras y las tres viudas juntas que estar en la misma ciudad a solas con el señor Tilos. Así que le dio las gracias a la señorita Edge, les sonrió a todas y preguntó cómo haría para pagar.

—Ah, ya lo veremos luego, querida —respondió la señorita Edge—. Eso lo podemos solucionar en el tren a Fráncfort.

Era muy reconfortante que la llamasen *querida* y saber que estaría a salvo hasta que llegaran a un lugar tan remoto como Fráncfort. Se recostó contra la madera dura y limpia del compartimento y pensó en el señor Tilos, enfurruñado en su mullido lujo de segunda clase.

Conforme el tren efectuaba su entrada en Bruselas, el canónigo Morgue recorrió el pasillo avisándolos a todos para que se prepararan y recogieran el equipaje. La señorita Edge le presentó a Cassandra y él le sonrió amablemente, lo que la hizo sentirse como un lobo con piel de cordero, una experiencia bastante nueva para ella.

Al bajar del tren, mientras el grupo iba de acá para allá alborotando con el equipaje, Cassandra avanzó por el andén hasta el lugar donde estaba el señor Tilos, junto al equipaje de ambos.

—Pasaré la noche en Bruselas —anunció ella con tono afable—. Con unos amigos —añadió, señalando a los tres clérigos, sus esposas, las tres viudas y las ocho solteras—. ¿Cree que podría ocuparse, si no es mucha molestia, de mi equipaje? Sólo necesitaré mi neceser. —Y le dio el nombre del hotel de Budapest.

Por un instante pareció que él iba a protestar, y ella contuvo la respiración. Pero entonces hizo una fría reverencia y dijo algo en húngaro que, por suerte, probablemente, ella no pudo entender. Él estaba enfadado y molesto, «pero está claro —pensó Cassandra con resentimiento— que yo nunca lo alenté de ninguna forma, así que todo es culpa suya».

Sintió una mezcla de remordimiento y fastidio y se alegró de que la interrumpiera el canónigo Morgue, que alzaba la voz para reclamar la atención del grupo.

—A ver, acérquense todos. El equipaje va directamente a la pensión Flora, así que ¿podrían por favor dejarlo por aquí amontonado? Luego nos

dirigiremos todos al restaurante donde vamos a cenar.

El grupo se marchó del andén y Cassandra los alcanzó a toda prisa. Mientras se iba volvió la cabeza y vio que el señor Tilos seguía allí de pie en medio del equipaje, con aire muy desamparado.

—A ver, ¿estamos todos listos? —le llegó la voz del canónigo Morgue, y salieron en fila de la estación.

Cassandra caminaba contenta entre la señorita Edge y una mujer alta y delgada, la señorita Crump.

En el restaurante, cuando estaban distribuyéndose por las mesas, un clérigo se sentó dejándose caer pesadamente junto a Cassandra.

—Creo que éste es el mejor lugar —declaró bastante angustiado, mirando a su alrededor para ver lo lejos que estaba de la puerta—. Desde mi reciente enfermedad, las consecuencias serían funestas si me siento donde hay corriente. Funestas —repitió, para que ella reparase en la gravedad del asunto. En cierto modo, aquello le recordó a Adam y, por un instante, se sintió bastante melancólica, hasta que el canónigo Morgue se dirigió al clérigo jovialmente.

—Vaya, Langbaine, ¡eso sí que no podemos permitirlo! Y ahora, a ver, díganme todos, ¿qué quieren beber?

—Agua —respondió categóricamente una de las solteronas.

—Ah, aquí no se puede tomar agua normal —intervino la señorita Edge—. Me parece que no es apta para el consumo, pero creo que se puede pedir un agua mineral muy buena, sin alcohol, por supuesto.

—Yo, personalmente, pienso que es buena idea pedir vino. Nos reanimaría después del largo viaje —expuso el canónigo Morgue, confiriéndole bastante respetabilidad a la propuesta.

—Bueno, tal vez sea buena idea, sí —se aventuró a añadir otra de las solteronas—. No es que lo tomemos muy a menudo.

Cassandra sonrió. Mientras se resolvía la cuestión de la bebida, pudo observar a su vecino de mesa.

El reverendo William Langbaine era un hombre alto de unos cuarenta y cinco años. Era moreno y se estaba quedando un poco calvo. Tenía el rostro delgado y pálido y lucía gafas con montura de carey. Cassandra se fijó en que bajo la chaqueta llevaba un grueso jersey gris tejido a mano. Se preguntó si se lo habría tejido alguna devota parroquiana, pero llegó a la conclusión de que

no parecía el tipo de clérigo que inspirara semejante devoción y de que probablemente se lo habría hecho su esposa.

—Yo beberé agua mineral —dijo ella—. Creo que me quitará más la sed que el vino.

—Tengo entendido que es deliciosa —comentó la señorita Edge—. La señora Dewbury me dijo que siempre la sirven en la embajada. ¿No está bien su esposa, señor Langbaine? —se interesó, poniéndose los quevedos y dedicándole una mirada incisiva.

—No, Ethel es muy mala viajera —respondió con gesto despreocupado—, así que se ha ido derecha a la pensión. La señora Morgue la ha acompañado, creo. Estará en la cama tomando un poco de Bovril. No hay nada mejor para las náuseas —añadió con autoridad.

Después de la cena, todos se dirigieron en tropel a la pensión Flora. Algunos de los espíritus más audaces habían ido a visitar los lugares de interés en la oscuridad, pero Cassandra se sentía cansada después de aquel día pleno y emocionante. Descubrió que compartiría habitación con la señorita Edge. La propietaria de la pensión, una mujer adusta de pelo moreno, las acompañó hasta una habitación empapelada de damasco carmesí apagado, con pesadas cortinas de terciopelo rojo y muebles enormes. Con un movimiento de la mano les indicó cuáles eran sus comodidades y servicios, y cerró la puerta al salir.

Cassandra sintió alivio al ver que había dos camas, muy altas, con cabeceros recargados de madera tallada, y cubiertas con unos extraños edredones de plumas bien ahuecados.

Si los escandalizados habitantes de Up Callow pudieran verla ahora, pensó, mientras la señorita Edge hacía los comentarios de rigor sobre el espacio del ropero, cuánto se sorprenderían; puede que incluso se sintieran un poco decepcionados, porque, en vez de estar con el señor Tilos, estaba compartiendo habitación con la secretaria de la Asociación Santa Mónica.

CAPÍTULO 21

«Los libros son sólo un aburrimiento ceremonioso, amigos tediosos.»

En su pensión de Oxford, Adam acabó el desayuno rápidamente y se apresuró a salir a trabajar. No estaba nada seguro de cuál sería ese trabajo, pero pensó que antes que nada pasaría por Balliol a saludar a su antiguo tutor.

En la portería, el bedel se acordó de él. A Adam le agradó aquello, y lo animó un poco. Sin embargo, la alegría no duró mucho, pues cuando preguntó por su tutor, se enteró de que había muerto hacía un mes.

—Pero si no era un hombre anciano —dijo Adam, medio para sus adentros.

—Bueno, no, señor, pero tampoco era joven. Tenía cincuenta y tantos.

—Dentro de poco yo cumpliré cuarenta —declaró Adam con desánimo, y se dio la vuelta, salió de la portería y continuó por Broad Street hasta la Bodleiana, con la moral por los suelos.

Era ridículo sumirse en el abatimiento por la muerte de su tutor, un hombre en el que rara vez pensaba, pero aquello, unido a la ausencia de Cassandra, le provocó tal estado de melancolía que, antes de subir la escalinata de la Bodleiana, ya casi se había resignado a no volver a verla nunca más.

Entró en la galería de pinturas y luego accedió a la sala de lectura de literatura inglesa. Dispuso sus cosas sobre un escritorio y empezó a dar vueltas sin rumbo, a examinar los libros en las estanterías abiertas. Al final se decantó por la edición de Sélincourt de *El prelude*, acordándose de la poca paciencia que tenía Cassandra con Wordsworth. Después de intentar leer durante unos minutos, Adam comenzó también a impacientarse.

Cerró el libro de golpe y miró a los lectores a su alrededor. Uno estaba muy ocupado escribiendo un ensayo, otro se hallaba absorto en la *Antología de inglés medio* de Emerson. Vio que anotaba todas las palabras que no conocía en un cuaderno.

Fuera, los relojes comenzaron a dar las once. De inmediato, la sala de lectura se llenó de movimiento. Daba la impresión de que todo el mundo tenía clase a las once. Entonces recordó de repente que no se trataba en absoluto de eso: era la hora del café. Aquello lo deprimió aún más. Ver a todos los jóvenes que se dirigían a Elliston para tomar café, comer galletas de chocolate y criticar a diestro y siniestro lo hacía sentirse viejo. Se fijó en cómo ponían cartelitos que decían POR FAVOR, NO TOCAR sobre sus montones de libros y luego salían todos juntos. Dedujo que le sobraban al menos diez años para estar en aquel lugar. Se levantó a toda prisa y salió. En el salón del señor Gay le había pasado exactamente lo mismo, pero allí había sido al revés, con gente mayor. Tampoco aquí se le había perdido nada.

Después de comer, Adam acabó paseando por los Jardines Botánicos. Era un sitio muy agradable y empezó a sentirse algo más positivo. Había salido el sol, la rocalla y los parterres resplandecían de flores y había orquídeas en los invernaderos tropicales. ¡Cuánto le habría gustado aquello a Cassandra!

Se sintió muchísimo mejor después del té, así que decidió darle una segunda oportunidad a la Bodleiana. Iría a trabajar a la sala Duke Humphrey. Allí, envuelto en la historia, encontraría paz y consuelo. Al subir las escaleras, se topó con una multitud de subalternos que bajaban con estrépito a tomar el té. La biblioteca estaba en calma y desierta. Caminó hasta Selden End, asomándose a los pequeños recovecos al pasar. Finalmente escogió un asiento junto a un señor mayor que le daba la espalda. Parecía un clérigo y vestía un traje que se había tornado verdoso con el tiempo. Tenía la coronilla calva y rodeada de canas verdosas. No prestó ninguna atención a Adam y siguió a lo suyo, estaba leyendo un gran volumen encuadernado en piel de becerro.

Adam se puso a escribir versos sueltos de su poema épico y luego deambuló de acá para allá mirando algunos libros y leyendo el *Diccionario de biografía nacional* para ver si detectaba algún error. Después subió a consultar el catálogo para buscar varios libros que tal vez quisiera leer. También buscó sus propias novelas y poemas y, por algún motivo, las apuntó. A continuación, se apoyó sobre un radiador y examinó varios volúmenes del

Anuario universitario. Por último, regresó a su asiento y comenzó una carta para Cassandra, pero le resultaba difícil escribir, ya que en realidad no sabía qué contar. Se alegró al oír el tintineo de la campana, pues eso significaba que todos los lectores debían marcharse de la biblioteca, que cerraba a las siete.

Adam se puso de pie y recogió sus cosas. La tarde de trabajo le había resultado bastante provechosa, pensó, y decidió que visitaría de nuevo la biblioteca por la mañana. El clérigo a su lado se dio la vuelta y sin más preámbulos le dirigió la palabra.

—Me pregunto, ya que está usted trabajando aquí, si se ha parado alguna vez a pensar en todos los que han muerto en la Biblioteca de Bodley o como consecuencia de haber trabajado en ella.

Adam se vio obligado a reconocer que no lo había hecho.

—Pues debería, ¿sabe? Es bastante instructivo.

—Seguramente más le valdría a uno concentrarse en su trabajo —replicó Adam con severidad.

—En eso consiste el mío —declaró con sencillez el clérigo—. Estoy preparando una tesina sobre ese tema para la licenciatura en Filosofía y Letras.

Adam no dijo nada, pero lo miró con cierta sorpresa.

—Desde que murió mi esposa —explicó el clérigo—, he pensado mucho en la muerte. ¿Y su esposa? —Miró de repente a Adam—. ¿Tiene usted esposa?

—No está aquí conmigo —respondió Adam, hipnotizado por el anciano.

—No, no está aquí con usted, pero —y alzó la voz— tiene que creer que la verá de nuevo, que ella estará esperándolo, tal vez en esa otra vida.

—Está en Budapest —explicó Adam con tono cortante.

—Ah, bueno, eso es algo totalmente distinto, ¿no cree? —respondió, sorprendido, el clérigo.

—¿Lo es? No estoy seguro —dijo Adam, de repente asustado.

Cruzaron hasta Market Street. ¿Por qué había permitido que este anciano deprimente lo atosigara?, se preguntó Adam. ¿Y si tenía razón? ¿Y si Cassandra lo estaba esperando, no en Budapest, sino en el cielo? Toda la amargura del día sin ella se desplomó de golpe sobre él, como una losa. El clérigo siguió con su cantinela.

—Podemos irnos en el momento menos pensado. ¿Lee usted a Anthony à Wood? He pensado muchas veces que podríamos haber sido amigos. Justo esta tarde me topé con un pasaje que suelo recordar mientras como. «A principios de este mes me dijeron que Harry Marten murió el verano pasado, de repente, con la boca llena de carne, en Chepstow, Monmouthshire.» Bueno, pues ya hemos llegado. Cenaré en Lyons. Dan una comida deliciosa por un chelín: huevo frito, salchicha, patatas fritas y judías en salsa de tomate, además de pan y una taza de té. ¡Insuperable! ¿Adónde va usted?

—A Budapest —respondió Adam, y despidiéndose apresuradamente del clérigo, desapareció por Cornmarket.

CAPÍTULO 22

«Digan, digan vuestras mercedes, pacatos de la virtud, los que más, ¿qué habrían hecho ustedes?»

Cuando el grupo se distribuyó por el tren a la mañana siguiente, Cassandra fue a parar al mismo compartimento que el canónigo y la señora Morgue, el reverendo y la señora Langbaine, y la señorita Edge. El que ella ocupase su lugar entre los miembros más importantes de la expedición se había producido con absoluta naturalidad. Era una prueba de que aquél era su sitio. Una vez más volvía a ser una mujer casada y respetable, y el grupo la había aceptado como una más sin dudarlo. Iba a encontrarse en Budapest con su marido, que escribía libros, pero era probable que nunca hubiesen oído hablar de ellos, pues él no era exactamente lo que podía decirse famoso. Cassandra, ahora conocida como la señora Gibbon, vivía en Shropshire.

—Supongo que nunca han estado en el condado —añadió esperanzada, y dio las gracias al cielo al comprobar las sonrisas embarazosas que se dibujaban en los rostros de sus acompañantes al admitir que estar, lo que se dice estar, no, no habían estado nunca.

—Es que nos queda lejísimos —alegó el canónigo Morgue—. Ésa es nuestra única excusa para no haber visitado nunca su condado.

Cassandra dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. En cierto modo se había imaginado que el canónigo conocería al rector de Up Callow o a algún otro clérigo de Shropshire. Echó un vistazo por el compartimento con una sonrisa de felicidad. Esa mañana no había tardado en trabar amistad con la señora Langbaine, y se había mostrado muy comprensiva con su indisposición la noche anterior, también había lamentado que se perdiera la animada cena y

se hubiese retirado a su habitación con nada más que una taza de Bovril como sustento.

La señora Langbaine era una mujer pequeña y dicharachera. Se estaba burlando de su marido por «haberse quedado prendado de la señora Gibbon».

—Menos mal que Willie tiene una legítima esposa —declaró con tranquilidad. Era obvio que cosas como el señor Tilos o su equivalente femenina eran algo completamente desconocido para ella y los círculos en los que se movía.

«Por lo tanto —pensó Cassandra—, imagino que me puedo sentir a salvo porque Adam tiene una esposa y Cassandra tiene un marido.» Le supuso un consuelo caer en la cuenta de que, al fin y al cabo, el matrimonio podía considerarse como algo que realmente unía a las personas, por lo que, aunque Adam estuviera trabajando en la Bodleiana y Cassandra se encontrara en un tren en algún punto entre Bélgica y la frontera alemana, seguían perteneciendo el uno al otro. ¡Oh, bendito matrimonio!, pensó Cassandra. Los poetas deberían escribir sobre él más a menudo. Aquí estaba ella, recorriendo este pesado trayecto hasta Budapest para convencer a Adam de que las cosas tenían que cambiar, y ahora descubría que lo que más deseaba era que todo siguiera igual que antes, reposando en la estabilidad de lo verdadero.

¿Qué iba a hacer ella en Budapest cuando llegase? Ahora que le había dado esquinazo al señor Tilos, se estaba fugando sola, por así decirlo. ¿Cómo se las arreglaría en la ciudad del amor? Seguro que encontraría una buena guía turística, pero cuántos problemas se habría ahorrado si no hubiera ido.

El tren se aproximaba a Fráncfort y tenía que despedirse de sus amigos y continuar por su cuenta, pero le reconfortaba saber que el señor Tilos ya no merodeaba por allí.

—Adiós a todos —se despidió— y muchísimas gracias por ser tan amables conmigo. He disfrutado muchísimo viajando con ustedes —declaró con total sinceridad.

La señorita Edge le estrechó las manos.

—Adiós, querida. Y recuerde, si pasa cerca de Santa Mónica, por favor, venga a vernos. Y espero que disfrute mucho en Budapest.

El tren comenzó a salir de la estación mientras oía la voz del canónigo Morgue, que decía:

—Ahora iremos todos en autobús al hotel Schweizerhof...

CAPÍTULO 23

«Juntos se hundan en un sueño social;
juntos y libres, sus delicadas almas vuelan
a lugares donde el amor y la gloria inmortales reinan.»

Cassandra se llevó una pequeña desilusión al no encontrar ninguna carta de Adam esperándola en el hotel, aunque suspiró aliviada al comprobar que su equipaje había llegado sano y salvo, gracias al pobre señor Tilos. Cuánto tiempo tendría que esperar a que llegase Adam, se preguntó, pues se había convencido por completo de que él la seguiría hasta allí. No quería quedarse todo el día sentada en el hotel, aunque estaba segura de que acabaría trabando amistad con alguien si lo hiciera. Había varias señoras mayores inglesas y una pareja de la misma nacionalidad, con dos hijas de aspecto poco agraciado, en quienes había puesto su mira en caso de futura necesidad. Todos los demás parecían extranjeros. Había al menos cinco o seis que eran idénticos al señor Tilos y una serie de jóvenes rubios y quemados por el sol que podrían haber sido alemanes o austriacos.

Cassandra apenas se sorprendió, su primera mañana en Budapest, al verse subida en un autocar que salía de excursión por la ciudad. Normalmente prefería ir de tiendas antes que visitar lugares de interés, pero, al fin y al cabo, pensó, se había equivocado al venir a Budapest, así que por lo menos podía compensarlo haciendo lo que a todas luces era lo más apropiado durante su primer día en la ciudad. Además, a Adam le habría complacido la idea, y a ella le gustaba pensar que estaba complaciendo a su marido, aunque él no estuviese allí para verlo. Era deprimente saber que probablemente podías complacer mucho más a tu marido cuando no estaba contigo que cuando sí lo estaba.

Disfrutó del recorrido mucho más de lo que habría imaginado. Hacía mucho calor, pero no era desagradable. El sol sólo parecía embellecer aún más aquella radiante ciudad. A Cassandra se le antojó que nunca había visto gente más feliz ni más apuesta caminando por las calles. Estaba convencida de que eran más felices y más apuestos que los pueblerinos de Cumberland, que vivían en contacto con las formas bellas y permanentes de la naturaleza, y deseó que Adam estuviera a su lado para poder mantener una buena discusión con él al respecto. También eran muy simpáticos. En el Angol-Magyar Bank, donde había ido a cambiar dinero, un sonriente húngaro en mangas de camisa le deseó unas agradables vacaciones, y le aconsejó que no dejara de visitar el Angol Park.

—¿El Angol Park? —preguntó ella, bastante desconcertada. Supuso que, dado que la palabra *Angol* aparecía en ambos nombres, el parque tendría algo que ver con el banco, aunque era difícil deducir cuál sería la conexión.

—Sí —respondió el húngaro, sonriendo—. *Angol* significa inglés. Por eso debe ir al Angol Park. Creo que le gustarán muchísimo las atracciones.

Así que era un parque de atracciones. Cassandra pensó que habría sido más apropiado que el empleado húngaro le hubiese recomendado visitar el János-Hegy o el Palacio Real o algún edificio de interés histórico, pero al replanteárselo decidió que era mucho mejor que le indicasen los lugares que le podría gustar visitar y no los que debería visitar. Se alegraba de que la hubiesen tomado por el tipo de persona a la que le encantarían las atracciones del Angol Park.

Sonrió al empleado de banca húngaro mientras doblaba los billetes de *pengos* y se los metía en el bolso. ¡Budapest era estupenda! Había un banco donde los ingleses podían cambiar su dinero y un parque de atracciones para gastarlo. Una especie de Blackpool húngaro para que los británicos se sintieran como en casa. Esperaba que Adam la llevase allí cuando llegara.



Pero ¿cuándo llegaría? Si es que llegaba. Después de un día y una noche en Budapest, Cassandra se daba cada vez más cuenta de que, en efecto, se trataba de la ciudad del amor, y de que estaba sola. Con toda seguridad, una ciudad del amor evocaba un lugar lleno de parejas bien avenidas y felices,

aunque no necesariamente casadas. El asunto principal era que debía de haber parejas, eso era obvio. Cassandra sentía que no le estaba sacando demasiado provecho, aunque, si se paraba a pensarlo, se merecía estar sola. Se preguntó qué estaría haciendo Adam ahora mismo. Tal vez siguiera trabajando en la Bodleiana, observando cómo fuera llovía a cántaros. Debía de estar aburrido, reflexionó con satisfacción.

En ese preciso instante, Adam estaba en el barco que iba de Viena a Budapest, manteniendo una conversación con una señora estadounidense de mediana edad que, por una extraordinaria casualidad, había leído todos sus libros. Era ella quien conversaba, Adam se limitaba a escuchar, feliz, con una sonrisa en el rostro, sintiendo cómo el sol abrasador le calaba hasta los huesos.

Cuando ella acabó la charla acerca de sus novelas, Adam comenzó a hablarle de Shropshire y Up Callow. Describió La gruta, con su hermoso jardín y su avenida de álamos, y el cedro que había en el césped. Entusiasmándose cada vez más con el tema, le presentó la pintoresca imagen de sí mismo reclinado en la orilla junto al arroyo, meditando sobre un poema épico. Comenzó incluso a recitar algunos versos, no suyos, porque no se le ocurría ninguno adecuado, sino del socorrido Wordsworth.

La travesía por el Danubio había sido calurosa y agradable, y Adam se felicitó por su decisión de haber optado por esta ruta. Los campos estaban verdes y llenos de árboles, y habían sido testigos de una puesta de sol extraordinariamente hermosa que tiñó el río de color rojo y dorado. En realidad, lo mejor había sido el helado con sabor a melocotones recién cogidos, pero cuando se llegaba a la edad de Adam, las cosas como el helado eran demasiado infantiles para mencionarlas entre las atracciones del viaje. De todas formas, pensó, Cassandra no habría dudado en afirmar que prefería el helado a la puesta de sol, si ése hubiese sido el caso.

Mi querida Cassandra, pensó, mientras oscurecía y las luces empezaban a titilar en la orilla y las estrellas en el cielo. ¿Cómo la encontraría? ¿Estaría Tilos con ella? Cuantas más vueltas le daba a la idea del señor Tilos, más ridícula e imposible le parecía. No, Cassandra estaría sola, se convenció, tan sola que daría pena. Puede que incluso estuviera llorando.

Al aproximarse a Budapest y ver la ciudad iluminada en todo su esplendor, Adam empezó a sentirse realmente entusiasmado. El lugar al que estaba

llegando parecía el país de las hadas. Era imposible que fuese real. Su viaje adquirió un halo de fantasía y se convirtió en una aventura espectacular. Hasta se olvidó de preguntar en qué lado del río quedaba Buda y en cuál Pest, como sin duda habría hecho de haber estado con Cassandra. El taxi lo llevó tan rápido desde el embarcadero hasta el hotel que no tuvo tiempo de pensar lo que iba a decirle.

Cassandra, sentada en un rincón del vestíbulo, estaba casi hermosa con un vestido de *chiffon* blanco, y no estaba bebiendo Tokay ni licor de melocotón, ni siquiera café ni ninguna de las demás bebidas que debería estar bebiendo en un país extranjero, sino té. Y bastante fuerte; era un té de aspecto inglés.

No levantó la mirada hasta que Adam estuvo lo bastante cerca para pronunciar su nombre. Y entonces, al verlo de pie junto a ella, con un traje azul marino de raya diplomática y un aspecto mucho más inglés del que jamás tuvo en Up Callow, se levantó como un resorte de la mesa y gritó:

—¡Adam, cariño!

Le echó los brazos al cuello y lo besó, no una sino varias veces. János fue testigo de la escena con gran deleite, el amable camarero húngaro que le había servido el té inglés a Cassandra, y había decidido que era demasiado encantadora para estar sola. Hacían una pareja perfecta, ella y el apuesto inglés, pensó. Tal vez se estuviesen fugando juntos, pues, aunque la dama inglesa llevaba una alianza de matrimonio, el hombre que acababa de llegar no tenía ninguna pinta de marido inglés, ni ella lo había recibido como solía recibir una esposa a su marido, pensó János, cuya mentalidad funcionaba más o menos del mismo modo que la del señor Tilos.

Adam y Cassandra estaban ahora sentados, con las manos entrelazadas y mirándose a los ojos para comprobar que no había ningún error.

—Vaya, cariño —dijo Adam, señalando el té—, no es exactamente así como esperaba encontrarte.

—¿Pensabas que estaría en un club nocturno? —Cassandra se echó a reír.

—No, tampoco eso. No esperaba encontrarte tomando té; sólo eso.

Aquello le pareció a Cassandra una nimiedad en comparación con el hecho de volver a estar juntos, y aun así, quizá fuese un poco decepcionante para Adam llegar y encontrársela así, tomando una taza de té antes de acostarse, igual que hacía en casa. Era obvio que esperaba algo más de ella. Lo miró a los ojos y creyó detectar un gesto de decepción. Pobre Adam, no era más que

un niño, y debía de sentirse como si no le hubiesen concedido un capricho. Ella tenía que enmendar la situación lo antes posible.

—Adam, mi amor —le dijo con delicadeza, cogiéndole la mano—. Qué tonta he sido.

—No, cariño, he sido yo el tonto —replicó Adam, con tanta rotundidad que Cassandra lo miró asombrada para asegurarse de que había oído bien.

No obstante, hablaba muy serio. E incluso lo repitió.

—Salgamos —propuso él—. Creo que me gusta este sitio, aunque está un poco recargado. Qué inteligente por tu parte haber pensado en venir aquí. Me habría aburrido en París y deprimido en Viena. Qué bien lo haces todo, cariño, igual que decidir los platos para la cena —añadió.

—Sí, supongo que sí —convino Cassandra, mientras paseaban junto al río.

Se alegraba de que el lugar que había elegido para su fuga le gustase a su marido tanto como una cena bien escogida. Supuso que le había puesto la guinda para que fuese perfecta al no haber traído a ningún amante que la estropeará.

—Adam, cariño —dijo Cassandra de repente, con un deje de preocupación en la voz—, estás en los huesos. Te noto hasta las costillas. ¿Te han estado cuidando bien en casa? ¿Has comido o cenado algo?

—Pues no estoy seguro —respondió Adam, volviendo un poco a ser el mismo de siempre—. No recuerdo haber tomado nada más que helado en el barco, pero imagino que sí cené algo.

—Ay, Adam, ¿no tienes remedio! ¿Por qué no me lo has dicho?

—No sé —contestó Adam sin más—. Supongo que estaba demasiado emocionado por la idea de verte como para pensar en cosas como la cena.

A Cassandra aquello la alegró y la conmovió muchísimo, pero no dejó que se le subiera a la cabeza; y la verdad, si se paraba a pensarlo, se sentía más cómoda ocupándose del bienestar de su marido que escuchando cómo la piropeaba. Ya llevaba cinco años encargándose de eso y no le parecía que quisiera cambiarlo. Al cabo de un rato estaban sentados en el hotel mientras Cassandra observaba a Adam dar cuenta de una buena comida.

Entretanto, Cassandra recordó lo que el señor Tilos le había dicho respecto a ir a Budapest con el marido. «No veréis ni la luna ni el río. Sólo pensaréis en lo que vais a comer. En el *goulash*...» Tal vez fuese cierto, y aun así no había nada de malo ni triste en admitirlo. Pues, a fin de cuentas, comer

cosas deliciosas con una persona deliciosa en un alegre hotel extranjero era igual de romántico que observar la luz de la luna y el río, y mucho más apropiado para un hombre y una mujer que llevaban cinco años casados. Con sólo tener a Adam sentado frente a ella, Cassandra era tan feliz que no le habría importado que él no hubiese mencionado lo contento que estaba de verla de nuevo.

CAPÍTULO 24

«Una delicada perfección por pocos conocida confundió su pecho y lo instó a retirarse.»

—¿No deberíamos volver a casa, cariño? —le preguntó Cassandra a Adam cuando ya llevaban una semana en Budapest—. Quiero decir, ¿qué andará diciendo la gente de Up Callow? Probablemente siguen pensando que me he fugado con el señor Tilos y que tú estás todavía trabajando en la Bodleiana.

—¿Puede haber algo más distinto a la Bodleiana que esto? —dijo Adam con indolencia.

Cassandra convino en que era imposible. Tras contemplar por un instante los cuerpos quemados por el sol a su alrededor, se recostó con un suspiro de satisfacción. Estaban tomando el sol en el hotel St. Gellért, observando las olas artificiales de la piscina. Hasta Adam estaba disfrutando de estos placeres sencillos. No había puesto ninguna objeción al deseo de Cassandra de visitar el Angol Park, comentando con bastante ingenuidad que, al fin y al cabo, incluso si era una especie de Blackpool, al menos era húngaro, y era improbable que se encontraran con nadie conocido.

—¿No crees que deberíamos enviarles una postal a los Wilmot? —insistió Cassandra—. Seguro que les interesaría ver una imagen de Budapest inundada de luz por la noche.

—Se llevarán una gran desilusión al descubrir que simplemente estás con tu marido en vez de con el señor Tilos, pero de acuerdo, elige una postal bonita y escribiremos algo apropiado.

—¿Tenemos que explicarlo todo? —preguntó Cassandra—. En una postal

no hay realmente espacio.

—Vamos al agua —propuso Adam.

Y de la mano bajaron los escalones y se sentaron junto a las cabezas de los leones de mármol verde que les arrojaban agua caliente sobre la espalda.

—¡Anda, mira! —exclamó Adam de repente—. Pero si es Tilos.

Antes de que Cassandra lo identificase entre la multitud de rostros risueños y extranjeros, se oyó una voz que gritaba:

—*Jó reggelt!* ¡Hola!

—Me preguntaba cuándo nos veríamos de nuevo —dijo Cassandra, percatándose de que su saludo no era el más adecuado, pero sin saber cómo arreglarlo.

Él le sostuvo la mano más tiempo de la cuenta, y luego le presentó a dos hombres que estaban con él.

—Mi hermano, Tilos Béla, y mi tío, Hunyadi Ferenc.

Tilos Béla era casi idéntico a Tilos Stefan, salvo porque parecía muchísimo más joven y menos sofisticado. Daba la impresión de que lo único que sabía decir en inglés era «*thank you*», que él pronunciaba «*senk yu*». El tío Ferenc era un hombre robusto y apuesto de cuarenta y tantos años. Hablaba bien inglés y rebosaba vida.

Al cabo de un rato estaban todos sentados en torno a una mesa en la cafetería al aire libre, bebiendo café y agua con hielo y comiendo melocotones.

Cassandra llegó a la conclusión de que el señor Tilos era muchísimo más atractivo en su tierra que en Up Callow, porque aquí su alegría encajaba a la perfección con el ambiente risueño del lugar y no resultaba en absoluto ridícula. Ella había imaginado que cuando se encontraran de nuevo, la situación sería de lo más embarazosa. Sin duda, era lo apropiado entre los partícipes de una fuga malograda, aunque uno de ellos no se hubiera fugado en absoluto.

Todo había acabado. Él la miró y pareció estar a punto de decir algo. Ella le sonrió, insegura.

—¿Vendrán los dos conmigo a visitar a mi tía en Siófok? —preguntó él de forma inesperada.

—Ay, sí —respondió Cassandra, que no cabía en sí de alivio—, claro que

sí, nos encantaría.

—¿Su tío está casado? —preguntó Adam por preguntar.

—Sí, sólo ha tenido una esposa, pero murió —contestó el señor Tilos—. Es el hermano pequeño de mi tía, la que conocerán en Siófok. Es rico porque no tiene que mantener a ninguna mujer.

Cassandra sonrió, pensando que se podría hacer algo al respecto.

—Sería estupendo que fuera a visitarlo a Up Callow —sugirió.

—¡Ajá! Ferenc, muchachote —se dirigió a él el señor Tilos, inclinándose hacia el lado opuesto de la mesa—, has hecho una conquista. Cassandra pregunta si querrías visitarme en Up Callow. —Lo pronunció como una sola palabra, *apcalou*.

—Sería un placer —accedió el tío Ferenc, haciendo una reverencia por encima de la mesa.

Adam, que había mantenido una conversación en alemán con Béla, levantó la vista, sorprendido.

—Así vería nuestros hermosos campos de Shropshire —declaró Cassandra con decisión, pues había sugerido la visita por motivos absolutamente desinteresados. Se le había ocurrido que, dadas las circunstancias tan propicias, el tío Ferenc podría servir como marido para la señorita Gay. Creyó que sería un gran triunfo regresar llevando consigo un marido para Angela, sobre todo si ese marido era un viudo húngaro y rico. Los habitantes de Up Callow harían la vista gorda sin dudarlo respecto a todo lo que imaginasen que debían pasar por alto en su comportamiento de las últimas dos semanas. Cuando regresaron al hotel le contó la idea a Adam. Él convino en que era muy buena.

—Lo único que temo es que, después de haberte visto a ti, ella no le parezca gran cosa en comparación —añadió él cariñosamente.

Iban de camino a Siófok en el coche del tío Ferenc. Adam estaba sentado junto a él en el asiento del copiloto, mientras que Cassandra iba apretujada en el asiento trasero entre los hermanos Tilos. Eran como niños, reflexionó. Béla era un bebé que todavía no había aprendido a hablar, puesto que, al no saber nada de inglés, sólo podía sonreír, asentir y pronunciar algún que otro «*senk you*» cada vez que creía que las circunstancias así lo exigían. Cassandra intentó enseñarle los nombres de las cosas, indicándoselas con el dedo y pronunciando la palabra correspondiente en inglés. Sintió que le gustaría

adoptarlo o quedárselo como mascota. Stefan mantuvo una conversación fantástica y ridícula sobre las diferencias entre el paisaje inglés y el húngaro. Daba la impresión de estar imitando a Adam, aunque Cassandra no logró deducir si lo hacía o no de forma consciente.

—Ustedes no tienen nada así en Inglaterra. —Sonrió, señalando los campos que se extendían a ambos lados de la calurosa y polvorienta carretera.

Eran muy llanos, y la hierba era de un color pajizo quemado por el sol. En los bordes crecían un sinfín de acianos celestes. Cuando efectuaron una parada en una aldea, Béla cogió un enorme manojó para Cassandra y se lo ofreció con bastante timidez, diciendo «muy bonita», que era una frase que ella acababa de enseñarle.

Cassandra se sintió como un personaje de la realeza recibiendo un ramo de manos de un niño.

—Sería muy feliz viviendo aquí, en una de estas casitas —declaró el señor Tilos—, tan sólo labrando la tierra, con una cabra o un cerdo para alimentarme. Y luego por las noches una copa de *Tokaj* y la música de los zingaros...

—Sí —convino Adam con seriedad—, qué mejor vida que ésa. Creo que disfrutaría mucho viviendo en este soleado país.

Cassandra contuvo una sonrisa ante la idea de Adam y el señor Tilos conviviendo en una casita de campo perdida en medio de la llanura húngara.

—Seguro que sería mejor que vivir en Milton Amble —intervino ella—, no es ni de lejos tan húmedo. Creo que a mí también me gustaría. Siempre he querido vestir esos bonitos trajes campesinos, y está claro que en Inglaterra no podría hacerlo sin que todos me tomaran por loca.

—Aunque los ingleses están todos locos —afirmó el tío Ferenc con aire tolerante—. Por eso nos encantan.

Llegaron a Siófok a tiempo para el almuerzo. Cassandra en cierto modo se había imaginado que la tía del señor Tilos viviría en un castillo medieval al borde de un acantilado, pero mientras atravesaban en coche los campos llanos y soleados se dio cuenta de que había sido demasiado optimista. No había ningún acantilado ni ningún castillo. En vez de eso, fueron aproximándose a una gran casa blanca. Su arquitectura era de un tipo común en las zonas residenciales más pudientes de las grandes ciudades alemanas. Cassandra pensó que era idéntica a una tarta de boda. Su elaborada decoración en estuco

resplandecía igual de blanca que el glaseado bajo la luz brillante del sol. Las petunias rosas y violetas alegraban las jardineras de las ventanas.

Para sorpresa de Cassandra, la tía del señor Tilos era clavada a su tía Beatrice, que vivía en Tunbridge Wells y era la típica solterona inglesa de buena familia.

La señorita Hunyadi era una mujer pequeña de pelo canoso que hablaba inglés con una vocecilla cantarina. Sus rasgos eran ligeramente similares a los de su hermano Ferenc, pero en todo lo demás era justo el tipo de persona que Cassandra creía que sólo existía en Inglaterra. Hungría era el último lugar del mundo donde habría esperado encontrar a la gemela de su tía Beatrice.

La estancia a la que les hicieron pasar era de techos altos y blancos, estaba elegantemente empapelada de un gris plateado y ostentaba una recargada chimenea de mármol engalanada con hojas y flores. El mobiliario era sólido y de madera de caoba, los sofás tapizados estaban adornados con antimacasares y había un biombo bordado de lanas desvaídas con un estampado de loros sobre un fondo de lo que a todas luces eran lápidas. En un rincón de la habitación había una voluminosa estufa de azulejos muy parecida a la que la señora Gower había visto entrar en Holmwood.

—Me encanta hablar con ingleses —admitió la señorita Hunyadi.

—Habla usted muy bien nuestro idioma —la felicitó Cassandra—. ¿Ha estado muchas veces en Inglaterra?

—Hace mucho que no. —La mujer menuda hizo una pausa, y una mirada triste y ausente invadió sus ojos—. Pasé unos meses felices en Leamington Spa con mi querida amiga la señorita Mildred Baker. Era la institutriz de una familia de la nobleza de Budapest antes de la guerra. Fue mi gran amiga...

Cassandra asintió, comprensiva. Se lo podía imaginar todo.

—Murió hace ya varios años —prosiguió la señorita Hunyadi—. Puede que sea una anciana solitaria, pero me quedan mis jóvenes —añadió, sonriendo en dirección al resto del grupo.

Parecía incluir entre los jóvenes a su hermano Ferenc, lo que en realidad no era sorprendente, ya que, a juzgar por su comportamiento, se le podría considerar incluso más joven que Béla. Cassandra sintió que también a ella le gustaría ser uno de los jóvenes de la señorita Hunyadi, aunque no estaba segura de poder aspirar a ser tan joven como los húngaros.

—Debe venir a Inglaterra otra vez —la instó Cassandra—. Mi marido y yo

estaríamos encantados de recibirla en nuestra casa —añadió, de aquel modo bastante forzado que parecía no poder evitar cuando hablaba con extranjeros—. Up Callow le gustaría, y todavía nos queda un poco de verano, o eso espero. —Se echó a reír—. Aunque supongo que conocerá nuestro clima inglés.

—Sí, lo conozco y me encanta —declaró la señorita Hunyadi—. Aquí hace demasiado sol, en mi opinión. Para los jóvenes es bueno, pero cuando tienes cierta edad, el otoño y el invierno son más benignos. En Leamington me gustaba cuando las hojas caían de los árboles y mi querida Mildred sacaba del armario su estola y sus manguitos de pieles y nos íbamos a pasear hasta los baños públicos para tomar las aguas. Y por la tarde nos sentábamos junto al fuego, el precioso fuego inglés en su chimenea, a tejer calcetines para el joven pastor, el coadjutor, que era tan friolero... —Se detuvo, embargada por la emoción de los recuerdos.

Qué pérdida debía de sentirse esta pequeña mujer en la alegre y soleada Budapest, pensó Cassandra. Estaba segura de que no había coadjutores en Siófok, aunque sin duda habría muchísimos de lo que la señora Hunyadi llamaba «baños públicos».

Antes de que se marcharan, les ofreció un auténtico té inglés y le regaló a Cassandra un retrato de «su querida reina Victoria» que había tejido con lanas de colores.

A su regreso, la noche estaba estrellada. Esta vez Cassandra iba sentada detrás con Adam y el señor Tilos. Béla y este último entonaban canciones alemanas y húngaras, mientras ella tenía la cabeza apoyada en el hombro de Adam, pensando qué lugar tan extraño y encantador era Hungría. Nunca había sido tan feliz en ningún otro sitio. Le debía tanto al bueno del señor Tilos, pensó con sentimentalismo. Deseaba que él también encontrara pronto la felicidad.

El señor Tilos notó que ella lo había mirado, pero no volvió la cabeza. En el fondo era un hombre práctico, aunque dado a arrebatos de romanticismo, y en ese instante decidió que se casaría con Ilonka, la muchacha que sus padres, de hecho, habían escogido para él, su prometida, que estaría dispuesta a casarse con su hijo al día siguiente, y él lo sabía. Además, necesitaba a alguien que se encargara de su gran casa inglesa, ya que seguía teniendo que vivir allí una parte del año. Por otro lado, y esto era lo más importante, estar

casado le serviría de escudo frente a las atenciones de la dama parisina de Apcalou.

CAPÍTULO 25

«Entretanto, un sonriente vástago va brotando,
y entremezcla las gracias de ambos.»

—¡Han vuelto! ¡Han vuelto! —gritó la señora Wilmot emocionada, entrando en el comedor de la rectoría.

Era una deliciosa tarde de verano, unos diez días después de que Adam y Cassandra visitaran a la tía del señor Tilos en Siófok. El rector estaba de pie junto a la ventana, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. El pantalón era blanco y de franela, y en su rostro se dibujaba una sonrisa de satisfacción, pues ya llevaban dos semanas seguidas de buen tiempo y la temporada de críquet había empezado de verdad. Como consecuencia, no frenó el entusiasmo de su esposa.

—¿Quién? —preguntó.

—¡Quién va a ser!; pues Cassandra y Adam Marsh-Gibbon, y el señor Tilos con un joven que, por su aspecto, podría ser su hermano, y una muchacha, y un hombre moreno de aire jovial, de unos cincuenta años, diría yo. —La señora Wilmot se detuvo para tomar aliento—. Los vi en la estación. Fui a repartir las revistas de la parroquia —añadió, ansiosa por dejar claro que no había estado pululando por la estación por pura curiosidad—. Ay, Rockingham —explotó—, seguro que Adam Marsh-Gibbon ha estado con ella todo el tiempo. —Su voz delató su decepción, pero se animó al recordar a los desconocidos—. Parecían un grupo de lo más alegre, me pregunto quiénes serán.

El alegre grupo que había viajado desde Budapest estaba compuesto por Adam y Cassandra, el señor Tilos y Béla, el tío Ferenc y, la más importante de

todos, Ilonka, la mujer con la que el señor Tilos se había casado en Budapest. La señorita Hunyadi no iba con ellos, pero tenía la intención de visitar a Cassandra en algún momento durante el otoño, cuando las hojas caían de los árboles y podía pasar las largas tardes haciendo punto y recordando el pasado.

Tanto a Adam como a Cassandra les habían sorprendido las prisas por casarse del señor Tilos. No había mencionado nunca que tuviese novia y, sobre todo, pensó Cassandra, indignada, no se había comportado en absoluto como una persona comprometida. Aunque tal vez fuera así como se hacían las cosas en Hungría. Era realmente lo mejor que podía haber pasado, pensó Cassandra, dado que le había cogido bastante cariño al señor Tilos, ahora que ya no la avergonzaba con sus atenciones y que ella no lo necesitaba para dar celos a Adam. Disfrutaría de la amistad de la señora Tilos y de poder aconsejarle cuáles eran los mejores días para comprar pescado en Up Callow y dónde conseguir una mujer de la limpieza de confianza.

La noticia anunciada por la señora Wilmot no tardó en propagarse por toda la localidad. Se supo que Adam y Cassandra habían llegado a casa juntos con un montón de húngaros, incluidos «ese señor Tilos y su esposa». Como era natural, muchos no se creían que Ilonka fuese de verdad la señora Tilos, pero admitieron a regañadientes que tal vez lo fuera cuando recibieron las invitaciones para asistir a una fiesta en el jardín de Balaton. Hasta los más convencionales y reticentes se vieron obligados a aceptar por curiosidad, para poder ver con sus propios ojos si la señora Tilos llevaba una alianza matrimonial auténtica y cómo se comportaban el uno con la otra el señor Tilos y Cassandra.

—Yo no puedo ir, de ninguna de las maneras —le dijo Angela Gay a su tío cuando recibieron la invitación. Durante la ausencia del señor Tilos, había pasado las semanas vagando como alma en pena por Up Callow, con aire ofendido. Le había dado por leer poesía y a veces se sentaba en el cementerio con la *Antología de poesía victoriana de Oxford* entre las manos. Era obvio que presentarse en aquella fiesta en el jardín desentonaría ahora con su nueva personalidad.

El señor y la señora Tilos dieron la bienvenida a sus invitados de pie en el césped. Él hacía comentarios simpáticos sobre el tiempo, mientras que su esposa, una bonita muchacha de pelo caoba, se limitaba a sonreír alegremente, ya que hablaba muy poco inglés. Ambos parecían considerar todo el asunto

una extraordinaria novedad, como un divertido juego inglés.

El señor Gay cogió del brazo a la señora Gower —puesto que todos ya sabían que pronto estarían casados— y se acercaron al lugar donde se encontraban Adam y Cassandra.

—¿Y Budapest es tan bonito como dicen? —preguntó la señora Wilmot con un tono de voz alegre aunque nostálgico. Era el tono de quien espera oír algo más que un mero: «Uy, sí, muy bonito».

Cassandra lo percibió y comenzó a contárselo todo: desde la espléndida iluminación y la extraña comida hasta lo fantástico que había sido estar allí con Adam.

—Ha sido como una segunda luna de miel —añadió, intentando no llamar la atención de Adam.

La señora Wilmot pareció quedar satisfecha, y en una suerte de ronroneo le preguntó a Cassandra si su vestido, de una tonalidad muy bonita de turquesa, se lo había comprado en Budapest.

—Sí —respondió Adam—. Cassandra estaba hecha toda una manirrota. Quería ir de compras todo el tiempo, en vez de quedarse tranquila en el hotel intentando aprender húngaro, como era mi intención.

—Creo que no aprendieron mucho más que mi nombre —intervino el señor Tilos—. ¿Sabe, señora Wilmot? Cuando vaya a Budapest verá *tilos* escrito en muchos lugares públicos. Cassandra se lo puede decir.

—Uy, ¿de verdad? —se sorprendió la señora Wilmot, preguntándose si el señor Tilos podía ser una especie de rey o dictador en su país.

—Sí. Significa *verboten*, prohibido, ya sabe. Es verdad, ¿no, Adam, viejo amigo?

Si tal era el significado de su nombre, era de lo más acertado, pensó la señora Wilmot con picardía. Pero mira qué confianzas gasta el señor Tilos con Adam Marsh-Gibbon; y lo curioso era que daba la impresión de que a éste no le importaba en absoluto, pues sonrió y dijo:

—Bueno, Stefan, no podemos más que fiarnos de tu palabra.

Así que ahora se llamaban por el nombre de pila: Adam, Cassandra y Stefan, pensó el rector, que acababa de unirse al grupito. Aquello estaba bien, de hecho era fantástico.

—Imagino que Tilos les pareció un guía excelente —dijo el rector

sonriendo abiertamente, sacando así a la luz todo el asunto.

—Uy, sí, maravilloso —dijo Cassandra—. Fue de lo más servicial y nos recomendó qué ver y qué comer. Además, nos llevó a Siófok a visitar a su tía. Pasamos un día estupendo.

«Nos llevó a visitar a su tía...» Si aún quedaba alguna sombra de duda en la mente de los habitantes de Up Callow, se disipó con esta simple afirmación. Todo había sido de lo más normal.

El rector se acercó a charlar con el señor Gay y la señora Gower, que se reían con el tío Ferenc. Daba la impresión de que no lo hacían de ningún chiste en particular, a menos que fuese del propio tío Ferenc, que lucía un traje blanco de lino y un canotier de paja que se había comprado esa misma mañana en el pueblo.

«Sería perfecto para Angela», pensó el señor Gay con nostalgia.

—¿Dónde está su sobrina? —preguntó el rector—. ¿No estará enferma?

—No exactamente —respondió el señor Gay con tristeza—. Tenía un leve dolor de cabeza, y el sol está tan fuerte... —remató con un hilo de voz.

—El sol está fuerte, sí —convino el tío Ferenc—, pero hace fresco bajo los árboles. Iré a su casa a decírselo, ¿sí?

El rector miró sorprendido al tío Ferenc; el señor Gay, agradecido. Tal vez fuera una persona poco convencional, pero, bueno, dado que el tipo era húngaro, quizá se le podría disculpar por no saber cómo se hacían o no se hacían las cosas en Up Callow. Además, sería maravilloso que... Pilló a la señora Gower mirándolo. Había una sonrisa de esperanza en su rostro. Angela podía ser muy agradable si quería, y este húngaro parecía un tipo sencillo y bonachón, que quizá no opusiera resistencia a ser llevado al altar. Todos estos pensamientos se le pasaron por la cabeza al señor Gay mientras dudaba y decía...

—Bueno, qué sabré yo...

Pero el tío Ferenc quería hacer algo. Stefan le había hablado de la señorita Gay y había hecho que pareciese muy atractiva. Tal vez a él también se le había ocurrido que se les podía emparejar y todos saldrían ganando. El tío Ferenc estaba deseando conocerla esa tarde, y su no comparecencia había estimulado su afán. No se iba a quedar con las ganas si podía evitarlo.

Minutos más tarde lo vieron salir en su coche. Se lo había pensado mejor y había decidido llevar consigo algunos sándwiches y pastelitos y dos botellas

de Tokay. Nunca se sabía. «Si no nos gustamos el uno al otro, seguro que sí nos gustan el vino y la comida», pensó el tío Ferenc sin darle más vueltas.

Entretanto, el rector iba de acá para allá por el jardín, con la vaga sensación de que estaba arreglando las cosas entre la gente. Sentía que había restablecido a Adam y Cassandra como un matrimonio respetable, aunque no estaba seguro de cómo lo había hecho; había enviado al tío Ferenc en busca de la señorita Gay, y ahora pensaba que se había ganado su té. Sus jóvenes no lo necesitaban esa tarde, reflexionó feliz, echando un vistazo al lugar donde Janie y el señor Paladín, sentados sobre un rústico banco, intentaban mantener algo parecido a una conversación con Tilos Béla. El rector recordó con orgullo la nota que había aparecido recientemente en *The Times*. Janie había recibido su anillo de compromiso hacía sólo una semana y todavía no podía evitar mirarlo a hurtadillas para ver cómo los diamantes emitían destellos al sol o bajo la tenue luz de la iglesia durante los oficios de la tarde. Aquello le había dado seguridad, así que ahora ya no se deshacía en excusas cuando la gente le hablaba con condescendencia y le preguntaba si no le gustaría hacer un curso de taquigrafía y mecanografía.

—Uy, no —respondía con una sonrisa cortés—. Ya ve, me voy a casar.

—A ver, ustedes, los jóvenes —se dirigió a ellos el señor Tilos, acercándose y empleando una expresión que le había oído al rector—, no me están comiendo nada. —Le colocó a Janie un plato de pastelitos en la mano, les sonrió con benevolencia y se dio la vuelta para ir en busca de Adam y Cassandra.

Pero no se los veía por ninguna parte. Se habían escondido en un pequeño cenador al fondo del jardín, con varios platos de sándwiches. Había sido, por supuesto, idea de Adam. Aducía estar cansado de hablarle a la gente de Budapest.

—Además —añadió—, tengo tanto apetito que preferiría comer en privado. Creo que no he almorzado nada.

—Ay, Adam, sabes que sí. Comimos salmón.

—Bueno, tal vez, pero de eso hace ya un buen rato.

—¿No te pareció que estaban todos encantados de volver a vernos tan en nuestro papel de Adam y Cassandra? —preguntó ella.

—Sí —respondió él—, somos toda una institución. Como Eloísa y Abelardo.

—Ay, no —se opuso ella con rotundidad—. Estoy segura de que no nos parecemos a ellos.

—Supongo que preferirías que hubiese dicho Romeo y Julieta.

Cassandra se echó a reír.

—Bueno, sólo dije que los días en Budapest fueron como una segunda luna de miel porque daba la impresión de que es lo que la señora Wilmot quería oír y no me gusta decepcionar a la gente, si puedo evitarlo. Pero sí que fue una segunda luna de miel, ¿no crees, cariño? —añadió, lanzándole una mirada sentimental a su marido, que seguía comiendo sándwiches a un ritmo alarmante.

—¿A qué viene toda esta charla? —preguntó él con indiferencia.

—A que tengo algo que contarte. Algo emocionante.

—¿Es sobre Tilos? —preguntó Adam, pues como el resto de los habitantes de Up Callow era propenso a creer que todo lo emocionante debía tener alguna relación con el señor Tilos.

Cassandra volvió a reír.

—Bueno, yo no diría tanto, aunque de forma muy remota tiene algo que ver con él. Es simplemente que la ciencia ha demostrado ser más débil que la naturaleza.

—La ciencia es más débil que la naturaleza —afirmó Adam categóricamente. Daba la impresión de que estaba a punto de citar a Wordsworth, pero Cassandra lo detuvo a tiempo.

—Ay, Adam, mira que eres bobo. Estoy intentando decirte que voy a tener un niño.

—¿Tú? ¿Tener un niño? —Adam se quedó mirándola estupefacto.

—¿Estás disgustado conmigo? —preguntó Cassandra, cogiéndole la mano—. De todas formas, todavía falta, porque estamos muy al principio —alegó a modo de disculpa, como para intentar hacerlo más aceptable.

—¿Disgustado? ¿Por qué debería estar disgustado? Eres tú la que se llevará todos los disgustos. Yo estoy encantado. Además —añadió con actitud ofendida—, sabes perfectamente que siempre he querido que formemos una familia.

Cassandra emitió un leve suspiro y extendió las manos como diciendo: no tienes remedio.

—Pero si siempre has dicho que no querías tener hijos —le recordó ella.

—Bueno, si lo decía era porque tenía miedo de que te murieses o algo así. Sí —añadió, ahora del todo convencido de que aquélla había sido su única reserva—, era por eso.

—Ay, Adam, ¡qué tierno! —exclamó Cassandra con pasión—. Siempre pensé que era porque creías que serían un engorro para tu trabajo.

Adam mostró un gesto de preocupación.

—Bueno, no tendrían que estar en mi estudio, ¿no?

—Claro que no, cariño —lo tranquilizó Cassandra con dulzura.

Regresaron por el sendero cogidos del brazo.

—Voy a empezar a escribir mi novela sobre Budapest —anunció él de repente—, y para cuando nazca el pequeño Adam, la novela ya estará acabada y él la recibirá como un regalo de nacimiento. Es algo bonito, ¿no crees?

—Muy bonito —respondió Cassandra con cautela.

Estaba convencida de que podía apostar sin temor a equivocarse a que el pequeño Adam —porque sería por supuesto un pequeño Adam— le llevaría a la novela meses o incluso años de ventaja en la carrera, pero no quería aguarle la fiesta a su marido.

EN BUSCA DE UNA VOZ:

UNA CHARLA RADIOFÓNICA

Esta grabación fue realizada el 8 de febrero de 1978 para una serie de la BBC, y se emitió en BBC Radio 3 el 4 de abril de ese mismo año.

Me he preguntado a veces si los novelistas prefieren ser recordados por lo que han dicho o por haberlo dicho de un modo particular, con una voz inconfundible. Pero ¿cómo adquieres tu propia voz o, ya puestos, cualquier tipo de voz? ¿Es algo que te viene dado de forma inevitable, como la estatura o el color de los ojos, o lo desarrollas deliberadamente, tal vez a imitación de un escritor que admiras?

Llevo más de cuarenta años tratando de escribir novelas, con muchos altibajos. Comencé en el colegio, donde solía colaborar con la revista escolar, sobre todo con parodias, pues ya entonces era consciente del estilo de los demás. Más tarde, en 1929, a los dieciséis años, descubrí la novela *Los escándalos de Crome*, de Aldous Huxley. Me topé con esta sofisticada obra de arte en Shropshire, en medio de la nada, a través de esa maravillosa institución que era la biblioteca Boots', ahora, por desgracia, un recuerdo más de otra época, igual que las novelas de tapa dura a siete chelines y seis peniques. Yo era una lectora entusiasta de todo tipo de narrativa contemporánea y, más que cualquier otra cosa que leyera en aquel momento, fue el libro *Los escándalos de Crome* lo que me indujo a querer ser yo también novelista. No creo que llegase a apreciar ni remotamente los argumentos satíricos más sutiles de la obra, pero me pareció más divertido que todo lo que había leído hasta entonces, y la idea de escribir sobre un grupo de personas en un contexto determinado —en este caso, sobre intelectuales de clase alta en una casa de campo— me atrajo de inmediato, así que decidí que quería crear una historia como *Los escándalos de Crome*.

Y así fue como empecé mi primera novela —aún inédita, claro está— ese mismo año, 1929. Se titulaba *Young Men in Fancy Dress* [Hombres jóvenes disfrazados], e iba de un grupo de «bohemios» —pongámoslo entre comillas— que eran, desde mi punto de vista, los hombres jóvenes que vivían en Chelsea, una zona de la que en aquel entonces no sabía nada. El héroe quería ser novelista, y en palabras de uno de los personajes: «Si quieres ser un novelista de verdad, te tiene que gustar la ciudad y debes cultivar una pasión

por Chelsea».

Al leer de nuevo el manuscrito, no detecto casi ningún rasgo de mi estilo maduro de escritura, salvo por el hecho de no tomarme del todo en serio a los jóvenes bohemios y también porque aparecen muchísimos detalles: ropa, marcas de coche, golf y bebidas (sobre todo descripciones de cócteles, que sin duda yo no había probado). Siempre me ha gustado el detalle —de hecho, se ha llegado a criticar mi amor por lo trivial—, así que quizá fuera algo que desarrollé muy al principio. Y evidentemente en aquella época leía muchísimo, acaso un poco sin criterio. En esta primera novela pueden detectarse todos los «mejores» autores, o al menos los que estaban más de moda, de Swinburne y Rupert Brooke a D. H. Lawrence y Beverley Nichols.

A los dieciocho años me matriculé en Oxford para estudiar Lengua y Literatura Inglesas. La mayoría de los aspirantes a novelistas escriben en la universidad, pero yo no lo hice, aunque sí que empecé a escribir algo durante mi tercer año allí: la descripción de un hombre que significó mucho para mí. La rompí, aunque esta persona apareció más adelante, con un aspecto muy distinto, como uno de mis mejores personajes cómicos masculinos.

En aquel momento, para mí él no tenía nada de cómico, pero la memoria es una gran transformadora del dolor en entretenimiento. Y en Oxford, además de leer literatura inglesa con mayúsculas, seguí leyendo a novelistas contemporáneos.

Disfruté especialmente de las obras de «Elizabeth», la autora de *Elizabeth y su jardín alemán*. Novelas como *Abril encantado* y *La mujer del pastor* fueron una revelación por su ingenio y su delicada ironía, y por el tratamiento sin adornos ni sentimentalismos de la relación entre hombres y mujeres que resonaban dentro de mí y me tocaban la fibra sensible en aquel momento. Estaba aprendiendo; estas novelas me parecieron más apropiadas que *Los escándalos de Crome* para utilizarlas de modelo, tal vez incluso como el tipo de obra que yo misma podría intentar escribir.

También debió de ser en torno a este periodo —todavía en los años treinta— cuando descubrí los poemas de John Betjeman. Me atrajeron de inmediato su forma de ensalzar las cosas y los edificios normales y corrientes y su sutil visión de las diferentes Iglesias y cleros. Otra autora con la que me topé en esa época fue Ivy Compton-Burnett; creo que *More Women than Men* [Más mujeres que hombres], su novela sobre un colegio femenino, fue la primera

que leí; luego vino *Una casa y su dueño*, una de sus crónicas familiares más representativas. Por supuesto no pude evitar la influencia de su diálogo, esa conversación formal y precisa que tan forzada me pareció la primera vez que la leí; sin embargo, cuando me acostumbré, a una amiga y a mí nos dio por escribirnos empleando siempre ese estilo. Otro libro que imitábamos era *Novel on Yellow Paper* [La novela en papel amarillo], una fantasía de su autora Stevie Smith que recoge todo el humor y el *pathos* de sus poemas.

Así que todos y cada uno de los escritores que he mencionado tuvieron algún papel en la formación de un estilo literario propio. Aunque, por supuesto, también había estado leyendo a los clásicos, en especial a Jane Austen y a Trollope. Los críticos que se ocupan de mi obra a veces mencionan tímidamente estos grandes nombres, sobre todo, creo yo, porque tiendo a escribir sobre el mismo tipo de sociedad y de personas que ellos, aunque, claro está, las mías viven en el siglo XX. ¿Pero qué novelista actual se atrevería a reivindicar que ha recibido la influencia de semejantes maestros de nuestro arte? Es obvio que todo el que lee y adora a Jane Austen intentará escribir con su misma economía del lenguaje o incluso mirar a sus personajes con la misma imparcialidad que ella, pero eso es lo más lejos a lo que puede llegar cualquier «influencia».

El concepto de «imparcialidad» me recuerda a los métodos del antropólogo, que estudia las sociedades de ese modo. La definición jocosa de la antropología como «el estudio del hombre que abraza a la mujer» podría por lo tanto resultar aplicable de un modo peculiar al novelista. Después de la guerra, conseguí un trabajo en el Instituto Internacional Africano de Londres. Me encargaba sobre todo de labores de edición, puliendo los escritos resultantes de las investigaciones de otros, pero entretanto aprendí más que eso. Aprendí que era posible e incluso esencial cultivar una actitud de imparcialidad respecto a la vida y a las personas, y que el novelista podía llegar a hacer trabajo de campo, igual que el antropólogo. También conocí a muchísimas personas de un determinado tipo que hasta entonces no conocía. El resultado de todo esto fue una novela titulada *Un poco menos que ángeles*, que trata de una serie de antropólogos que trabajan en un centro de investigación de Londres, y también sobre el entorno aburguesado de Deirdre, una de las heroínas, y su convivencia con su madre y su tía. También incluye un poco de vida parroquial, por lo que puede decirse que es una mezcla de

todos los mundos que yo conocía. En esta novela, sentí que abría nuevos caminos al aventurarme en el ámbito académico, aunque en muchos aspectos éste no sea muy distinto de los ambientes de los pueblos y las parroquias en los que hasta ese momento me había centrado.

Admiro a todas esas personas que son capaces de crear puntualmente un libro nuevo cada año. A mí me ha resultado cada vez más difícil con el tiempo. Imagino que a cualquiera le es fácil crear su primera novela: lo tienes todo dentro y sólo tienes que ponerlo por escrito. Puede que también una segunda y una tercera estén justo debajo de la superficie y sean relativamente fáciles de extraer. A partir de ese momento se hace más difícil, a menos que estés dispuesta a seguir escribiendo exactamente el mismo libro, sólo que con leves variaciones, una y otra vez. Y a la gente siempre le apetece mucho contarte anécdotas de su propia cosecha que, a su juicio, encajarían a la perfección en alguna de tus novelas. Los lectores a los que no les gustan tus historias a veces te sugieren tramas o temas con la esperanza de que escribas algo distinto. Y a veces, sobre todo cuando las cosas no van bien, resulta tentador darles una oportunidad.

A principios de los años sesenta, envié mi séptima novela a mis editores. Y para mi horror, me contestaron diciendo que no les interesaba. Se la ofrecí a varios más, pero el manuscrito siempre volvía a mi buzón, dándose un batacazo detrás de otro. Un editor me dijo: «Creemos que está muy bien escrita, pero tiene un regusto anticuado». Otro pensó que no era el tipo de libro al que estaban recurriendo los lectores —no me quedó claro qué quería decir con aquello—, mientras que un tercero me respondió con sequedad que tenían el cupo de narrativa lleno para los siguientes dos años. Nunca había vivido de escribir, así que aún conservaba mi trabajo, pero mis libros se habían ido publicando uno detrás de otro, y ahora parecía que ya nadie los quería. Fue una sensación horrible y humillante, ser rechazada por completo después de todos aquellos años, y no supe qué hacer. Me planteé seriamente intentar escribir algo distinto, tal vez una novela histórica o de suspense, pero nunca llegué muy lejos con esa idea.

Tal vez fuera demasiado tarde para cambiar mi voz. Escribí dos novelas más con mi propio estilo y las moví un poco, pero me las seguían devolviendo con el mismo tipo de comentarios. Y entonces, cuando estaba a punto de jubilarme de mi trabajo en el Instituto Africano, se me ocurrió la idea para mi

última novela, *Quartet in Autumn* [Cuarteto de otoño]. Y de nuevo empecé a escribir sin ninguna esperanza real de lograr publicarla. Va sobre cuatro personas de sesenta y pocos años, dos hombres y dos mujeres, que trabajan en una oficina de Londres. En el transcurso de la historia, las mujeres se jubilan y una de ellas muere. Yo quería escribir acerca de los problemas y las dificultades de esta etapa en la vida de una persona y, al mismo tiempo, mostrar su lado cómico e irónico; de hecho, preferiría expresarlo dándole la vuelta: lo que más me importaba era la comedia y la ironía, dado que los problemas y las dificultades ya se habían tratado casi en exceso, podría decirse, en otros sitios. Creo que algunos lectores se han sentido decepcionados con esta novela porque da la impresión de ser menos desenfadada que algunas de las anteriores, y sin embargo disfruté escribiéndola casi más que con ninguna de las otras, quizá porque sentí que estaba escribiendo por puro placer, sin ninguna esperanza de publicación en aquel momento.

Pero entonces, a principios de 1977, tanto Philip Larkin como lord David Cecil me mencionaron como «una escritora minusvalorada» en el suplemento literario de *The Times*. Como resultado de aquello, aceptaron *Quartet in Autumn* para su publicación y se reeditaron dos de mis libros anteriores. Ser rescatada de la ignominia fue una maravillosa inyección de moral. Pero también fue una experiencia desazonadora. Me pregunto a cuántos otros novelistas les han dicho de repente que su trabajo ya no se lleva o no se vende, y no han tenido nunca la suerte de recibir los generosos elogios que yo recibí de las personas adecuadas en el momento adecuado.

Y esto me lleva a la pregunta de por qué escribimos, básicamente. ¿Basta con escribir para nosotros mismos si nadie más va a leerlo? Como dijo Ivy Compton-Burnett en una conversación con su amiga Margaret Jourdain: «Casi todo el placer de hacer un libro desaparecería si no contuviera nada que pudiera compartirse con otras personas. Yo escribiría para unas cuantas personas... pero no escribiría para nadie». Esto es lo que yo siento, ese puñado de personas es el que me espolea para que siga, incluso si parece que sólo escribo para mí. Así que intento escribir lo que me agrada y me divierte con la esperanza de que también les gustará a unos cuantos más.

De este modo, continué escribiendo, hasta cuando me embargaba el desánimo. Durante los últimos treinta años, más o menos, he llevado una serie

de cuadernos, como una especie de diario, en los que también anotaba todo tipo de cosas: posibles escenas o giros inesperados para mis novelas, citas que me llamaban la atención, algún que otro fragmento de conversación oído por casualidad, cualquier cosa, la verdad. Hacer esto resulta a menudo más placentero que la propia escritura. Apuntar una idea para una escena y luego imaginártela completa produce una inmensa satisfacción, aunque, como todo el mundo sabe, el resultado final siempre defrauda al compararlo con la idea original.

Me fascinan los cuadernos de apuntes de los grandes escritores, de Hardy, por ejemplo. Permítanme que les cite esta anotación del domingo 1 de febrero de 1874: «Trinity Church, Dorchester. El rector se explayó en un sermón lleno de imágenes mezquinas con una voz sublime, y el efecto es el de un paisaje resplandeciente con ropa tendida para que se seque». O esta otra anotación del 25 de octubre de 1867, que es más probable que sirviese de inspiración para un poema: «Martha R., una criada anciana cuyo amante está muerto, guarda encuadernadas las cartas de amor que él le escribió y las conserva sobre la mesa del salón».

Para bajar de semejantes alturas, éste es un ejemplo de mis propios cuadernos. En septiembre de 1948, describí una visita a la abadía de Buckfast:

... muy explotada, téis, aparcamiento, etc., tienda llena de basura católica y también de libros. Abadía muy limpia y nueva en apariencia, interior radiante y luminoso, efecto alicatado; incienso de olor casi higiénico. No propiciaría convertirse al catolicismo por motivos sentimentales, aunque tal vez sí racionales. Sacerdotes muy jóvenes en los grupos de turistas, casi todos en pareja como pequeños escarabajos, del seminario de Paignton. Las hordas de gente; el monje que nos muestra el lugar dice: «Supongo que ninguno de ustedes es católico» y habla sobre la Virgen María; hace que una se sienta inferior.

Este pasaje parece haberse hecho un hueco, con muy pocos cambios, en mi novela *Mujeres excelentes*. Aproximadamente en las mismas fechas anoté algo que vi desde la parte de arriba de un autobús: «Una mujer y un clérigo sentados en sillas (duras) en Green Park mantienen una animada conversación». Y esto me dio la idea para un importante giro argumental en

esa misma novela.

A veces, por otro lado, el novelista buscará su material de forma más premeditada. Robert Liddell, en su libro *A Treatise on the Novel*[Un tratado sobre la novela], describe la experiencia de Flaubert en un funeral. «Tal vez saque algo para mi Bovary», le escribió a un amigo antes de ir. Pero una vez allí, lo único que encuentra es a un pelmazo que le hace preguntas tontas sobre las bibliotecas públicas de Egipto, un país que había visitado hacía poco. Fuera lo que fuese que Flaubert esperaba obtener de su experiencia en el funeral, aparece de alguna forma en el ambiente. Por lo que, de este modo, puede que no siempre extraigamos de una experiencia lo que imaginamos o esperamos, pero es muy probable que nos quedemos con algo, aunque no sé si Flaubert llegó a utilizar alguna vez a aquel pelmazo. Ivy Compton-Burnett, por su parte, afirmaba no tener la costumbre del cuaderno, pero reconocía que es útil emplear algún tipo de punto de partida y que ella lo sacaba «casi de cualquier lado». Este arranque, el punto en el que lanzarse a la piscina, por así decirlo, suele resultar más difícil de lo que podría deducirse al contemplar la obra acabada. Por lo general, yo pienso en varios principios y los pruebo hasta que aparece el bueno. Y a veces es necesario retroceder a un momento anterior en la historia o mirar las cosas desde un punto de vista distinto.

Quizá me haya influido algo que me contaron una vez sobre Proust: se decía de él que repasaba sus personajes y los hacía peores. Lamentablemente —en mi opinión, y me atrevo a afirmar que otros coincidirán conmigo—, es más interesante escribir sobre las cualidades menos admirables de las personas que referir sus virtudes.

Después de haber publicado siete novelas y escrito muchísimas más, supongo que puede decirse que he encontrado algo así como una voz. Al menos eso espero. Pero si es una voz inconfundible, son los demás quienes deben juzgarlo.

Uno de mis concursos favoritos de la televisión hace unos años era uno en el que se les pedía a los participantes que adivinasen la autoría de determinados pasajes que se leían en voz alta, y que luego discutiesen diversos rasgos del autor en cuestión. No se llevaban ningún premio por adivinarlo, no había ninguna ruleta en movimiento ni atractivos objetos que desfilaran ante sus ojos, tan sólo el placer y la satisfacción de reconocer la voz inconfundible de Henry James o Henry Greene, o quienquiera que fuese.

Creo que ése es el tipo de inmortalidad a la que casi todos los autores aspiran: sentir que su obra sería inmediatamente reconocible como suya y de nadie más. Aunque, claro, ¡eso es mucho pedir!



BARBARA PYM

(1913-1980) nació en Oswestry, Shropshire. Se licenció en literatura inglesa en St. Hilda's College, en Oxford. En la Segunda Guerra Mundial prestó servicio en el Cuerpo Auxiliar Femenino de la Armada británica. Posteriormente trabajó en el Instituto Internacional Africano de Londres.

A lo largo de su vida escribió varias novelas, entre las que debemos destacar *Jane y Prudence* (1953), *Los hombres de Wilmet* (1958), *Murió la dulce paloma* (1978) y *A Few Green Leaves* (1980). Tras su muerte, en 1980, se publicó su diario, *A Very Private Eye* (1985). Junto con Elizabeth Taylor está considerada una de las escritoras inglesas más importantes de la segunda mitad del siglo xx.

Gatopardo ediciones ha publicado de esta autora las novelas *Mujeres excelentes* (2016), *Amor no correspondido* (2017), y *Un poco menos que ángeles* (2018).

Cassandra Marsh-Gibbon, la protagonista de *Extranjeros, bienvenidos*, es

una de las primeras «mujeres excelentes» que tan bien supo retratar Barbara Pym. Cassandra lleva una vida de provincias sometida a los caprichos y delirios de grandeza de Adam, su marido escritor, quien, por si fuera poco, puede dedicarse a la vida de literato gracias a las rentas de su esposa. Pero este matrimonio asimétrico se ve sacudido por la llegada de Stefan Tilos, un húngaro misterioso y de aire romántico que se enamorará de Cassandra y la colmará de atenciones. La figura del extranjero encarnará para ella la posibilidad de romper con su monótona existencia y confirmar, así, las hipócritas, y, acaso, proféticas, palabras de su marido: «Sabes que para mí eres mucho más que una excelente ama de casa».

El presente volumen incluye «En busca de una voz: una charla radiofónica», una grabación, realizada por la BBC —emitida en Radio 3 el 4 de abril de 1978—, que nos da las claves de la personalidad literaria de una escritora imprescindible, señalada por Philip Larkin y el crítico lord David Cecil como una de las figuras más importantes de la literatura inglesa de la segunda mitad del siglo xx.

«Pym posee una mirada y un oído singulares para plasmar aquellos aspectos conmovedores de la cotidianidad.»

Philip Larkin

NOTAS

¹ Todas las citas al comienzo de cada capítulo pertenecen al poema «The Seasons» de James Thomson. (*N. de la T.*)

² *Noche de Reyes*, de William Shakespeare. (*N. de la T.*)